

Yukio Mishima

La ética del samurái
en el Japón moderno



Alianza Literaria

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1967, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved

© de la traducción: Makiko Sese y Carlos Rubio, 2013

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 913938888

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7794-1

Depósito legal: M. 20.305-2013

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción de Carlos Rubio
- 13 Prólogo: *Hagakure* y yo
- 23 La pervivencia de *Hagakure*
- 39 Los cuarenta y ocho principios de *Hagakure*
- 107 Cómo leer *Hagakure*
- 115 Apéndice: Extractos de frases inmortales de *Hagakure*

Introducción

Introducción a «Hagakure» es la traducción de la obra *Hagakure no nyūmon* publicada por su autor en 1968. En ella se comentan y citan frases y extractos de *Hagakure* («Oculto por las hojas»), un clásico de la literatura ensayística sobre samuráis. Está compuesta por los dictados de Yamamoto Tsunetomo (1659-1719) pronunciados después de que se hiciera monje budista con el nombre religioso de Jōchō. Yamamoto era un samurái del clan Nabeshima, en Kiushu, que quiso acompañar en la muerte a su señor; pero esta práctica ya había sido declarada ilegal. Yamamoto decidió entonces retirarse del mundo y legar a la posteridad su concepción del samurái ideal. *Hagakure*, vertido al español como *Oculto por la hojarasca*, fue ensalzado por el Japón militarista de los años de la Segunda Guerra Mundial como la encarnación de las virtudes del guerrero y del espíritu indomable de los japoneses. Sin embargo, una vez acabada la contienda, el libro fue rápidamente abandonado como peligroso y subversivo, destruyéndose muchos ejemplares ante el temor de la censura impuesta por las tropas de ocupación de Estados Unidos.

Según revela Yukio Mishima (1925-1970) en las primeras páginas del presente libro, *Hagakure* fue uno de sus libros predilectos ya de joven. La fascinación por el ideario del guerrero fue constante en toda su vida. En una obra de juventud como *Los años verdes* (1950), publicada también por Alianza Editorial, Mishima manifiesta su admiración por los militares japoneses implicados en la Insurrección del 26 de febrero de 1936, y no tanto a causa de su ideario político, cuanto de la pureza (o, más bien, de la estética de la pureza) del sacrificio de sus vidas por la causa imperial.

Once años después, en 1961, dramatizará el episodio en su relato de veinte páginas «Patriotismo» (*Yūkoku*), incluido en *La perla y otros cuentos*, con el teniente Shinji Takeyama como protagonista cometiendo *seppuku*, el suicidio ritual, al lado de su esposa. La historia sería llevada a la pantalla pocos años después en *El rito del amor y de la muerte*. Por los mismos años escribe otro relato, titulado *Ken* y publicado por Alianza en 2011 como *Los sables*, uno de los favoritos del autor y fruto de la práctica del *kendo*, la esgrima tradicional japonesa, iniciada por Mishima en 1959. Su protagonista, Jiro, pertenece a esa estirpe mishimiana de jóvenes, puros y fuertes, aunque, por exceso de pureza, trágicamente débiles.

La obsesión de Mishima por la estética de la pureza de la muerte del guerrero se intensifica en la tercera fase de su vida (1963-1964)¹. Este periodo se inicia con *El marino que perdió*

¹ Más sobre la vida de Mishima, en la Introducción del autor de esta nota a la versión española publicada por Cátedra (2009) de *Los años verdes* y en *Mishima. Biografía*, de J. Nathan (Barcelona, Seix Barral, 1985).

la gracia del mar (Alianza, 2003), donde un grupo de adolescentes deciden acabar con la vida de un oficial de la Marina para preservar la pureza del mismo. Poco después, en 1967, Mishima pasa un mes entrenándose en secreto con los militares japoneses de las Fuerzas de Autodefensa y al año siguiente crea una pequeña hueste desarmada llamada «Tate no kai» o «Sociedad del escudo», adoctrinada en su ideario y cuyo vértice era la defensa del emperador. En este contexto, Mishima escribe dos obras que consolidan su larga fascinación por el tema: el ensayo *Taiyō to tetsu* (*El sol y el acero*). Según propia confesión, se trataba de su «testamento al mundo»: una exaltación de las tradiciones marciales de Japón. Un libro hermano de éste es el que tiene el lector en sus manos: el ideario del samurái contrapuesto al afeminamiento, según Mishima, de la sociedad japonesa contemporánea. Aunque escrito a finales de los sesenta, las observaciones de Mishima, aplicadas cincuenta años después, conservan una frescura y vigencia sorprendentes. El autor repite una frase que condensa todos los dictados de Yamamoto: «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte». Un camino que Mishima, sable en mano, iba a dramatizar con su propia vida sólo un año y medio después.

CARLOS RUBIO

Prólogo

Hagakure y yo

La juventud tiene dos grandes compañeros: los amigos y los libros. Los primeros son de carne y hueso, y cambian con los años. En determinado momento, el paso de los días les hace perder su emoción, pero esta pérdida se recupera en otro momento con un nuevo amigo. En cierto sentido, con los libros pasa lo mismo. Hay ocasiones en que el libro que a uno le impresionó en una determinada época de la juventud, cuando se vuelve a tomar en las manos años más tarde, ya ha perdido el encanto y se asemeja a un cadáver de lo que habíamos conocido. De todos modos, la mayor diferencia entre los libros y los amigos reside en que estos últimos cambian, pero los libros no. Aunque yazga cubierto de polvo en un rincón de la estantería, el libro conserva obstinadamente su propia vida y filosofía. Lo único que podemos hacer es acercarnos o alejarnos, leerlo o ignorarlo, cambiar incluso nuestra actitud hacia él, pero nada más.

Viví la guerra en mi primera juventud. En aquellos años, el libro que más me emocionaba era la novela de Raymond

Radiguet¹ *El baile del Conde de Orgel*, una obra clásica por la cual en Francia dicen que «Radiguet ha entrado en el panteón de autores ilustres». No pongo en duda el valor artístico de esta novela, pero en aquel tiempo mi aprecio por ella poseía elementos casi impuros. Lo que pasaba es que yo, convencido de que iba a morir a los veinte años, me identificaba con el genio Radiguet que se fue del mundo, precisamente, a los veinte años de edad dejando detrás esa obra. Por eso, al ver que, inesperadamente, había sobrevivido a la guerra y que seguía vivo en los años de la posguerra, mis gustos literarios cambiaron y mi entusiasmo por el libro de Radiguet se fue enfriando por sí solo.

Otro libro que me encandilaba era «Las obras completas de Ueda Akinari»². Recuerdo que lo llevaba encima durante los bombardeos. De lo que no me acuerdo es de por qué me tenía tan entusiasmado. Tal vez fuera porque se trataba de un escritor que iba contracorriente; o tal vez por la técnica con que escribía unos relatos que pulía hasta sacarles brillo, como se hace después de mucho esfuerzo con un espejo. Quizás ambas razones lo convertían en el novelista japonés ideal al que yo aspiraba entonces. Aunque mi respeto por Radiguet y Akinari no ha menguado con el paso de los años, puedo afirmar que sus libros han dejado de ser compañeros de mi vida.

Y con esto llegamos al único libro que me queda. Se trata de *Hagakure* («Oculto por las hojas»), la obra de Yamamoto

¹ (1903-1923), escritor francés de extraordinaria lucidez y precocidad.

² (1734-1809), autor de relatos famosos por el misterio y poder evocador. Sus obras vertidas al español son *Cuentos de lluvia y de luna* (trad. de K. Sakai), Madrid, Trotta, 2002; y *Cuentos de lluvia de primavera* (trad. de Y. Kawasaki), Gijón, Satori, 2012.

Jōchō¹. Impecé a leerlo durante la guerra y siempre lo tenía a mi lado. Puedo decir que si hay un libro al que he vuelto una y otra vez, cuyos párrafos han sido lectura y relectura constante en todos los años siguientes, ése ha sido *Hagakure*. Especialmente, después de que acabó la guerra —en el transcurso de **esta era** una lectura socialmente obligatoria— la luz de *Hagakure* empezó a brillar dentro de mí. Tal vez sea una obra en su origen paradójica. En la guerra era como un cuerpo luminoso a plena luz; en la oscuridad, sin embargo, es cuando su brillo irradia con todo su fulgor.

Acabada la guerra, enseguida hice mis pinitos como novelista. En aquellos años veía cómo a mi alrededor giraban las nuevas corrientes literarias por las cuales, debo admitir, no sentía la más mínima simpatía ni ideológica ni artística. Eran corrientes que pasaban ante mí como vientos tempestuosos. Yo observaba que la energía y la vitalidad de la gente seguían cursos diferentes a las mías; también sus sensibilidades eran distintas. Naturalmente que sentía que estaba solo. Me preguntaba en qué directrices o fundamentos definitivos había

¹ También conocido como Yamamoto Tsunetomo (1659-1719), su nombre de samurái. El de Jōchō, por el que lo nombra Mishima en el original, era el nombre budista que tenía cuando dictaba su libro. En adelante nos referiremos a él por el apellido Yamamoto, de fonética y ortografía más sencillas que el nombre budista para los lectores de habla española. El signo diacrítico sobre las vocales alarga la pronunciación de éstas. Cuando no afecte al significado será eliminado en esta versión a fin de aligerar la ortografía española. Nativo de Kiushu, este samurái tomó las órdenes budistas en 1700 cuando el sogunato prohibió la práctica del suicidio del vasallo para acompañar a su señor en la muerte. Yamamoto dictó su obra (*Oculto por la hojarasca*, Madrid, Edaf, 2000) a un joven samurái en el transcurso de su retiro de siete años.

confiado yo durante la guerra y en los años inmediatamente posteriores. Ciertamente, no procedían de *El capital* de Marx ni tampoco del «Reglamento Imperial sobre Educación». El libro que me apoyara todo el tiempo tenía que ser la base de mis principios éticos y, al mismo tiempo, debía ser una obra plenamente aceptada en mis años de juventud. Sí, tenía que servirme de firme sostén para mis dos manos: la de la soledad y la de mi postura antisocial. Por añadidura, había de ser un libro que estuviera prohibido por mis coetáneos. *Hagakure* cumplía todos esos requisitos. Este libro, atado en un paquete junto a otros admirados en la guerra, ahora era arrojado a la basura. Se lo vilipendiaba; se lo infamaba; se lo condenaba al odio, al olvido. Fue así cómo *Hagakure* empezó a refulgir realmente por primera vez en medio de las tinieblas de aquellos años de la posguerra.

Entonces, lo que había sentido leyendo este libro durante la guerra empezó a mostrar su verdadero significado. Es un libro que enseña la libertad; una obra que enseña la pasión. Las personas que no han leído atentamente *Hagakure*, excepto la famosa frase de «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte», tienen la imagen de un libro abominable y de fanáticos. No entienden que tal frase es en sí misma una paradoja y que simboliza todo el libro. En las palabras de esa oración hallé la energía que necesitaba para vivir.

Cuando en 1955 publiqué un artículo titulado «Las vacaciones de un novelista», expresé por primera vez mi devoción hacia este libro. Escribí entonces:

Empecé a leer *Hagakure* en los años de la guerra y ahora de vez en cuando lo saco y lo releo. Las paradojas de este libro no

no fruto del cinismo, sino que surgen naturalmente de la discrepancia entre el conocimiento de la propia conducta y la decisión de actuar. En este sentido, es un libro extraño pero de una ética radiante, una obra clara y humanista rebosante de fuerza.

Quienes lean *Hagakure* con el prejuicio de que van a encontrar un ideario determinado, como la ética de la época feudal de Japón, nunca apreciarán su frescura. Sus páginas rebosan la exuberancia y libertad de la gente que vivía bajo la firmeza de los principios éticos de cierto tipo de sociedad. Esos principios vivían también en forma de cualquier manifestación económica y social. Era la única premisa de su existencia y, bajo ella, todo era glorificación de la energía y la pasión. La energía es buena; la inercia es mala. En este libro se despliega una comprensión maravillosa del mundo sin ninguna sombra de cinismo. Después de leerlo no se tiene ese regusto amargo que deja la lectura de, por ejemplo, un autor como François de La Rochefoucauld⁴. Todo lo contrario.

No hay muchos libros que liberen el amor propio en términos morales con la facilidad que lo hace *Hagakure*. Es imposible aprobar la energía y al mismo tiempo rechazar el orgullo que inspiran sus páginas. Aquí no hay excesos. Hasta la arrogancia es moral. (En *Hagakure* no se trata de una arrogancia en sentido abstracto.)

«Con respecto a cualquier proeza militar, hay que sentir la arrogancia de ser el mejor guerrero de Japón», «un samurái debe

⁴ (1613-1680), escritor francés y supremo exponente de las máximas como forma literaria de epigramas con los cuales expresar sucintamente una verdad paradójica.

sentir orgullo por sus logros marciales y abrigar la decisión de la locura». Y es que también existe una locura justa y correcta.

La ética de la vida cotidiana predicada en este libro puede denominarse la suma de los principios adecuados para un hombre de acción. Sobre la moda, se comenta con indiferencia lo siguiente: «Es fundamental hacer lo que a uno le parece mejor teniendo en cuenta la época». Esa suma de principios adecuados es el rechazo moral de cualquier refinamiento extraño. La persona tiene que ser excéntrica. «En el pasado, la mayor parte de los samuráis lo eran. Su excentricidad los llevaba a actos de arrojo y valor.»

Del mismo modo que toda obra de arte surge de la resistencia contra una época, las enseñanzas de Yamamoto Jōchō nacieron como reacción a las tendencias fastuosas y decadentes de las eras Genroku y Hōei [1688-1704 y 1704-1711, respectivamente].

[...]

Cuando Yamamoto declara: «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte», no hace otra cosa que dar expresión tanto a su utopía como a su ideario de libertad y felicidad. Por la misma razón, también nosotros podemos considerar este libro como una colección de relatos utópicos. Mi opinión es que si tal utopía se realizara perfectamente en algún lugar, las personas que vivieran en tal sitio serían más dichosas y liberales que quienes vivimos actualmente aquí. Pero lo que existía no era más que la quimera de Yamamoto.

El autor de *Hagakure* discurrió un remedio radical contra la enfermedad moderna. Al presentir la división de la mente humana, nos advirtió sobre la infelicidad que causaría tal escisión. «Es un error separar la mente en dos.» Hay que resucitar la fe en

la simplicidad y la exaltación de la misma. Yamamoto consideraba que cualquier tipo de pasión justa, fuera la que fuera, era válida; además, él conocía con todo detalle sus leyes.

[...]

En términos del adiestramiento humano para llegar a la perfección, no me parece que haya mucha diferencia entre morir por causas naturales y morir asesinado por la espada de alguien o rajándose uno mismo el vientre. Para una persona de acción poco importa la forma en que se cumple la ley que somete al ser humano al paso ineludible del «tiempo». Cuando Yamamoto afirma: «de los dos casos, la vida o la muerte, escoge aquel en que se muere de forma inmediata», tan sólo está proponiendo seguir el camino más sensato, es decir, el abandono de uno mismo como medio de conseguir la virtud. En realidad, la situación de «los dos casos» raramente se presenta en la vida. Es significativo que, aunque el autor haga hincapié en la decisión de escoger una muerte instantánea, no aclare bien los criterios que determinan cuándo se producen «los dos casos» que preceden la muerte. El juicio que causa la decisión de morir implica una larga cadena de juicios previos y razones para vivir que, a su vez, presupone en el hombre de acción la existencia de un prolongado estado de tensión y concentración. Para la persona de acción, el mundo suele aparecer como un círculo cuya circunferencia debe completarse con un último punto. En un momento tras otro, esta persona desecha círculos incompletos por faltarles ese punto final; y luego se enfrenta a otros que van sucediendo. Comparada con esta imagen, el mundo tanto de los artistas como de los filósofos se asemeja a la acumulación de unos círculos concéntricos y cada vez más grandes dentro de los

cuales están esas personas. Sin embargo, cuando llega el momento supremo de la muerte, ¿quién tendrá una sensación de plenitud más grande, el hombre de acción o el artista? Creo que la plenitud será mucho mayor en el caso de una muerte sobrevenida en el instante en que se completa el mundo de la persona añadiendo ese simple punto que faltaba.

Inversamente, la gran desdicha del hombre de acción es morir sin haber podido agregar ese punto final que hace perfecto al círculo. El samurái Yoichi Nasu vivió mucho después de hacer diana en el centro de un abanico⁵. La lección que sobre la muerte ofrece *Hagakure* no se basa en el resultado de la acción, sino en la verdadera dicha que sentirá el hombre de acción. Al mismo Yamamoto, que también soñaba con esta felicidad, le negaron cuando tenía cuarenta y dos años el deseo de seguir en la tumba a su señor Mitsushige Nabeshima. La negativa vino del mismo Mitsushige poco antes de morir. Entonces, Yamamoto decidió tonsurarse y abrazar la vida religiosa. Murió de causas naturales sobre el tatami cuando tenía sesenta y un años dejando a la posteridad y contra su voluntad un legado: *Hagakure*.

Hoy todavía mis ideas sobre *Hagakure* no han cambiado. Más bien, creo poder afirmar que fue al escribir estos ensayos cuando en mi interior se consolidó firmemente la filosofía de *Hagakure* y me propuse concentrar todas mis pasiones en vivir

⁵ En los prolegómenos a la decisiva batalla de Yasima, de 1185, este samurái de apenas veinte años acertó, tirando con su arco desde su caballo en la playa, en el centro de un abanico dispuesto en la barca de los enemigos. Así se narra en la obra clásica de samuráis, *Heike monogatari* (Madrid, Gredos, 2005, pág. 721).

y en practicar dicha obra. En otras palabras, decidí dejarme absorber más y más por sus páginas. Había, sin embargo, una contradicción: yo me dedicaba al mundo del entretenimiento y del espectáculo, un camino que reprueba el libro de Yamamoto. Me sumergí en un debate interno entre la ética de mis actos y el arte. Tomó forma entonces la vieja sospecha, antes vaga, de que en toda literatura vive agazapado algo vil. Estoy en duda con *Hagakure* por haberme hecho tomar conciencia de la imperiosa necesidad interior mía de armonizar el Camino de las Letras y de las Armas. Me daba cuenta perfectamente de la extrema dificultad de conjugar el pincel⁶ y la espada. Pero fue sólo gracias a este libro por lo que empecé a estar firmemente convencido de que, fuera de esa unión, ya no tenía más excusas para vivir como artista.

Debo reconocer, de todos modos, que el arte envejece y muere cuando queda cómodamente limitado en el recinto del arte en sí. En este sentido, va contra mis principios considerar como algo supremo sólo el arte. Éste, en efecto, si no respira continuamente el oxígeno que está fuera de sus límites, se agota enseguida. El arte, como la literatura, para vivir necesita sacar alimento y material de cosas llenas de vida. Porque la vida en la madre de la literatura y, al mismo tiempo, su gran enemiga; sí, una vida que se esconde en el corazón del artista y que, simultáneamente, es la perpetua antítesis del arte. Yo, desde hacía muchos años, había descubierto una filosofía de la vida en las páginas de *Hagakure* y, por eso, creía que este mundo

⁶ La escritura japonesa se practicaba tradicionalmente con un pincel. El verbo, en japonés, que significa «escribir», *Kaku*, también quiere decir «pintar».

claro y refrescante era un elemento que amenazaba y enturbiaba el mundo de la literatura. Para mí, el significado de esta obra descansa en la visión que me ha dado del mundo. Aunque, por un lado, me ha dificultado enormemente mi forma de vivir como artista, *Hagakure* se ha constituido en la matriz de mi literatura y en el manantial eterno de mi energía. Y eso gracias a su azote implacable, a su voz imperiosa, a su crítica acerba, a su belleza: la belleza del hielo.

La pervivencia de Hagakure

En los veinte años que han seguido al fin de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad japonesa se ha ido transformando en el mundo descrito en las páginas de *Hagakure*. Ha dejado de haber samuráis, contiendas bélicas; la economía se ha recuperado; reina la paz; la juventud bosteza. Como he indicado antes, *Hagakure* es un libro inmensamente paradójico. Cuando en sus páginas se escribe «negro», detrás está el blanco. Si se dice «la flor es roja», la opinión pública sostiene que la flor es blanca. Cuando *Hagakure* afirma que algo «no debe hacerse así», la gente va y lo hace. Teniendo todo esto en cuenta, por debajo de un libro tal, se mueve una corriente de opiniones y comportamientos actuales contrarios al contenido del mismo. Esta corriente es la que sigue el pueblo japonés en periodos de paz.

Vamos a poner algún ejemplo inmediato. No es la primera vez que, en nuestros días, la moda masculina ha florecido con el mismo vigor, o incluso superior, que la moda femenina. El furor de la juventud actual por la moda de

Pierre Cardin no es insólito. Tiene precedentes, aunque entonces no fuera Cardin, en la era Genroku, cuando la moda se extendía no sólo a la ropa, sino también al diseño de las espadas y de sus empuñaduras, de las dagas y de sus fundas, a todo tipo de adornos que podían encandilar la mirada de los jóvenes. Si echamos un vistazo a las pinturas de Hishikawa Moronobu¹, podremos comprender la fastuosidad y el lujo que en el siglo xvii reinaban en aquella sociedad de comerciantes y artesanos.

Hoy día, si uno va a una cafetería con música de *jazz* y habla con adolescentes y veinteañeros, el tema que domina de principio a fin en sus conversaciones no es otro que la ropa y los complementos del vestido. Voy a contar lo que me pasó a mí. Una vez que entré en uno de esos locales, nada más sentarme, me abordó un chico que estaba sentado en la mesa de al lado y me soltó esta sarta de preguntas: «Sus zapatos son a medida, ¿verdad», «¿En qué zapatería los encargó», «Y los gemelos de su camisa, ¿dónde los compró?», «¿Dónde consiguió la tela del traje que lleva?», «¿Cómo se llama el sastre?».

Entonces intervino un joven que estaba con él y entre ellos tuvo lugar este diálogo:

—¡Eh, no preguntes tanto, hombre! Pareces un mendigo con tantas preguntas... ¿Por qué no te fijas bien en lo que este señor lleva puesto y simplemente le robas las ideas en lugar de preguntar tanto?

El primero le replicó:

¹ Uno de los más destacados artistas del *ukiyo-e* o estampaciones xilografadas que retrataban escenas y personajes de los barrios de placer.

—¿Y no te parece mejor aprender así, haciendo preguntas?

Era evidente que para esos dos jóvenes aprender consistía en enterarse de cómo se viste uno y en dominar todos esos secretos que se pueden leer en cualquier revista de moda masculina. En *Hagakure* hay un pasaje en el cual se observa una actitud parecida:

En los últimos treinta años, las cosas han cambiado. Ahora, los temas que comentan los jóvenes son el dinero, lo que uno gana o deja de ganar, el presupuesto familiar, las prendas de vestir, el sexo. Si no se trata uno de esos temas, parece que se echa un jarro de agua fría en cualquier conversación. Da pena (capítulo 1).

Se habla mucho de lo afeminados que se han vuelto los hombres de hoy, resultado, parece ser, de la creciente democratización a la americana que se observa en la sociedad japonesa y de la difusión de nociones como «las señoras, primero» y cosas así. Pero este fenómeno no es nuevo: viene de antes. Una vez que quedó atrás la naturaleza fieramente masculina de la era Sengoku —la era de los Estados Combatientes, de 1467 a 1568— y el país quedó pacificado con el advenimiento de la dinastía Tokugawa, en 1603, se inició enseguida un gradual afeminamiento de los hombres. En los grabados *ukiyo-e* de Harunobu Suzuki, del siglo XVIII, se puede apreciar, por ejemplo, a un hombre y a una mujer contemplando juntos en un balcón las flores del ciruelo. Por mucho que se los mire o desde cualquier ángulo que los observemos, ni el rostro, ni el peinado, ni la ropa, ni los estampados de ésta nos permi-

ten distinguir quién es el hombre y quién la mujer. Ahora bien, fue precisamente entonces cuando se compuso *Hagakure*, es decir, la tendencia había empezado ya entonces. En el siguiente fragmento se utiliza, en tono crítico, la expresión «pulso femenino» para describir tal situación.

La siguiente anécdota se la oí contar a alguien. Una vez, el doctor Kyoan hizo la siguiente afirmación: «En el mundo de la medicina empleamos los términos de *yin* y *yang* para referirnos a la constitución física de mujeres y hombres. En consecuencia, el tratamiento para unas y otros es diferente. También el pulso es distinto. Sin embargo, he observado que, en estos últimos cincuenta años, el pulso de los hombres está cambiando y asemejándose cada vez más al pulso femenino. Cuando me di cuenta, empecé a tratar las enfermedades oculares de los hombres con el mismo tratamiento de las mujeres. De hecho, puedo afirmar que cuando aplico a los varones el tratamiento tradicionalmente masculino, no aprecio ninguna mejoría. El mundo, evidentemente, ha entrado en una fase de declive: los hombres están perdiendo su virilidad y adoptando cualidades propias de la feminidad. Es una verdad que he comprobado y guardo como un secreto».

Pensando en estas palabras, si uno mira a los hombres de hoy, no puede evitar este pensamiento: «Mira, por ahí va uno con el pulso femenino». Casi nunca veo a alguien que se parezca a un hombre hecho y derecho (capítulo 1).

Algo parecido se puede decir de estos «aristócratas de los gastos sociales de la empresa» de cuya aparición es en gran par-

to responsable el sistema fiscal de hoy en día. Efectivamente, también en los años de Yamamoto había samuráis incapaces de distinguir su propio dinero del dinero de sus señores. En los señoríos feudales gobernados por los daimios, como en las empresas de la actualidad, los samuráis jóvenes se olvidaban de trabajar al máximo por el bien de su comunidad y no buscaban más que la seguridad de sí mismos. La chispa del idealismo que brillaba en los ojos de los jóvenes se ha apagado y ahora tan sólo puede verse un pálido reflejo en esa «mirada furtiva de ladronzuelo». Son, en definitiva, jóvenes que sólo buscan el provecho propio y que están prisioneros de las pequeñeces de la vida cotidiana.

|Con respecto a los samuráis empleados de hoy en día, parecen todos desnudos de ambiciones. Tienen la mirada furtiva de los ladronzuelos. La mayor parte son así porque no buscan nada más que aprovecharse en beneficio propio u ostentar su astucia. Hay otros de aspecto más tranquilo, pero, en realidad, sólo cuidan las apariencias. Ninguna de esas actitudes es válida. No se puede ser un samurái de verdad sin estar dispuesto a estos sacrificios: ofrecer la vida al señor, morir prestamente convirtiéndose en espíritu, preocuparse a todas horas por el señor, estar disponible siempre que surja un problema y dar la opinión teniendo en mente nada más que el bienestar del señor, trabajar activamente por engrandecer el señorío (capítulo 1).

A través de las duras críticas que se formulan en *Hagakure* contra las personas que sobresalen en alguna habilidad o talento, se puede distinguir el nuevo valor de aquellos tiempos se-

gún el cual se idolatraba a cualquier persona que destacara en algo.

En nuestros días, paralelamente, se considera héroe a un jugador de béisbol y a una estrella de la televisión. Cualquier individuo que se especializa en una habilidad que gusta al gran público se convierte en títere de su técnica y encarna los valores de una época. En este sentido no hay diferencia entre técnicos y gente famosa.

Vivimos en una época de tecnócratas que, al mismo tiempo, es la época de gente con algún talento. La persona con una habilidad extraordinaria cosecha aplausos entusiastas de la sociedad. A la vez, la gente está bajando el listón de los objetivos de la vida: se trata sólo de llamar la atención al máximo o de parecer muy importante. Se cae en la mera función de pieza de un engranaje o de número de una función. A la luz de esta tendencia, produce cierto alivio leer la crítica que realiza Yamamoto a técnicos y artistas:

Eso de que el artista se puede ganar la vida en todas partes puede ser verdad en el caso de samuráis de otros señoríos. En el nuestro, el arte es la base del fracaso. Una persona que sobresalga en un arte no es un samurái, sino un artista.

Así se pensaba en el tiempo de *Hagakure*: «Si para el mundo no significa nada que vivas o que mueras, es mejor que vivas» (capítulo 1). Es natural que el instinto humano, en una situación de vida o muerte, se incline por la vida. Sin embargo, cuando una persona trata de vivir con belleza y morir igualmente con belleza, el apego a la vida traiciona siempre la

noción de belleza. Es difícil vivir y morir bellamente. También lo es vivir y morir con extrema fealdad. Es algo innato a la naturaleza humana.

El eclecticismo que domina en la sociedad actual se basa en el hecho de que aquellas personas que intentan vivir y morir bellamente, en realidad están eligiendo una muerte fea, mientras que los que se deciden por una vida y una muerte feas están escogiendo una vida bella. Con respecto a la cuestión de la vida y la muerte, *Hagakure* emite un veredicto muy refrescante. Se condensa en la frase más célebre del libro: «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte». Añade después: «En un asunto de vida o muerte, decídate de inmediato por la muerte. No debe darte pereza. Simplemente, toma la decisión, no pienses nada y lánzate» (capítulo 1).

Hagakure también se pronuncia sobre el amor. De hecho, y según ha señalado el crítico moderno Hashikawa Bunzō, nuestro libro probablemente sea el único en las letras japonesas que desarrolla una teoría lógica sobre el amor. El ideal amoroso de esta obra se puede resumir en estas dos palabras: «amor secreto». En sus páginas se afirma que, cuando expresa, el amor pierde estatura. El amor verdadero, se concluye, es aquel que se guarda en secreto, un secreto que se lleva hasta la tumba.

Las artes amatorias al estilo americano se basan en declarar el amor, en exigir, en conseguir. La energía generada por el sentimiento amoroso nunca se deja que se acumule en el interior, sino que se expulsa hacia fuera, siempre al exterior. Lo paradójico es que, una vez que el amor se disipa al exterior, el voltaje del amor disminuye. Los jóvenes de hoy gozan de oportu-

tunidades de enamorarse y de mantener encuentros sexuales que a las generaciones pasadas les parecerían increíbles. Pero a la vez, lo que se oculta en el fondo de las entrañas de todos esos jóvenes es la muerte del amor. Si el amor nacido en el corazón sigue un camino recto que repite una y otra vez el proceso de lograr su propósito y de dejar de existir en ese momento, entonces surgirá el debilitamiento de la capacidad de amar y la muerte de la pasión, dos fenómenos peculiares de nuestros tiempos. Quizá éste sea el motivo de por qué los jóvenes actuales sufren tantas contradicciones en asuntos amorosos.

Los jóvenes de antes de la guerra tenían muy clara la línea divisoria entre amor y sexo, y se sentían cómodos en uno y otro ámbito. Cuando uno ingresaba en la universidad, siempre encontraba a algún alumno de cursos superiores que lo llevaba a los burdeles y le enseñaba cómo satisfacer el apetito sexual. Mientras, se abstenía de tocar a la mujer que realmente amaba.

De esa manera, el amor en el Japón de antes de la guerra, si bien se basaba en el sacrificio humano que supone la prostitución, conservaba la tradición del amor puritano. Reconocer la existencia del amor romántico implica aceptar el hecho de que los hombres necesitan disponer en otro lugar de objetos sacrificados con los cuales satisfacer sus urgencias carnales. Sin esta especie de válvula de escape no puede existir el amor de verdad. Tal es la dimensión trágica de la fisiología del varón.

El amor del que se trata en *Hagakure* no se contempla como un recurso seguro y medio moderno destinado a preservar un sistema así. No, no es un recurso flexible, diferenciado

y eficaz. Más bien, se trata de un amor siempre respaldado por la muerte. Hay que morir por amor y la muerte aquilata la tensión y pureza del amor. Ésa y no otra es la esencia del ideal de amor que hay en la obra.

De lo dicho hasta ahora se puede concluir que *Hagakure* es una especie de compuesto farmacológico, una medicina que, por virtud de uno de componentes fuertes llamado «muerte», trata de sanar la naturaleza pacífica de la sociedad actual. Es un medicamento del que se abusaba a diario en tiempos de guerra, pero que, por considerárselo peligroso, suscitaba temor y abstención por parte de todo el mundo en tiempo de paz. El descubrimiento de Yamamoto Jōchō consistió en revelar la eficacia de este medicamento para curar el espíritu doliente del ser humano.

Este autor, gracias a su formidable conocimiento de la vida humana, sabía que el hombre no vive solamente por su vida. Sabía lo paradójica que es la libertad del hombre. Y sabía también que una vez que éste consigue la libertad, se aburre con ella; y que tan pronto se le da la vida, es incapaz de soportarla.

Nuestra época está dominada por el valor de que lo importante es vivir mucho tiempo. Nunca hasta ahora el ser humano había tenido una esperanza de vida tan larga. Ante nuestros ojos se extiende, por tanto, la monotonía de una dilatada existencia. Los grandes esfuerzos de los jóvenes por tener su propio hogar² se prolongan hasta que son capaces de encontrar su nido. Después, el futuro se les queda vacío. Lo único que tie-

² En inglés en el original, *my-home-ism*.

nen delante es el cálculo, a golpe de cuenta de ábaco, de lo que van a cobrar cuando se jubilen y el plan de reposadas y aburridas actividades con que entretendrán su tiempo libre una vez que dejen de trabajar. Esta imagen siempre está detrás del estado de bienestar de las sociedades avanzadas, una imagen verdaderamente amenazadora. En los países nórdicos, el número de suicidios entre personas mayores es anormalmente elevado. La causa es que no hay necesidad de trabajar ni razón para inquietarse por cómo mantenerse después de la jubilación. Simplemente, a la gente se le ordena que descanse, y esto causa un tedio infinito y una desesperación angustiada. También en Inglaterra, donde después de la guerra se ha llegado a un nivel ideal de bienestar y seguridad social, se ha esfumado el deseo de trabajar y, además, ha sobrevenido la paralización y ruina de la industria.

Cuando se discute el rumbo que debe seguir la sociedad moderna, la gente propone o el ideal del Estado socialista, o el del Estado del bienestar. Uno de los dos. En el extremo de la libertad que garantiza el Estado del bienestar hay aburrimiento; y, por supuesto, en el extremo del socialista hay represión de la libertad. Aunque el ser humano avanza gradualmente hacia la realización de grandes conquistas sociales, cuando está a punto de lograrlo es invadido por el tedio. Por otro lado, en su subconsciente oculta impulsos ciegos y profundos. Son manifestaciones dinámicas que nada tienen que ver con sus ideales sociales para el futuro y que expresan las contradicciones de la vida. Por lo que atañe a los jóvenes, esos impulsos se manifiestan de forma directa y radical. Se muestran en la competencia, en el dramatismo de la rivalidad. La juventud posee

tanto el impulso de la rebeldía como el de la sumisión. Uno y otro enmascaran, respectivamente, el ansia de libertad y el anhelo de muerte. A pesar de que estos impulsos aparezcan con el disfraz de la política, en realidad son como una corriente eléctrica provocada por la diferencia de descarga, es decir, por las contradicciones básicas de la existencia humana.

En los años de la guerra, el impulso hacia la muerte salía a una descarga del cien por cien. En cambio, el ansia de rebeldía, de libertad y de vida estaba suprimida. Después de la guerra ocurrió justamente lo contrario. Fueron satisfechos al cien por cien los impulsos de rebeldía, libertad y vida; y anulados los de sumisión y muerte. En una conversación que mantuve hace diez años con un político conservador, le dije que, probablemente, el gobierno de la posguerra por lo menos satisfaría las ansias de vida de la juventud; pero no tuve ocasión de tocar el tema del impulso hacia la muerte. Sin embargo, le dije también a ese político que tal impulso, sofocado en el corazón de los jóvenes, está siempre expuesto al riesgo de explotar algún día.

Ahí está el caso del Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón³. Fue un ejemplo de diferencia extrema de descarga eléctrica. La polémica en torno a este tratado fue un caso políticamente bastante complejo. La juventud se implicó porque buscaba algo en que encauzar sus energías. No los impulsaba una ideología determinada; ni siquiera se habían leído

³ En las protestas que suscitó este acuerdo al principio de los años sesenta participaron obreros, estudiantes y todo tipo de ciudadanos. Asumieron un cariz bastante violento al utilizar cócteles molotov y barras de hierro.

el texto de dicho tratado. Simplemente, trataban de satisfacer el impulso que estaba reprimido en su interior, es decir, el ansia de rebeldía y, a la vez, de muerte.

Las secuelas de las protestas fueron todavía peores. Los manifestantes que habían participado en ellas llegaron al convencimiento de que sus protestas habían sido una especie de ficción, de que la muerte no había coronado sus intervenciones. Los acuerdos políticos resultantes les confirmaron la sensación de frustración y de inutilidad de sus esfuerzos. Una vez más, en nuestra época, la juventud recibió esta demolidora sentencia: «No hay una causa por la que valga la pena morir».

El historiador Toynbee explica la repentina oleada de conversiones al cristianismo producidas en la Roma imperial arguyendo el fervor del ansia con que la gente codiciaba la muerte. El Imperio romano, en los años de la *Pax Romana* cuando sus fronteras se salían de Europa y llegaban a Asia, disfrutaba de una paz perdurable. Los únicos que estaban a salvo del mortal aburrimiento que allí reinaba eran los soldados que guardaban las fronteras. Sólo ellos habían descubierto un motivo por el que valía la pena morir.

Hagakure, por su parte, se fundamenta en los valores samuráis. La profesión del samurái es la muerte. Por muy pacíficos que sean los tiempos en que le toca vivir, la muerte es el principio de sus actos. Tanto es así que, en el momento en que el samurái sienta temor a la muerte y trate de evitarla, deja de ser samurái. Ésta es la razón del hincapié que hace Yamamoto en la muerte como la base del principio de acción. En nuestra época, sin embargo, por lo menos en este Japón sometido a

una constitución pacifista como la que tenemos, es fácil ver que no hay nadie que considere la muerte como objetivo profesional, ni siquiera los miembros de las Fuerzas Armadas de Autodefensa Nacional. Y es que en esta era de la democracia, la consigna es vivir todo el tiempo posible.

Cuando uno se pone a leer este libro de *Hagakure* es importante tener en cuenta la diferencia de la premisa de si el lector es o no es samurái. Una vez empezada la lectura, se puede ignorar esa distinción y seguir adelante. Se encontrará uno entonces con un buen número de ideas sobre la vida y la naturaleza humana que se pueden aplicar a las relaciones interpersonales, incluso en nuestra época. Hasta una lectura superficial y apresurada de sus páginas le proporcionará al lector una lluvia refrescante de impresiones perspicaces, detalladas, paradójicas y siempre sorprendentes. Al final, el lector se enfrenta otra vez a la diferencia de la premisa. Lo más interesante del libro es que se vuelve a la premisa —el lector es un samurái o no— y uno se da cuenta, bien a su pesar, de que ha acabado simpatizando con las ideas expuestas.

Pero ¿en qué consiste la diferencia de la premisa? Bien, hay que ir más allá de las circunstancias socioculturales de determinada época, como la ocupación y la clase social, y poner delante de los ojos la cuestión fundamental: la vida y la muerte. Una cuestión que no podemos rehuir en nuestra vida cotidiana. La sociedad moderna olvida constantemente el significado de la muerte. ¿Lo olvida? No, realmente no lo olvida. Lo que pasa es que evita enfrentarlo. El poeta Rainer Maria Rilke afirmaba que la muerte del hombre se ha vuelto pequeña. El ser humano acaba sus días en la cama dura de un

hospital, un hecho trivial al que hay que despachar cuanto antes. «La guerra del tráfico» que ocurre sin tregua a nuestro alrededor se cobra más víctimas que la guerra sino-japonesa de 1895 y la fragilidad de la vida humana nunca ha sido más evidente que en nuestros tiempos. Lo que pasa es que no nos gusta pensar en la muerte. No nos agrada sacar de la muerte el beneficio de su lección, y así poder aprovecharnos. Por el contrario, siempre nos esforzamos por fijarnos objetivos alegres, positivos, vitales. Hacemos todo lo posible por no hablar del poder con que la muerte poco a poco va carcomiendo nuestras vidas. Esta actitud pone en evidencia el proceso por el cual apartamos el tema de la muerte de la superficie de la conciencia y lo encerramos en la mazmorra más lúgubre y profunda del subconsciente. Con este comportamiento represivo, a la vez que convertimos el impulso de la muerte en un instinto peligroso y explosivo, nuestra ideología racional y humanista dirige el foco de su atención a la libertad alegre, al progreso. Ignoramos el hecho de que sacar la muerte al nivel de la conciencia es un elemento importante para tener salud mental.

La muerte, sin embargo, no cambia nunca y continúa invariable, ahora como en los tiempos de *Hagakure*. Y sigue controlándonos igual. Desde este punto de vista, la muerte de la que tratan las páginas de este libro no es nada especial. En ellas se insiste en la idea de que pensar en la muerte a diario es como pensar en la vida todos los días. Hay que reconocer que cuando hacemos nuestro trabajo pensando en que vamos a morir hoy, el trabajo se pone de repente a irradiar luces vivas: se vuelve radiante.

Creo que *Hagakure* ahora, después de veinte años de paz tras la Segunda Guerra Mundial, nos brinda la oportunidad de reflexionar y de reevaluar nuestras ideas sobre la vida y la muerte.

Los cuarenta y ocho principios de Hagakure

HAGAKURE Y SU AUTOR, YAMAMOTO JŌCHŌ

Hagakure, que es como en japonés se conoce comúnmente esta obra, es la abreviación del título original: *Hagakure kikigaki* o «Los dictados de *Hagakure*». Dicen que esta denominación original se la dio el compilador Tsuramoto Tashiro. En cuanto al término de *hagakure*, que literalmente significa «oculto entre las hojas», hay varias teorías y conjeturas que desde hace mucho tiempo sigue dando lugar a debates y discusiones.

De acuerdo con una de esas teorías, la palabra *hagakure* aparece en una poesía de Saigyō¹, concretamente, en su antología *Sankawakashu*. Éstos son los versos:

<i>Hagakure ni</i>	Flor solitaria
<i>Chiri to domareru</i>	que escondida se queda
<i>Hana nomi zo</i>	entre las hojas,

¹ Este poeta (1118-1190), que a los 22 años abandonó su estatus de samurái para convertirse en monje itinerante, divulgó un nuevo ideario poético basado en la apreciación estética de la desolación y la pobreza.

Shinobishi hito ni así es mi reunión
Au kokochisuru con quien amo en secreto.

Otra opinión sostiene que el libro se llama *Hagakure* porque trata de la abnegación y del servicio ocultos que realiza un samurái; y porque la obra fue dictada en una choza apartada cuya techumbre estaba hecha de hojas y paja.

Según una tercera hipótesis, el título se debe a que cerca de la cabaña donde vivía Yamamoto crecía un caqui tan frondoso que era llamado *bagakushi* u «ocultado por sus hojas».

Todavía hay una cuarta teoría. En la época de Edo, cuando vivía el autor, el castillo de Saga, propiedad del daimio o señor feudal Nabeshima, estaba rodeado de un arbolado tan tupido que era conocido como «el castillo oculto por las hojas» y, por extensión, a sus hombres se los llamaba «los samuráis ocultos por la hojas». Aunque es cierto que el castillo está rodeado de frondosos árboles que crecen en las márgenes del foso, los lugareños de Saga afirman no haber oído jamás esa denominación de «el castillo oculto por las hojas», con lo cual, esta teoría no pasa de ser una simple especulación.

Lo cierto es que originalmente el libro *Hagakure kikigaki* consta de apuntes de conversaciones. El año 13 de la era Genroku [año 1700], un samurái de la provincia de Saga llamado Yamamoto Tsunetomo hizo profesión religiosa budista tras la muerte de su señor Nabeshima Mitsushige, segundo daimio de Saga, al cual había servido hasta entonces. En un lugar remoto de la provincia llamado Kuro Tsuchibaru se construyó una choza y vivió allí apartado del mundo. Al cabo de diez años de esta vida de ermitaño, el 7 de la era Hoei [año 1710], un jover

samurái de nombre Tsuramoto Tashiro visitó la choza de Yamamoto. Las visitas y las conversaciones con éste se hicieron regulares, y el joven samurái se dedicó a anotar el fruto de las mismas. *Hagakure kikigaki* es el resultado de esos apuntes escritos durante siete años y que, en forma de libro, aparecen organizados en once capítulos. Yamamoto le pidió que quemara los apuntes, pero el joven samurái ignoró la petición del maestro y los guardó en secreto. No se sabe cómo ni desde cuándo, pero pronto empezaron a gozar de gran estima entre los samuráis de la provincia de Saga y a circular entre ellos siendo conocidos como «Nabeshima rongo» o «Los Analectas de Nabeshima».

Aquellos viejos apuntes, hoy conocidos simplemente como *Hagakure*, no fueron unas simples observaciones anotadas apresuradamente, sino el fruto de una cuidadosa redacción y organización. Su distribución se dispuso en el siguiente orden:

La primera y segunda parte o capítulo —también llamados el primer y segundo dictados— abarcan las enseñanzas del mismo Yamamoto. El tercer, cuarto y quinto dictados reúnen, respectivamente, las palabras de Nabeshima Naoshige, el fundador del daimiato, de Katsushige, el primer daimio de Saga, y de Mitsushige y Tsunashige (el tercer daimio). Del capítulo sexto al noveno se trata del señorío de Saga y de los hechos y enseñanzas de sus samuráis. El dictado décimo cubre los hechos de los samuráis de otros señoríos. Y, finalmente, el undécimo es un apéndice de los diez anteriores.

El núcleo de toda la obra se localiza en los dos primeros capítulos o dictados, es decir, en las palabras y enseñanzas de las conversaciones con Yamamoto, en las cuales queda plasmada la visión viva de su filosofía. Sin embargo, el orden de

las conversaciones no parece haber sido el cronológico. Por ejemplo, al principio del primer capítulo se escribe: «El 5 de marzo del año 7 de la era Hoei [año 1710] hice la primera visita de cortesía...». Se refiere con esto al aniversario del primer día en que Tsuramoto Tashiro visitó la choza de Yamamoto e inició con él la serie de conversaciones que después iba a registrar.

Yamamoto Tsunetomo sirvió a Mitsushige, el segundo señor de la casa Nabeshima, al lado del cual se mantuvo desde niño hasta cumplir los cuarenta y dos años. Sus antepasados habían prestado grandes servicios a los Nabeshima; también Mitsushige tenía depositada toda su confianza en Yamamoto. Era de esperar que cuando cumpliera cincuenta años, sería nombrado senescal del clan y habría de convertirse en una figura muy importante en la política del señorío. Pero, al morir su señor con tan sólo cuarenta y dos años, estas expectativas quedaron truncadas. Yamamoto Tsunetomo tomó la resolución entonces de quitarse la vida y acompañar al daimio a la tumba. Ocurrió, sin embargo, que el mismo Nabeshima Mitsushige antes de morir había prohibido bajo órdenes estrictas esta antigua práctica, una prohibición realmente innovadora con la cual se adelantó a su época. Había ordenado, en efecto, que nadie se suicidara después de morir él y que, si alguien no cumpliera su orden, la mancilla de la desobediencia habría de deshonorar para siempre a la familia del infractor. A la vista de esto y teniendo en cuenta el inmenso temor a la deshonra del nombre de la familia que había en aquellos años, Yamamoto se resignó a la idea de no poder suicidarse. Decidió entonces abrazar la vida religiosa y llevar una vida de apartamiento. Murió veinte años después,

el día 10 de octubre del año 4 de la era Kyoho [año 1719]. Tenía entonces sesenta y un años.

Se dice que *Hagakure kikigaki* fue empezado cuando Yamamoto tenía cincuenta y dos años, y terminado siete años después, el día 10 de septiembre del año 1 de Kyoho [año 1716]. Es una obra que presenta semejanzas con *Conversaciones con Goethe* de J. P. Eckermann, de 1848, en el sentido de que en ambas destacan la sensibilidad aguda y la maestría estilística del compilador de las conversaciones.

Este compilador, Tsuramoto Matazaemon Tashiro, trabajaba como escribiente en el castillo del clan y tenía entonces treinta y dos o treinta y tres años, es decir, veinte menos que Yamamoto. Como he indicado antes, discurrían por aquellos tiempos las eras Genroku y Hoei, unos periodos ochenta años posteriores a los más austeros de Genna y Enpō, en los cuales habían resurgido con fuerza los estudios confucianos, la ciencia militar, la ética samurái, etc. A todo ello se había sumado ahora un florecimiento inusitado de otras artes, como la poesía *haikai* —después llamada haiku— de Bashō, los dramas de Chikamatsu, las novelas de Saikaku². Una especie de verdadero renacimiento cultural. Fue aquélla una época en la que no solamente los comerciantes sino también los samuráis descubrían los placeres estéticos de la poesía, la música y el teatro, y se apasionaban por ellos. Era, al mismo tiempo, una era de decadencia del carácter masculino que había dominado cien años antes, cuando el confucianismo, el arte de la guerra y la ética de los

² Los tres grandes escritores de su siglo: Matsuo Bashō (1644-1694), Chikamatsu Monzaemon (1653-1725) e Ihara Saikaku (1642-1693).

samuráis determinaban valores más idealistas en la sociedad. La voz que se «oye» en las páginas de *Hagakure* pertenecía a Yamamoto Jinemon Tsunetomo, un hombre nacido el 11 de junio del año 2 de la era Manji [año 1659] en Yokokoji, Katate, actual provincia de Saga (antigua de Hizen), isla de Kiushu, y falleció el 10 de octubre del año 4 de Kyoho a los sesenta y un años como antes hemos precisado. Aunque más adelante ofreceré otros detalles de su vida, de momento indicaré que era el hijo menor de Yamamoto Jinemon Shigesumi que tenía, además, otro hijo y cuatro hijas. Shigesumi, a su vez, era el segundo hijo de Nakano Jinemon Kiyooki, adoptado después por Yamamoto Sukebe Muneharu. El nombre de Jinemon le fue conferido por orden del daimio de entonces, de modo que Nakano Kiyooki fue el primero en llevarlo; Yamamoto Shigesumi, el segundo; y nuestro Tsunetomo, el tercero. A estos tres se los llamó las tres generaciones de los Nakano.

A edad de once años, Tsunetomo perdió a su padre. Recibió instrucción general de un primo veinte años mayor que él llamado Yamamoto Gorozaemon Tsuneharu. El confucianismo y el budismo los aprendió de los maestros Ishida Ittei y del monje zen Tannen. Sin embargo, por servir como paje al daimio desde una edad muy temprana no pudo dedicarse plenamente a los estudios. Eso no le impidió ser influido profundamente por las enseñanzas de Tannen. De hecho, después de jubilarse, habría de reencontrarse con las verdades del budismo zen conocidas gracias a ese maestro.

Además, el joven Tsunetomo estaba en posesión de conocimientos genéricos de las artes marciales. A los veinticuatro años le había tocado officiar de asistente en el suicidio ritual de

su primo. Dominaba muy bien las reglas de composición de la poesía *haikai*, entonces de moda, y del *waka* o poesía clásica. Siguiendo las órdenes de su señor, el daimio Mitsushige, fue a Kioto, donde estudió directamente con el maestro Nishisanjo Sanemori, del cual recibió un diploma que le facultaba para enseñar poesía³.

Cuando Yamamoto Tsunetomo se hizo religioso, adoptó el nombre de Kyokuzan Jōchō, cuyos sinogramas evocan la imagen de una montaña del amanecer o de una mañana eterna, y a su choza le puso el nombre de Asahiken o «Casa del sol naciente», a la cual se mudó con el monje Ryoï, iniciando una vida de reclusión. Más tarde cambiaría el nombre de Asahiken por el de Sojun o «Casa de la larga vida religiosa». En el mes de agosto del año 3 de Shotoku [año 1713], cuando se construyó en Kuro Tsuchibaru el templo que iba a guardar las tablillas funerarias de Reijoin, la viuda del daimio Mitsushige, Yamamoto tuvo la discreción de mudarse al paraje de Ogokuma, cerca de una aldea próxima llamada Kasuga.

Yamamoto escribió, además, otra obra. Es el *Gukenshu* o «Recuento de las opiniones de mis humildes opiniones». La terminó a los cincuenta años, en febrero del año 5 de Hoei [año 1708], y estaba destinada a la formación de su hijo adoptivo Gonnojo. Nuestro autor tuvo dos hijas, la mayor de las cuales

³ Este diploma, reservado a muy pocos, certificaba que el diplomado había dominado los «secretos de transmisión de la poética del *Kokinshu*» (*waka kokindenju*). Del *Kokinshu*, la antología poética del año 905 que forma el canon del arte poético de Japón, hay dos traducciones parciales al español de: *Poesía clásica japonesa* (tr. de T. Duthie, Madrid, Trotta, 2005) y, más extensa, *Kokinshu* (tr. de C. Rubio, Madrid, Hiperión, 2005).

falleció a una tierna edad; la otra se casó, pero tanto ella como su marido murieron antes que él.

LOS TRES PILARES FILOSÓFICOS DE *HAGAKURE*

Si consideramos que *Hagakure* es un libro filosófico, podríamos decir que su filosofía descansa sobre tres fundamentos o pilares. El primero trata de la acción o conducta; el segundo, del amor; y el tercero, de la vida.

Con respecto al primero, hay que empezar afirmando que este libro concede importancia al sujeto, valora la conducta o acción como la función del mismo y sitúa la muerte como la consecuencia de la conducta. La filosofía de *Hagakure*, desde la primera a la última página, establece un estándar de acción que constituye el medio más eficaz para evitar las limitaciones del yo y poder abstraerse en algo más grande. Nada más alejado, por tanto, de la filosofía de Maquiavelo, en la cual se enfrenta el elemento A al elemento B o se maneja las potencias A y la B desde el punto de vista de una tercera persona. Aquí, en cambio, estamos ante una filosofía subjetiva y no objetiva. Es una verdadera filosofía de la acción, no de la política.

Debido a que, durante la Segunda Guerra Mundial, *Hagakure* fue utilizado para el adoctrinamiento político, sigue habiendo personas que consideran esta obra como un libro político. *Hagakure*, sin embargo, no tiene nada que ver con la política. Otra cosa será si consideramos que la ética samurái es una noción política. Este libro consagra todas sus páginas a indagar la esencia de la conducta del ser humano bajo determi-

nadas circunstancias. Si éstas cambian, es posible que la obra constituya una lección universal aplicable a otras épocas. Al mismo tiempo, sus páginas ofrecen una guía útil que, mediante la práctica y el esfuerzo personal, puede ser válida para cualquier individuo.

El segundo pilar es la filosofía del amor. Sobre este tema hay que señalar que los japoneses disponen de una tradición propia y que han desarrollado un concepto bastante singular del amor o *renai*. En el antiguo Japón existía un tipo de enamoramiento con matices eróticos llamado *koi*, pero no amor (*ai*). En Occidente, los antiguos griegos distinguían ya el amor como «eros» y el amor como «agape» (amor de Dios). «Eros», aunque derivado de un deseo carnal, evolucionó gracias a la filosofía platónica hasta entrar gradualmente en el mundo de la idea. Por su parte, «agape» es un amor espiritual totalmente divorciado del apetito carnal y fue adoptado posteriormente por el cristianismo como ideal del amor cristiano.

En consecuencia, la tradición cultural de Europa siempre ha visto en «agape» y «eros» dos polos opuestos. El culto a la dama del amor cortés que divulga la literatura de caballerías europea se fundamenta en el culto a la Virgen María; pero a la vez se exigía que «agape» estuviera separado de «eros».

Se puede afirmar igualmente que el sentimiento de patriotismo como ideal premoderno europeo tiene su base en la idea de «agape». No es exagerado añadir que en Japón, sin embargo, no existía amor por el país o patriotismo. Tampoco amor idealizado por la mujer. Y eso porque en el mundo espiritual y origi-

nal de los japoneses «eros» y «agape» estaban fundidos. El amor por la mujer o por un jovencito, cuando es inocente y casto, no se diferencia en nada de la fidelidad al señor. Este sentimiento de un amor en el que «eros» y «agape» se amalgaman se llamaba al final de la época de Edo, poco después de la mitad del siglo XIX, *renketsu no jō*, que quiere decir algo así como «sentimiento supremo de ligereza al sentir el amor» y vino a servir de base emocional para crear el culto a la figura imperial. El culto al emperador de antes de la guerra ha sido oficialmente eliminado, pero el sentimiento de esta suerte de amor y su concepto no se han borrado por completo del corazón y la mente de los japoneses. Ambos se basan en la convicción de que aquello que brota de una sinceridad instintiva lleva en línea recta a un ideal al cual vale la pena consagrar la vida a riesgo incluso de la muerte.

Los cimientos de la filosofía del amor de *Hagakure* descansan en esta idea. Su autor cita como ejemplo el amor homosexual, que en su tiempo se consideraba un sentimiento más elevado y espiritual que el heterosexual, y concluye que la forma más intensa y verdadera de amar que tiene el ser humano evoluciona a fidelidad y devoción por el señor.

El tercer pilar de *Hagakure* es la filosofía de la vida. No se trata de un sistema lógico y preciso. Si se presta atención a la primera y segunda parte del libro, que son las partes dedicadas a la doctrina de Yamamoto, se observan contradicciones y discrepancias, dando la impresión de que unas enseñanzas quedan anuladas por otras. Así, detrás de la frase más célebre del libro, «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte», siempre acecha otra que parece contradecirla.

Hay otra frase: «La vida humana sólo dura un instante. Hay que pasarla haciendo lo que a uno le gusta. En este mundo flotante es estúpido dedicarse a algo que uno aborrece y sufrir por ello. Naturalmente, esta verdad es un secreto que no he podido revelar a los jóvenes porque, si la interpretan mal, se verían perjudicados» (capítulo 2). Es decir, la frase «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte» es la fase inicial del argumento, y la de «la vida humana sólo dura un instante. Hay que pasarla haciendo lo que a uno le gusta» es la segunda. En este sentido, *Hagakure* se revela claramente como una filosofía de la vida mostrándose como una medalla con dos caras, la de la vida y la de la muerte.

Por otra parte, Yamamoto recomienda que, en caso de vida o muerte, optemos por una muerte rápida, pero también sostiene que hay que pensar en cómo será nuestra vida dentro de quince años. Este sentido de la anticipación contribuirá a que uno sea una mejor persona al cabo de esos quince años, un periodo que, por lo demás, pasa como un soplo. También una afirmación así parece contradictoria a primera vista; sin embargo, en el corazón de Yamamoto latía el desprecio por el tiempo. El tiempo cambia al hombre, lo hace voluble y oportunista, lo corrompe o lo mejora. Pero si el ser humano siempre tiene delante la muerte y siente que solamente existe vida en cada momento que vamos viviendo, entonces comprende que no hay que respetar tanto el paso del tiempo. Al no ser necesario darle mucho valor, en el proceso de vivir día a día esos quince años que pasan tan rápidamente pensando que cada jornada puede ser la última, se irá sedimentando algo un día tras otro, un instante tras otro. Esto que se va acumulando

será, precisamente, lo que nos permitirá servir bien a nuestro señor. Tal es la idea fundamental de la filosofía de la vida expuesta en nuestra obra.

A continuación voy a comentar, uno a uno y en el orden en que aparecen en *Hagakure*, los principios de esta filosofía de la vida, unos principios llenos de contradicciones aparentes. Trataré de sus puntos esenciales añadiendo mis propias reflexiones.

I. LA EXALTACIÓN DE LA ENERGÍA

En el prefacio titulado «Conversación a altas horas de la noche», Yamamoto afirma:

Jamás he deseado alcanzar la budeidad. Aunque muera y renazca siete veces, ni espero ni deseo ser otra cosa que un samurái. Un samurái del señorío Nabeshima. Un samurái de Nabeshima no necesita ni energía ni inteligencia. Tan sólo la voluntad inquebrantable de querer sostener él solo sobre sus hombros a todo el clan. Todos somos seres humanos y nadie es, por lo tanto, inferior a otro. En principio, entretenerse no sirve de nada si uno no tiene una gran confianza en sí mismo. Y si ésta no la usa en bien de la paz y la prosperidad del señorío, no le valdrá para nada.

En algunos pasajes de *Hagakure* se ensalza la humildad, pero en otros se afirma que la energía del ser humano le permite a éste lograr realizar grandes acciones en virtud del mis-

mo principio de la energía. Nunca hay exceso de energía. Cuando un león corre a toda velocidad, hace que desaparezca la sabana que pisan sus patas. Hasta puede dejar atrás la presa que antes perseguía y salirse de la pradera. ¿Por qué? Porque es un león.

Yamamoto considera que una fuerza similar está detrás de la tremenda energía original de las acciones del ser humano. Si limitamos la vida cotidiana al ejercicio de la virtud de la humildad, el entrenamiento diario no producirá ese ideal de acción intensa que trasciende la práctica misma. Esto explica su insistencia en que hay que tener confianza en uno mismo y responsabilizarse del clan. Y es que el autor de *Hagakure* conocía tan bien como los griegos la fascinación, la radiante gloria y también el horror de la *hybris*.

2. LA DECISIÓN

Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte. En una situación de vida o muerte, elige, simplemente, una muerte rápida. No hay que sentir pereza. Una vez tomada la decisión, deja de pensar y lánzate. Decir «Es absurdo morir antes de cumplir la misión que uno tiene en la vida» es propio de esas personas presumidas y mercachifles, como vulgares comerciantes de Kamigata⁴, que andan por el camino de los samuráis calculadores e interesados.

⁴ La región de las ciudades de Kioto y Osaka, esta última especialmente asociada a la actividad mercantil.

Sí, resulta muy difícil decidirse cuando uno se encuentra en una situación de vida o muerte y es natural que el instinto nos lleve a preferir la vida. Pero aquel que elija seguir viviendo y que, además, siga vivo tras un fracaso o deshonor, será despreciado por cobarde. Ésta es la parte adversa.

Si, por el contrario, se elige la muerte, nunca se sentirá vergüenza, aunque digan que la muerte ha sido inútil o que uno es un fanático. Tal muerte es propia del Camino del Samurái. Para ser un verdadero samurái es necesario tomar la decisión de morir por la mañana y por la tarde, un día tras otro. El hombre decidido a morir ha entrado en el Camino del Samurái y puede dedicar su vida al servicio de su señor sin miedo a cometer errores (capítulo 1).

La filosofía que nos revela *Hagakure* es ésta: la libertad radica en la decisión a todas horas de morir. El hombre no puede equivocarse cuando piensa en que lleva la muerte al lado, cuando es consciente de la presencia constante de la muerte. Si un hombre comete un error, piensa Yamamoto, es porque no ha decidido morir cuando debía. Pero el momento de la muerte no aparece de ordinario. Es posible incluso que la decisión de morir o vivir no se presente en toda la vida. Así le ocurrió al mismo Yamamoto. ¿Cómo debió de sentirse él cuando, al cabo de haberse mentalizado toda la vida para decidirse por la muerte, ésta le sobrevino a la edad de sesenta y un años, y acostado sobre el tatami?

A pesar de ese hecho, el autor de *Hagakure* se refería a la muerte en el sentido de una decisión que había que tomar y no en el de una muerte natural. No hablaba de aceptación de la muerte por enfermedad, sino de cómo prepararse para una

muerte libremente escogida, una muerte voluntaria. Morir por enfermedad es un desenlace natural y, como tal, es un hecho sujeto a las leyes de la naturaleza. En cambio, la muerte voluntaria es privilegio de la libertad individual. Si la voluntad de morir es una manifestación extrema de la libertad del ser humano, ¿qué es el libre albedrío?, se pregunta Yamamoto. Según el modo de pensar tradicional de los japoneses, la muerte en combate y la muerte por suicidio ritual son formas igualmente honrosas de acabar la vida. El suicidio ritual o haraquiri no es una claudicación ni la aceptación de una derrota moral, como se considera en Occidente, sino la expresión suprema del libre albedrío de la persona y que se lleva a cabo para salvaguardar el honor. Lo que Yamamoto significa con «muerte» es una acción libremente elegida. Por muy adversas que sean las circunstancias, cuando la persona rompe con ellas decidiéndose a morir, entonces realiza un ejercicio de libertad suprema. Ésta es la manera ideal de morir, aunque Yamamoto sabía muy bien que no siempre se presenta de forma tan clara. De cualquier modo, la fórmula «muerte = decisión voluntaria = libertad» resume el ideario filosófico del samurái. La muerte real no siempre sobreviene así. Yamamoto lo sabía y hay que leer entre líneas para descubrir su profundo nihilismo.

3. DELICADEZA

El mundo de los hombres es un lugar regido por la delicadeza y el tacto. El talento social del ser humano se mide por el grado de su delicadeza hacia los demás. El mundo de los samu-

ráis a simple vista parecía un mundo rudo y agresivo. En realidad, sin embargo, se movía según unas coordenadas de mucha más delicadeza y finura en el trato social que en nuestro tiempo. Con respecto a la delicadeza y al tacto necesarios a la hora de llamar la atención a alguien, Yamamoto comenta lo siguiente:

Es muy importante amonestar a los demás para corregir sus defectos. Podemos afirmar que esto es amor compasivo. Es el primer requisito del servicio de un samurái.

Pero hay que esforzarse por hacerlo bien. Es sencillo ver los puntos buenos y malos de la conducta de los demás; y criticar es muy fácil. La mayor parte de la gente cree que es un acto de amabilidad decir a alguien las cosas que cuesta decir y que nadie desea escuchar. Después, si estas palabras caen en saco roto, parece que uno no se ha esforzado lo suficiente en expresar bien su crítica. Esta forma de actuar es totalmente inútil. Con ella tan sólo se consigue crear una situación violenta y hostigar a la otra persona. Es como si hablaras mal de ella. No vale más que para desahogarse.

Lo primero que hay que saber es si la persona a quien vas a corregir aceptará o no tu opinión. Después, hay que crear un clima de confianza y estar seguro de que te va a escuchar con buena fe. En tercer lugar, hay que obrar con mucho tacto. Es necesario buscar las palabras justas, y el tono y momento adecuados: tal vez por escrito o en el camino de regreso a casa. Se puede empezar por hablar de las faltas o fracasos que uno mismo ha cometido. De este modo, le haces suponer algo, pero sin necesidad de hablar de más. Después, puedes referirte a

sus cualidades haciéndole sentir bien y animado; en fin, debes poner a la persona a quien vas a corregir en la situación del sediento ansioso de beber tus palabras. Finalmente, le corriges sus defectos. Sí, criticar es un asunto sumamente difícil (capítulo 1).

Aconsejar es gratis. Nos puede costar mucho prestar cien yenes⁵, pero a nadie le importa dar un consejo, como tampoco a nadie le importa dar un vaso de agua. Los consejos casi nunca sirven como aceite eficaz para lubricar las relaciones entre las personas. Al contrario: casi siempre acaban incomodando a la gente, desaniman y, con frecuencia, despiertan resentimientos. Yamamoto lo sabía muy bien. No nos vendrá mal considerar atentamente la sensibilidad y delicadeza con que recomienda tener ese difícil tacto necesario a la hora de corregir a los demás. Es una demostración perspicaz y realista de su conocimiento de la psicología humana. Yamamoto no pertenece ni por asomo a ese grupo de personas optimistas (y, frecuentemente, las más ignorantes de la naturaleza humana) a quienes les encanta sermonear al prójimo.

4. USOS COTIDIANOS

Sobre las menudencias de la vida cotidiana, el autor de *Hagakure* nos brinda avisos útiles:⁵

⁵ Cincuenta años después, podría decirse 1.000 yenes (unos diez euros).

Bostezar en público es una falta de respeto. Cuando te asalten las ganas de dar un bostezo, pásate la mano por la frente hacia arriba y las ganas desaparecerán. Si eso no funciona, cierra bien la boca y pasa la lengua por el interior de los labios. Si tampoco eso sirviera de nada, cúbrete la boca con la mano o con la manga y bosteza discretamente. Lo mismo se puede aplicar al estornudo. Si no tienes cuidado con estas cosas, darás la impresión de ser un tonto. Hay más cosas que debes cuidar y con las cuales mostrarte siempre discreto.

[...]

En cuanto a tus planes para el día siguiente, lo mejor es que reflexiones sobre los mismos la noche anterior y los anotes. Es una forma de ir siempre un paso por delante de los demás (capítulo 1).

Esto de ahogar un bostezo es algo que podemos poner en práctica hoy mismo. Fue durante la guerra cuando leí este pasaje y después, cada vez que me entraban ganas de bostezar, me lamía los labios con la boca cerrada. Y sí que me resultó eficaz este pequeño consejo de Yamamoto, algo nada desdeñable, pues, especialmente en aquellos días de guerra, soltar un simple bostezo en una clase importante provocaba una sonora reprimenda.

Lo que todavía sigo practicando es esta recomendación de Yamamoto: «En cuanto a tus planes para el día siguiente, lo mejor es que reflexiones sobre los mismos la noche anterior». De hecho, la noche de la víspera repaso con detalle mis planes para el día siguiente y después anoto en un papel los títulos, mensajes, nombres, números de teléfono, etc., que voy a nece-

sitar. Así me quedo tranquilo de que todo va a ir sobre ruedas al día siguiente y me quito de en medio bastantes preocupaciones antes de acostarme.

En fin, ésa es otra de las lecciones eficaces que aprendí de *Hagakure*.

5. TOLERANCIA

Yamamoto nunca es estricto a la hora de criticar a los demás, mostrándose siempre comprensivo con las faltas ajenas. Al respecto, decía lo siguiente:

Cierta persona está aconsejando continuamente la austeridad y el ahorro en todo, pero yo estoy en desacuerdo. Hay un proverbio que reza: «En aguas claras no viven los peces». Es decir, a estos animales les gusta que haya algas u otras plantas acuáticas bajo las cuales poder esconderse. De forma parecida, cerrar los ojos de vez en cuando y pasar por alto ciertas menudencias permite que las personas de clase baja vivan tranquilamente y en paz. Hay que tener esta dosis de comprensión cuando se juzga el comportamiento de los demás (capítulo 1).

En la era Edo [siglos XVII-XIX], el gobierno militar promulgaba con frecuencia leyes de fomento del ahorro que servían para que los samuráis vivieran una vida de notable austeridad, radicalmente opuesta al consumo generalizado de nuestro tiempo. Aquellos valores de frugalidad perduraron hasta los años de la guerra. La idea era que la ética consistía

en reprimir el gusto por el lujo y en realizar grandes esfuerzos para ahorrar. Tal era la forma de pensar entonces. Pero después de la guerra vino el desarrollo industrial y poco después, el consumo masificado. El antiguo valor de la austeridad, tan característico de la moral japonesa, empezó entonces a ser socavado sin remedio.

Desde su primera página, *Hagakure* mantiene un punto de vista tolerante y liberal, contrario a la ética restrictiva y unilateral de la moral confuciana relativa a la austeridad. La filosofía de *Hagakure*, que se basa en una conducta clara, espontánea y en una decisión osada, no guardaba relación con la ética rancia y burocrática que ponía de relieve las cuestiones insignificantes de ahorro practicado por criadas en busca del último grano de arroz escondido en las cajas de la despensa. Como una extensión de la tolerancia con las faltas ajenas, Yamamoto recomienda adoptar como filosofía de la vida cotidiana el cerrar deliberadamente los ojos y ser indulgente en las cosas pequeñas. En realidad, tal filosofía formaba parte de los valores de austeridad y ahorro vivos en la mentalidad de los japoneses. En nuestra época, los límites de esa indulgencia se han rebasado y hemos llegado al extremo de una permisividad excesiva. Tanta que ha dado origen a una falta de ética, a una inmoralidad que recibe el nombre de «niebla negra». Este extremo no es tolerancia, sino laxitud e impunidad. Solamente cuando la sociedad sigue unas normas de estricto comportamiento ético, es humana cierta dosis de indulgencia y tolerancia. Por el contrario, cuando hay degradación moral, el hecho de cerrar los ojos a las pequeñas faltas es un vicio hasta inhumano.

6. SOBRE MUJERES

Se vierten muy pocas opiniones sobre las mujeres en las páginas de *Hagakure*. Por ejemplo, se afirma: «Lo primero de todo es que las mujeres deben tratar a sus maridos como señores» (capítulo 1).

Uno de los puntos en que la filosofía de *Hagakure* se asemeja a la griega, especialmente a la espartana, se refiere precisamente a esto. En la antigua Grecia, el trabajo principal de las esposas consistía en atender al dios del fuego doméstico —el hogar—, en cumplir las tareas de la casa, en cuidar a sus hijos y en respetar a sus maridos. Por su parte, éstos podían pasar el tiempo fuera de sus casas, enamorarse de jovencitos y divertirse con hetaitas, cortesanas refinadas. Esta situación es la que a grandes rasgos propone *Hagakure*.

7. NIHILISMO

El sinograma 幻, que en chino se lee *gen*, en japonés se lee también como *maboroshi*. Quiere decir «ilusión». Los magos de la India son llamados en japonés *genshutsushi* (幻出師) o ilusionistas, es decir, personas capaces de crear o de «sacar» una ilusión. Y es que los seres humanos en este mundo somos como ilusiones, títeres. Por eso se usa el signo de 幻 para evocar la ilusión (capítulo 1).

De vez en cuando, Yamamoto utilizaba la comparación de los títeres para referirse a este mundo: un mundo de títeres. En

el fondo de su corazón había un nihilismo⁶ profundo y agudo, pero al mismo tiempo viril. Escudriñaba cada instante para sacar el significado de la vida de este mundo, pero, en realidad, estaba convencido de que ésta no era más que un sueño.

Sobre el nihilismo de nuestro autor haré después más comentarios.

8. LA OBJETIVIDAD DE LA JUSTICIA

Aborrecer el mal y vivir perseverando en la justicia es una empresa harto difícil. Es curioso, sin embargo, que surgen más problemas cuando uno piensa que lo más importante es atenerse a una lógica estricta y valorar la justicia por encima de todo.

Y es que hay algo más elevado que la justicia, pero descubrirlo requiere un grado de sabiduría accesible a pocos.

En este sentido, se puede decir que la lógica es bastante insignificante. Quien no lo ha experimentado por sí mismo no lo puede saber.

Pero incluso para aquel que no haya podido descubrirlo solo, hay una manera de llegar a este Camino. Consiste en hablar con la gente. Aunque la persona todavía no haya alcanzado el Camino, puede comprender bien a los demás. Es una situación parecida a la que en el juego del *go*⁷ se denomina *okame hachimoku*, es decir, «tener la ventaja del espectador». Hay también un dicho:

⁶ En inglés en el original, *nihilism*.

⁷ Juego de mesa con fichas negras y blancas similar a las damas.

«Aprender de los propios errores discuriendo». Para situaciones así no hay nada como hablar con los demás. Quien aprende escuchando a la gente y leyendo libros acaba sacando conclusiones que trascienden las limitaciones del propio raciocinio y sigue las enseñanzas de los antiguos (capítulo 1).

Con respecto al valor relativo de la justicia, este pasaje de *Hagakure* aborda el ideal político de la democracia. La verdad y validez de la justicia se confirman con el juicio de una tercera persona: es uno de los principios de la democracia. En el *Hagakure* siempre queda alguna duda sobre la justicia de la conducta, a pesar de que en sus páginas se propone una filosofía muy dinámica de la acción. La pureza de la conducta o la acción es la pureza de la subjetividad. Pero si la conducta se basa en la justicia, debe probar la pureza de esta justicia de otra manera. Aunque es posible juzgar la pureza de una acción por la acción en sí, Yamamoto sabe que se necesita contar con otro método para estar seguro de la pureza de la justicia. Y este método es la consulta. Aquí encaja eso de «la ventaja del espectador». El beneficio de esta actitud permite salvar a la gente que se inclina por cierto tipo de justicia. }

En este sentido, *Hagakure* adopta un punto de vista ideológicamente bastante relativo.

9. SABER VIVIR

Una de las últimas sentencias que pronunció el señor Naoshige fue ésta: «Adopta un talante ligero en los asuntos graves».

El maestro Ishida Ittei⁸ añade: «Adopta un talante grave en los asuntos ligeros». Los asuntos verdaderamente graves no son muchos: tal vez dos o tres como máximo en toda la vida. Si reflexionas habitualmente, sabrás cuáles son. En consecuencia, es necesario planear con tiempo qué hacer en caso de que se presenten y así contar con las soluciones más adecuadas. Sin una preparación diaria, te resultará muy difícil tomar una decisión rápida y las consecuencias pueden ser muy adversas.

Por lo tanto, la toma de decisiones diarias puede ser la razón principal de la sentencia antes mencionada, «Adopta un talante ligero en los asuntos graves» (capítulo 1).

La idea es decisión. Y tomar decisiones debe ser un hábito diario ejercitado a lo largo de muchos años. Al parecer, Yamamoto distingue entre ideas grandes y pequeñas. Dicho de otro modo, las ideas grandes deben ser alimentadas día a día con objeto de que, en el instante de tomar decisiones, puedan ser puestas en práctica de forma fácil y natural. En cuanto a las ideas pequeñas, forman la base que regula las pequeñas cosas de cada momento de la vida cotidiana. El escritor francés Prosper Mérimée decía que el novelista debía estar en posesión de una teoría para cualquier cosa por muy pequeña que fuera, incluso para un simple guante. Es una frase aplicable también fuera del ámbito literario. Así, cuando vivimos y disfrutamos de la vida, hay que tener una teoría para todo, hasta para lo más trivial; y a partir de ahí podremos juzgar y tomar decisiones. De lo contrario, el marco de nuestra vida cotidiana se

⁸ Erudito confuciano del señorío de Saga y maestro de Yamamoto.

hunde afectando incluso a las ideas grandes. Cuando van a tomar té, los ingleses suelen preguntar a su invitado qué desea que le sirva primero, leche o té. Aparentemente, echar la leche primero en una taza es igual que echar el té primero. Pero en un asunto tan trivial y cotidiano como éste hay un punto muy firme en la ideología de la vida de los ingleses. Para los ingleses que consideran que la leche debe ser vertida en primer lugar en la taza y después el té, si alguien altera este orden, echando primero el té y luego la leche, seguro que creerán que se ha dado el primer paso hacia la ruptura de un ideal muy importante para ellos.

Lo que Yamamoto quiere decir con la frase de «Adopta un talante ligero en los asuntos graves» es que siempre debemos tomarnos muy en serio las cosas insignificantes, las pequeñas teorías y asuntos de nuestra vida cotidiana, tanto como se debe considerar grave el pequeño agujero perforado por una termita en la madera con el que es capaz de ahuecar la estructura de todo un dique y provocar su derrumbe. Es una buena lección en esta época nuestra de valores invertidos en la cual se aprecian las ideologías y se descuidan los pequeños actos banales de la vida cotidiana.

10. LA PREPARACIÓN Y LA DECISIÓN

El origen de las ideas grandes, comentadas en el punto anterior y que deben resolverse en las decisiones que uno toma día a día, se basa en el principio de que, en *Hagakure*, morir es el Camino del Samurái.

El Camino del Samurái especialmente exige que la persona estudie y organice sus pensamientos día y noche, y que tenga preparada una línea de acción con la mente siempre alerta ante cualquier situación que pueda ocurrir en un momento imprevisto.

Dependiendo de las circunstancias, ganarás o perderás. Pero evitar la deshonra es algo muy distinto de la victoria o la derrota. La deshonra se evita con la muerte. Sin tu primera actuación no sale bien, inténtalo de nuevo. No se precisa para ello ni conocimientos ni técnicas especiales. El samurái inteligente nunca piensa en la derrota ni en la victoria, sino en lanzarse como un loco hacia la muerte. Sólo así despertarás del sueño, es decir, de las dudas y preocupaciones (capítulo 1).

Debido a que la preparación ha sido larga, la decisión se ejecuta con toda celeridad. Se puede elegir el acto de la decisión, pero no siempre el momento. Éste, el momento, simplemente sobreviene y lo ataca a uno. ¿Acaso vivir no es estar preparado para tal instante de decisión, ser elegido para algo por el destino? En *Hagakure* se hace hincapié en estar decidido, en disciplinarse para estar preparado y poder actuar en el momento dictado por el destino.

II. LA ACEPTACIÓN DE LA CONSTANTE DECISIÓN DE LA MUERTE

Yamamoto describe con detalle las ideas que expresa en los artículos 9 y 10.

Hasta hace cincuenta o sesenta años, todas las mañanas, los samuráis hacían sus abluciones, se rasuraban el cráneo, se perfumaban la coleta, se cortaban las uñas de manos y pies, se las raspaban con piedra pómez y las coloreaban con *koganegusa*⁹. Eran diligentes en el aseo personal sin por ello faltar a su compromiso como hombres del Camino del Samurái. Después, se quedaban mirando la espada y la daga que llevaban, y ponían cuidado en que no se oxidaran, les quitaban el polvo y las bruñían. Aunque estas rutinas diarias puedan parecer frívolas, no venían dictadas por la moda. En un combate o batalla de vida o muerte, el samurái puede perecer en cualquier momento. Si entonces, una vez que ha caído muerto, se observa que su aspecto físico no es aseado, la gente pensará que era una persona desaliñada, será entonces objeto de la burla y del menosprecio de todos. Por eso, todos los miembros de la casta guerrera, ya fueran samuráis jóvenes o viejos, se arreglaban tanto. El cuidado personal puede llevar tiempo y causar pereza, pero el Camino del Samurái es así. No hace falta darse prisa ni poner demasiado trabajo en ello. El samurái nunca sentirá vergüenza si está siempre preparado para morir. Tampoco la sentirá cuando se lance a un ataque suicida en un combate, ni cuando se dedique a servir a su señor y al cultivo de las artes marciales. Por el contrario, si pasa el tiempo haciendo lo que le plazca y ocupado en sus intereses egoístas, hará que en cualquier situación límite caigan sobre él la deshonra y la vergüenza. Seguramente ni siquiera se habrá dado cuenta de la afrenta y explicará todo diciendo que mientras él lo pase bien, no le preocupa nada lo que pase. El fin será desastroso. ¡Qué situación tan lamentable!

⁹ *Lotus corniculatus*, planta de flores amarillas y frutos como alubias.

Es indudable que el samurái que no está preparado para morir en cualquier momento tendrá una muerte indigna. Por el contrario, si vive preparándose a todas horas y en todo momento para la muerte, ¿cómo va a comportarse de manera ruin? Hay que reflexionar sobre este punto y conducirse adecuadamente en toda circunstancia.

En los últimos treinta años, las cosas han cambiado. Ahora, los temas que comentan los jóvenes son el dinero, lo que uno gana o deja de ganar, el presupuesto familiar, las prendas de vestir, el sexo. Si no se trata uno de esos temas, parece que se echa un jarro de agua fría en cualquier conversación. Da pena. Hasta cumplir los veinte o treinta años, un joven no decía ni una palabra de esos temas, entre otras razones, porque no se le ocurrían pensamientos tan bajos. Si por accidente a alguna persona mayor se le escapaba alguna palabra sobre tales asuntos en su presencia, el joven sentía como si lo hubieran herido físicamente. Estos nuevos valores ¿no serán debidos a que la sociedad moderna se ha vuelto amante de la ostentación y aprecia el dinero sobre todas las cosas? (capítulo 1).¹

12. CONSEJOS PARA REUNIONES CON BEBIDAS ALCOHÓLICAS

Los japoneses son conocidos a nivel internacional por su conducta desordenada en reuniones en donde se bebe. Aun teniendo en cuenta la justificación de que la constitución física de un oriental resiste peor el alcohol, en Occidente se considera imperdonable que cualquier caballero pierda la compostura y protagonice escenas escandalosas cuando abusa de la bebida.

La sociedad juzga al borracho como a un fracasado en los países occidentales, donde no es infrecuente asociarlo a una figura con una botella en la mano dando tumbos de un lado para otro como un fantasma por los rincones malolientes frecuentados sólo por alcohólicos.

En Japón, las reuniones con alcohol siguen pautas muy singulares. Los que han bebido se desnudan de su dignidad, exponen sus defectos, revelan sus intimidades y hablan en tono quejumbroso. Después se les perdona todo con la excusa de que estaban borrachos. No sé cuántos bares habrá en el barrio tokiota de Shinjuku, pero estoy seguro de que en muchos de ellos también esta noche habrá numerosos hombres asalariados quejándose de sus jefes y esposas. Esos bares de copas se convierten así en antros ruines cuyas paredes guardarán todos los secretos de los borrachos porque existe el acuerdo tácito de que a la mañana siguiente, aunque nada se haya olvidado, se mantendrán en silencio absoluto las confesiones vulgares y las quejas nada varoniles que la noche anterior han estado intercambiando todos ellos.

Descritas en otras palabras, las reuniones con alcohol en Japón son una especie de farsa: se pretende dar un carácter privado e íntimo a una reunión que en realidad es pública a los ojos de todo el mundo. Aunque la gente escuche lo que se dice, finge no oír nada; aunque lo que se dice dañe hasta las orejas, los oyentes simulan que no les duelen los oídos. Todo, en fin, se perdona por obra y gracia del alcohol. En las páginas de *Hagakure* se advierte que todas las reuniones en donde haya alcohol deben tener lugar al aire libre, es decir, en lugares públicos. Se aconseja que los samuráis anden con pies de plomo

en reuniones en donde se ofrezcan bebidas alcohólicas y que se prohíba cometer el más mínimo error. Estos consejos recuerdan extrañamente el ideal inglés de *gentlemanship*¹⁰.

Da mucha pena que haya tanta gente fracasada en la vida por culpa de la bebida. Es necesario saber qué cantidad de alcohol aguanta el cuerpo de cada uno y no excederse jamás. Aun así, a veces ocurre que uno calcula mal. El samurái no debe bajar la guardia siempre que haya bebidas alcohólicas alrededor, de modo que si surge cualquier imprevisto, pueda estar despejado para actuar correctamente. Las fiestas y banquetes con bebidas alcohólicas de por medio son ocasiones en las que hay muchos ojos que observan. La alerta, por lo tanto, debe ser máxima (capítulo 1).

Las palabras de advertencia de *Hagakure* siguen siendo plenamente válidas.

13. LA MORAL DE LA APARIENCIA

En su célebre libro *El crisantemo y la espada*, Ruth Benedict¹¹ acuñó la expresión «moral de la vergüenza» para definir el sentido moral de los japoneses. Esta definición presenta varias interpretaciones. Por un lado, nada más natural que el hombre que se embarca en el Camino del Samurái conceda un

¹⁰ En inglés en el original.

¹¹ Antropóloga norteamericana (1887-1948). Esta obra, publicada en 1944, apareció en su versión española con el sello de Alianza Editorial (1974, 2003).

gran valor moral a las apariencias por el simple hecho de que un guerrero debe tener presente constantemente a su enemigo. Su ética y su aspecto estaban determinados por la preocupación de no parecer vergonzoso ni ruin a ojos del enemigo. Hasta su propia conciencia estaba configurada por la mirada del rival. Por eso, no se trataba de una moral interiorizada en la conciencia individual, sino en una moral que dependía del exterior. Ésta es una característica importante de la ética que se presenta en *Hagakure*. A la luz de la historia de la ética, no está del todo claro cuál de estas dos vertientes de la moral, la interna o la externa, ha resultado más práctica. En el cristianismo, los católicos confían su moral al arbitrio de la Iglesia católica, lo cual les permite cierta tranquilidad de conciencia; en cambio, para los protestantes, la conciencia individual debe asumir la responsabilidad de la moral. Muchas personas débiles han sido aplastadas bajo la carga de este tipo de moralidad, como se puede comprobar si atendemos a la elevada cifra de pacientes mentales que sufren graves neurosis en un país como Estados Unidos.

Citemos nuestro libro:

Cuando se visita a alguien que ha sufrido un contratiempo, es sumamente importante cualquier palabra de aliento que se le diga, pues tal expresión traducirá los sentimientos del corazón. Un samurái jamás debe mostrarse abatido. Por el contrario, ha de aparecer siempre animado, como si estuviera a punto de lanzarse valientemente al campo de batalla para vencer a cualquier enemigo. Si no puede mostrarse así, no vale para nada. Con tal actitud y semblante hay que animar a cualquier amigo que se encuentre en horas bajas (capítulo 1).

La frase «Un samurái jamás debe mostrarse abatido» da a entender que parecer deprimido o simplemente cansado es un defecto. Y es que un samurái no puede darse el lujo de aparentar ni desánimo ni fatiga. Es natural, por otro lado, que el ser humano sea presa a veces del abatimiento o del cansancio, y el samurái no es una excepción. Sin embargo, su moral le exige que realice un esfuerzo sobrehumano para que jamás dé la impresión de estar deprimido o cansado. Tal es el dictado de esa ciencia política del corazón que debe regir el Camino del Samurái. Se pensaba que era más importante parecer sano que estar sano; y parecer valiente, más que serlo. Esta idea de la moral, por estar basada fisiológicamente en la vanidad peculiar del sexo masculino, tal vez nos da la clave de una moralidad característica de los hombres.

14. UNA FILOSOFÍA DE EXTREMOS

Como se ha comentado en el artículo 1, «La exaltación de la energía», una vez aceptada la justicia de atribuir a la energía el papel de motor de la conducta, no hay nada más que obedecer al principio de esa energía. Para que un león demuestre que es eso, un león, no tiene más que ponerse a correr a toda velocidad hasta el confín de la sabana. Yamamoto opina que los extremos de algo constituyen excelentes trampolines para la mente. En el siguiente fragmento se puede percibir este punto de vista.

El justo medio es un valor ampliamente reconocido por todo el mundo, pero cuando se trata de las artes marciales y si quere-

mos salir vencedores, no hay que quedarse en la línea de la moderación. El samurái que no pasa de esa raya no vale para nada.

Por ejemplo, en el tiro al arco japonés, el *kyudo*, cuando se apunta mirando el centro de la diana, la flecha suele errar y se queda arriba y a la derecha del blanco. La manera de hacer diana consiste entonces en apuntar mirando abajo y a la izquierda.

En el campo de batalla, el samurái, cuyo propósito es aventajar a otros samuráis, y que se ha preparado pensando día y noche en cómo vencer a un gran rival, es la personificación del arrojo indómito e infatigable de la casta guerrera. Así es descrito en los viejos relatos de hechos marciales. También en la vida cotidiana hay que comportarse con ese mismo espíritu (capítulo 1).

15. LA EDUCACIÓN INFANTIL

Dentro de las sociedades de Occidente están la inglesa y la norteamericana. Aunque las dos sean anglosajonas, hay diferencias apreciables en cuanto al sistema de educación infantil dominante en una y otra. Tradicionalmente, en Inglaterra, a los niños no se les suele permitir estar en las reuniones de adultos, ni opinar cuando éstos hablan. Tampoco deben interrumpir con sus voces o hablando entre sí las conversaciones de los mayores. Están obligados a permanecer callados, siendo este silencio una parte de la educación que reciben. Así, se piensa, se irán preparando para que, cuando sean adultos, puedan conversar y conducirse como verdaderos caballeros.

En Estados Unidos, por el contrario, a los niños se les anima a que participen activamente en las conversaciones con

los adultos. Es parte, por así decir, de la formación infantil. Los adultos escuchan a los niños, y éstos conversan y discuten con los adultos. Desde una edad temprana se espera que los niños manifiesten con toda libertad sus propias opiniones ante las personas mayores.

No es ahora un buen momento para pronunciarse sobre cuál de los dos sistemas es mejor. Tan sólo quiero traer a colación los pasajes de *Hagakure* al respecto.

Hay un método determinado para educar al hijo de un samurái. El primer paso es nunca amenazarlo ni engañarlo por pequeño que sea el niño. Al contrario, siempre hay que alentarle y estimular su valor. Si el niño, aunque sea de tierna edad, experimenta el miedo y se muestra retraído, la cobardía y el temor lo acompañarán toda la vida. Está mal que por un descuido de los padres los niños se asusten por los truenos, que se les prohíba caminar en la oscuridad y también que se les cuenten historias de miedo para que se callen cuando lloran. Por otro lado, si se los reprende fuertemente a una tierna edad, serán para siempre tímidos e introvertidos. Lo más importante es que no adquieran malos hábitos. Una vez adquiridos, es imposible quitárselos por más que se les llame la atención. Hay que hacerles tomar conciencia poco a poco de la cortesía y de la corrección en el habla, y procurar que aborrezcan la vulgaridad. Las demás cualidades las irán adquiriendo a medida que vayan siendo educados si son niños normales.

Se dice, y es cierto, que los hijos de matrimonios infelices son ingratos. Hasta los animales se acostumbran a lo que ven y oyen desde su nacimiento. Por esto, hay que tener mucho cuidado con el entorno que rodea al niño.

Asimismo, una madre tonta contribuye muchas veces al deterioro de la relación entre un padre y un hijo. Si la madre le consiente casi todo al niño y se pone de parte de éste cada vez que el padre reprende al hijo, no hace más que empeorar la relación entre padre e hijo. La actitud materna de ponerse de parte del hijo es fruto de la mente superficial de las mujeres que creen que, ganándose el favor del niño ya a esa edad, van a asegurarse su futuro cuando sean viejas (capítulo 1).

El método de educación infantil de *Hagakure* se aproxima sorprendentemente a los principios pedagógicos basados en una educación natural y libre que formuló el filósofo francés Jean Jacques Rousseau en su *Emilio*. La sorpresa aumenta cuando pensamos que el año en que la compilación de *Hagakure* alcanzó su auge, 1712 (a pesar de haber sido iniciado el siete de Hoei [año 1710]), fue el mismo en que nació Rousseau.

Lo que Yamamoto propone no es simplemente una educación espartana. Él pone de relieve la importancia de que los niños no crezcan con miedo a la naturaleza y de que no se les reprenda con dureza. El niño debe crecer con libertad en un mundo infantil sin ser objeto de amenazas ni de castigos excesivos por parte de sus mayores. De lo contrario, se volverá introvertido y cobarde. Tales son las directrices pedagógicas de *Hagakure* que, basadas siempre en lo más natural, se pueden aplicar, curiosamente, a la situación actual. Hoy día se puede ver por todas partes cómo las madres miman a sus hijos de forma absurda, se alían con éstos en contra del padre contribuyendo así a la mala relación entre éste y su hijo. Especialmente

en esta época nuestra en que hay una crisis de la autoridad paterna, no deja de aumentar el número de hijos mimados y consentidos, surgiendo eso que en Estados Unidos se llama «el tipo de madre dominante»¹². El padre ha quedado aislado. Aquella pedagogía estricta practicada por los antiguos samuráis y que se transmitía de padres a hijos ha sido abandonada, como han sido abandonadas otras transmisiones, de modo que a día de hoy la figura paterna ha quedado reducida a la de una máquina que sólo sirve para traer un sueldo a casa. Ya no hay lazos espirituales entre él y sus hijos. El afeminamiento de los hombres de hoy es un tema de crítica actual. De forma paralela, aumenta de forma alarmante el debilitamiento de la figura paterna.

16. LA SINCERIDAD DE LAS RELACIONES HUMANAS

La «delicadeza» ya comentada debe basarse en la sinceridad, la cualidad primaria en las relaciones humanas. Esta opinión es aceptada sin ninguna oposición en nuestra época. Veamos en la época de *Hagakure*.

Hay un refrán que dice «En la enfermedad se conoce al amigo». Quien se declara tu amigo en los buenos tiempos, pero te da la espalda cuando caes enfermo o sufres un contratiempo, es un cobarde. Es precisamente en las ocasiones en que alguien pasa por un mal momento cuando su amigo debe presentarse,

¹² En inglés en el original, *dominating mother type*.

mostrarse solícito y atento, o enviar algo. Nunca te distancias en la vida de quien te ha hecho un favor. Así demostrarás que eres una persona sincera. La mayor parte de las veces, sin embargo, la gente acude a determinada persona sólo cuando necesita ayuda; una vez pasado el momento de apuro, ya no se acuerda de esa persona (capítulo 1).

17. SOBRE LOS EMPLEADOS

También con respecto a los empleados, *Hagakure* da muestras otra vez de su amable solicitud hacia las personas.

Mi propio padre, el samurái Zenjinemon, tenía la costumbre de que, si uno de sus empleados cometía una mala acción, no lo expulsaba de la casa, sino que lo mantenía en el puesto el resto del año como si no hubiera pasado nada. Solamente lo despedía con toda naturalidad al final del año (capítulo 1).

18. EL HOMBRE Y EL ESPEJO

Como he indicado antes, si la moral es una virtud que hay que valorar por la apariencia, esta apariencia la reflejan mejor que nada un espejo y un enemigo. Quien mejor te observa y te critica es tu enemigo. Igual pasa con el espejo. Para las mujeres, el espejo es un objeto para maquillarse; para los hombres es un instrumento para la reflexión y el conocimiento de sí

mismo. En *Hagakure* se habla del espejo como del instrumento con el cual trabajar la moral de las apariencias.

No hay mejor herramienta para corregir el arreglo y el aspecto personal que un espejo. Cuando cumplí los trece años, me afeité el flequillo y me hice la coleta¹³. Después me pasé encerrado en casa más o menos un año. ¿Por qué? Bueno, desde hacía tiempo oía que mis familiares decían de mí: «Este niño tiene cara de listo. Seguro que eso le va a traer desgracias... Lo que peor lleva nuestro daimio es tener cerca a alguien que parezca inteligente». Decidí entonces corregir el gesto de mi cara y me pasaba los días mirándome al espejo. Cuando por fin salí de casa al cabo de un año, me dijeron que tenía mala cara. Pensé entonces que de eso precisamente se trataba, de tener mala cara: en eso estaba la base del servicio de un samurái.

La persona que parece inteligente no suele inspirar confianza. No se puede llamar agradable a la vista el rostro de un hombre cuyas facciones no posean un aire sosegado y una serena dignidad. Lo mejor es cultivar un gesto respetuoso, firme y tranquilo (capítulo 1).

Es extraña esta anécdota de alguien que pasa tanto tiempo ante el espejo corrigiendo las facciones de su cara porque parecían demasiado inteligentes. Lo que *Hagakure* quiere transmitir aquí es el ideal del rostro humano o, más bien, el de la belleza masculina: un rostro «respetuoso, firme y tranquilo». El

¹³ Eran dos costumbres que señalaban la ceremonia de mayoría de edad entre los hijos de samuráis.

calificativo de «respetuoso» conlleva una actitud de humildad capaz de inspirar confianza en quienes contemplen tal rostro. El de «firme» implica un aire de sobriedad y distanciamiento. La cualidad que reconcilia y une esos dos rasgos de humildad y distanciamiento, aparentemente contrarios, es precisamente la tercera que aparece en la definición de Yamamoto: un sosiego, una calma siempre imperturbables.

• 19. SOBRE LOS INTELECTUALES

La persona calculadora es miserable. Calcular significa tener siempre a la vista las ganancias y las pérdidas. El calculador siempre está preocupado por esas dos cosas. Morir es perder y vivir es ganar; por eso, tales personas eligen no morir. Son cobardes.

Lo mismo ocurre con las personas con estudios: esconden su cobardía y su codicia bajo la capa del intelecto y la elocuencia. Así consiguen engañar a la gente (capítulo 1).

Es probable que en los tiempos en que se compuso *Hagakure* no existiera un concepto comparable a lo que hoy conocemos como clase intelectual o intelectualidad¹⁴. Sin embargo, en el Japón pacífico de aquellos tiempos, los expertos confucianos, la gente de saber e incluso algunos samuráis eruditos ya iban configurando un prototipo de intelectuales. Yamamoto

¹⁴ En el original, *intelligentsia*.

los engloba a todos bajo el término de «personas calculadoras». Con una palabra desenmascara el engaño del racionalismo y del humanismo. Si aplicamos el juicio de la razón, concluimos que la muerte es una pérdida, y la vida, una ganancia. ¿Quién, en su sano juicio, corre alegremente hacia la muerte? El humanismo, cuya armadura es racionalista, está bajo la ilusión de creer en la universalidad. Con esta idea esconde bajo tal armadura la debilidad del sujeto y la fragilidad del punto de vista subjetivo. Lo que se critica en *Hagakure* de forma incesante es el divorcio del sujeto y la idea. Si la idea se basa en el cálculo, si calculando se considera que morir es una pérdida y vivir una ganancia, y si la inteligencia y la retórica son máscaras de cobardía y codicia, entonces, la persona se está engañando con sus propias ideas y está revelando la penosa imagen de un ser humano que ha aceptado embaucarse a sí mismo.

Otro tanto pasa incluso con el humanismo moderno, el cual considera heroico arriesgar la propia vida y no la vida ajena. En su forma más viciada, este humanismo esconde, en beneficio propio y bajo el disfraz de simpatía por la muerte de alguien, el impulso animal e individual del «no me quiero morir». Esta actitud es la que Yamamoto entiende por cobardía.

20. LA LOCURA POR LA MUERTE

En el otro extremo de ese autoengaño filosófico descrito en el apartado anterior está la explosión de la acción pura, el estallido espontáneo que no necesita fidelidad al señor, ni piedad filial, ni ninguna otra cualidad. No se trata de fomentar

el fanatismo. Su ideal es la manifestación más pura de la acción en la cual son inherentes las virtudes de fidelidad y piedad filial. El samurái no puede anticipar si sus acciones van a estar revestidas de esas dos virtudes. Sin embargo, el ser humano no siempre sigue un curso previsible. En este contexto se puede entender la expresión «el Camino del Samurái es la locura por la muerte» que Yamamoto comenta en el siguiente pasaje.

El señor Naoshige dijo una vez: «El Camino del Samurái es la locura por la muerte. A una persona con tal convicción no la vencerá ni una decena de hombres». Ninguna tarea importante se puede llevar a término con sentido común. Hay que renunciar a él y precipitarse en la locura por la muerte.

Cuando el samurái se pone a reflexionar, ya se ha quedado rezagado. Como la fidelidad y el amor filial se ponen a un lado, solamente queda la locura por la muerte. Es en este estado de locura cuando la fidelidad y la piedad filial reaparecen y se integran en el corazón del samurái (capítulo 1).

Este antiidealismo y antiintelectualismo pueden ser muy peligrosos. Aun así, hay mucho más peligro en rehuir el riesgo a causa de idealismos o intelectualismos. La manifestación ideal de la conducta humana estaría en que el intelecto estuviera presente en una acción ciega o en que la razón, como un instinto más, se convirtiera en un motor natural para actuar. En este contexto cobra vital importancia la frase de «la fidelidad y la piedad filial reaparecen y se integran en el corazón del samurái». En *Hagakure* no se está predicando un vulgar fanatismo,

ni tampoco una postura meramente antiintelectual, sino una sinergia de armonías que se condensa en la pureza de la acción.

2.1. LAS PALABRAS Y LAS ACCIONES CAMBIAN EL CORAZÓN HUMANO

Es un error común entre nosotros, personas modernas, pensar que primero están la conciencia y las ideas, y después vienen las palabras y las acciones. Nos equivocamos al creer en la existencia independiente de la conciencia, del corazón, de la mente, de los conceptos y de otras ideas abstractas. Y eso aunque no vengan plasmados en nuestras acciones. En cambio, para los antiguos griegos que sólo creían en lo que podían ver, tal conciencia o corazón invisibles no existían. Para manejar esa entidad ambigua llamada corazón humano no hay más que adivinar cómo las palabras y las acciones externas pueden modificarlo. Aquí está el mensaje de *Hagakure*. En sus páginas se nos advierte que jamás salga de nuestros labios, ni siquiera en la más trivial de las conversaciones, una expresión cobarde, porque las palabras pusilánimes hacen al corazón cobarde y ser tomado por cobarde es igual que serlo. El más mínimo desliz en el hablar o actuar puede arruinarnos toda nuestra filosofía. Sería una realidad demasiado dolorosa de sobrellevar. Si creemos en la existencia de una conciencia o de un corazón y deseamos protegerlos, hay que prestar atención a los detalles más nimios de nuestras palabras y acciones. Además, de esa manera podremos dotar a nuestro interior de una riqueza que antes

no poseía y hacer que en él fructifique una pasión que tampoco antes teníamos.

Un samurái debe ser cuidadoso en todo y evitar cualquier fallo o defecto por pequeño que sea. A veces se le podrá escapar algún desliz y de sus labios tal vez salgan expresiones como: «¡Qué cobarde soy!», «Lo mejor será escapar con vida», «¡Qué miedo!», «Fue terrible», o frases por el estilo. Expresiones tales jamás se le deben oír a un samurái, ni siquiera en broma, ni dormido, ni exagerando, ni bajo ninguna circunstancia. Si las escucha una persona sagaz, enseguida sabrá cómo es el corazón de ese samurái. Hay que estar siempre vigilante (capítulo 1).

22. EL ÉXITO EN LA VIDA

A pesar de que Yamamoto parece recomendar la muerte a una edad temprana, en la práctica valora mucho la madurez. Con esto quiere decir que la capacidad para la acción y el talento en la vida práctica no siempre florecen al mismo tiempo. La razón está en que el significado del concepto de servicio que presta un samurái tiene dos vertientes. En primer lugar está su disposición a entregar la vida por su señor; en segundo, poner todo su talento práctico al servicio de su señorío. Hay un aspecto interesante en *Hagakure*, y es que se valora igualmente la acción y el talento práctico, dos cualidades juzgadas como separadas por la sociedad. Yamamoto opina que tanto una como otra no se diferencian en su naturaleza, sino en función de la edad del individuo y de la época

en que le ha tocado vivir. En esto se confirma el pragmatismo de nuestra obra.

Si uno progresa en la vida siendo todavía joven, apenas le será útil a su señor. No importa la inteligencia innata que posea, por el hecho de ser joven no habrá desarrollado al máximo su capacidad y no será aceptado por los demás. Es mejor que vaya madurando poco a poco, de modo que a los cincuenta años podrá alcanzar la plenitud necesaria. En realidad, el ascender en la vida más lentamente de lo que la gente piensa es la mejor manera de alcanzar una plenitud óptima.

Además, aunque pierda su fortuna, el hombre ambicioso se recuperará pronto por el hecho de no haberse arruinado a causa de intereses personales e injustos (capítulo 1).

23. MÁS SOBRE EMPLEADOS

He aquí otra lección práctica:

En una poesía sobre Minamoto no Yoshitsune¹⁵ hay un verso con esta idea: «Un buen general debe dirigirse con frecuencia a los soldados rasos». Igualmente, los empleados en una casa se motivarán mucho cuando el jefe se dirige a ellos, no solamente en ocasiones extraordinarias, sino también en situaciones ordinarias. Palabras como «¡Buen trabajo!», «Lo has hecho muy bien» o «Aprecio mucho tu dedicación y constancia»

¹⁵ Héroe samurái de las guerras Genpei, a finales del siglo XII.

causan que el empleado se entregue al máximo incluso sin escatimar su vida. Son palabras muy importantes (Capítulo 1).

24. SABER CONCENTRARSE

Este párrafo va a contradecirse con el del artículo 27 que viene después. Es decir, aunque un hombre se concentre con cuerpo y alma en el Camino del Samurái, *Hagakure* critica el apego a las artes, cuyo conocimiento se considera una tontería. La palabra «arte» o *geinō* tal como se usa en este libro posee un significado ligeramente diferente del actual. En sentido amplio, equivale al conjunto del talento y la técnica, y comprende los conocimientos especializados de quien hoy llamaríamos «técnicos». En mi opinión, lo que Yamamoto quería decir era que el samurái es una persona integral, mientras que la persona completamente entregada a un arte o a una técnica ha degenerado en una especie de «función», en el simple engranaje de una maquinaria. Dicho de otro modo, quien consagra la vida al Camino del Samurái no puede dedicarse al cultivo de un arte en particular, simplemente porque no puede caer tan bajo de ser una función. Y es que el samurái, cuando cumple sus deberes, está representando con sus actos a todos los samuráis, y su conducta individual es una reproducción del Camino del Samurái. Cada vez que el samurái asume con orgullo el trabajo de todo el clan y se echa sobre los hombros la carga de cuidar del mismo, ya no es una simple función. Es, nada menos, un samurái. Es el Camino del Samurái. No hay peligro de que hombre tal pueda quedar rebajado a la categoría de mero engranaje de la maqui-

naria social. Por el contrario, quien se dedica a un arte o a una técnica es imposible que sea una persona integral y plena. Lo más que puede hacer es ejecutar una simple función, algo peculiarmente fácil en una sociedad tan tecnológica y especializada como la nuestra. Por lo tanto, si a un samurái que aspira a ser hombre integral se le ocurre aficionarse a un arte, todo su ideal quedará socavado por la función. Aquí está el temor de *Hagakure*. Su imagen del hombre ideal no corresponde a la de alguien comprometido con su esencia de persona integral y, a la vez, con una función. Alguien integral no necesita ningún arte ni ninguna técnica que valga. Encarna el espíritu, personifica la acción, representa el ideario en el cual se basa su país. A esto debe de referirse el siguiente párrafo:

Está mal mirar en dos direcciones. Hay que dedicarse exclusivamente al Camino del Samurái. Nada más. Tal es la idea que subyace al sinograma de camino que es 道.

Sin embargo, quien estudie el confucianismo o el budismo puede creer en lo absurdo que resultaría la práctica del Camino del Samurái.

Pero si te aplicas al estudio de varios caminos, acabarás entendiendo lo que es y no es absurdo (capítulo 1).

25. EL LENGUAJE DE TIEMPOS DE PAZ

No es un samurái quien en tiempos de guerra utiliza una palabrería altisonante y ruda, como tampoco quien en tiempos de paz recurre a un lenguaje suave y tranquilo. Lo más

esencial para el samurái es mantenerse ecuánime y consecuente: su valor lo mostrará en tiempos de guerra con acciones, y en tiempos de paz, con palabras. Esta idea refuerza el principio, expresado en el artículo 21, de que las palabras y los actos del ser humano determinan su interior.

Para un samurái, lo primero que diga tiene una importancia excepcional. En esa primera palabra debe asomar su valentía. En una era de paz es en el lenguaje en donde se manifiesta el valor de la persona. Incluso en tiempos de guerra se ve la valentía por una simple palabra. Podría decirse que la primera palabra es la flor del corazón (capítulo 1).

26. NINGUNA PALABRA DE DEBILIDAD

El siguiente párrafo se basa también en las ideas expresadas en los artículos 21 y 25.

Un samurái jamás debe quejarse. Ha de permanecer vigilante para que nunca salga de su boca una palabra de debilidad. En la palabra más insignificante pronunciada sin querer se puede revelar su verdadera intención (capítulo 1).

27. EL DESDÉN POR EL ARTE

A este respecto ya hemos dicho algo en el artículo 24. Bastará citar este pasaje:

La persona con fama por dominar una determinada técnica o arte es un tonto. Ha demostrado ser idiota por concentrar toda su energía en una sola cosa descuidando pensar en otras. Alguien así no vale para nada (capítulo 1).

28. UNA LECCIÓN DE MORAL

Es un hecho evidente en la sociedad japonesa que la persona se encuentra maniatada por la jerarquía que hay entre la generación mayor (*senpai*, 先輩) y la menor (*kōhai*, 後輩), lo cual impide que se den ocasiones para que personas de diferente edad conversen libremente de igual a igual.

Los jóvenes que al principio aceptaban de mala gana ser educados por la generación de más edad, cuando se hacen mayores y pueden aleccionar a la generación siguiente, ya no tienen oportunidad de, a su vez, recibir formación de personas de más edad que ellos. De esa manera, se inicia un estancamiento espiritual: se produce una especie de arteriosclerosis que da como resultado inevitable el infarto de toda la sociedad. Es curioso que en Japón, a pesar de vivir inmerso en la Modernidad, sólo en los momentos de agitación se han respetado las opiniones de los jóvenes. En tiempo de paz, sin embargo, vuelven a ser ignoradas. El surgimiento de la Guardia Roja maoísta alentó a una parte de la juventud japonesa. Resulta muy extraño que las opiniones de los jóvenes puedan ser manipuladas hábilmente y encauzadas con fines prácticos para prestar algún servicio positivo a la sociedad. Los disturbios provocados por la Guardia Roja

en China fueron un ejemplo. Otro lo constituyó la ideología de los jóvenes oficiales del Ejército japonés en los años treinta del siglo xx, que al final fue utilizada perversamente con fines políticos¹⁶. Solamente fue durante la Restauración Meiji, en 1868, cuando las ideas de los jóvenes sacudieron las estructuras de la sociedad sirviendo positivamente para la reconstrucción del país.

Hay, por lo general, mucha gente que da lecciones a los demás. Por el contrario, son pocos los dispuestos a recibirlas con agrado. Más raras son todavía las personas que les hacen caso y las aplican. Cuando alguien pasa de los treinta, ya no tiene quien lo aleccione. Al no recibir consejo ni lección de nadie, se vuelve egoísta y pasa el resto de su vida acumulando un disparate tras otro hasta acabar siendo un inútil sin remedio. Es, por lo tanto, absolutamente necesario encontrar personas sensatas de las cuales uno pueda recibir lecciones (capítulo 1).

También aquí Yamamoto hace gala de su particular realismo sin olvidarse de añadir una frase como esa de «son pocas las personas dispuestas a recibirlas [lecciones] con agrado» y de hacer comentarios extensos sobre el tema.

¹⁶ El autor se refiere al incidente de febrero de 1936, cuando varios oficiales del Ejército de Tierra japonés al mando de una tropa de 1.500 soldados asaltaron la residencia oficial del primer ministro asesinando a varios ministros. Este suceso sería recreado literariamente por Mishima en su relato «Patriotismo» de 1961 (*La perla y otros cuentos*, Madrid, Alianza Editorial, 2010), escenificado en una película y mencionado admirativamente en varias de sus obras, como en la novela *Los años verdes* (Madrid, Cátedra, 2009, p. 95).

29. ARMONÍA Y MODESTIA

Nuevamente sorprendemos otra contradicción en *Hagakure*. No obstante, la vehemencia con que ensalza la energía y justifica el exceso de la conducta, Yamamoto alaba el orden social y las virtudes de la armonía y la modestia.

[...] si respetas a los demás, te abstienes de enfrentamientos, te comportas educada y modestamente, y eres considerado en los pequeños detalles con las personas que te rodean, aunque te cueste sacrificios, cada encuentro con los demás será como el primero y nunca te llevarás mal con nadie (capítulo 1).

Sí, también en estos consejos sobre la vida práctica se observan contradicciones evidentes. Pero esto es parte del extraño encanto de *Hagakure*.

30. SOBRE LA EDAD

Hasta no cumplir los cuarenta años tienes que esforzarte al máximo en no dejarte confundir por la inteligencia o la sensatez, debiendo depender de tu energía y habilidad. Una vez cumplidos los cuarenta, y en función de tu naturaleza y posición social, la persona no podrá lograr nada en la vida sin carácter ni fuerza interior (capítulo 1).

Aquí el tema es la fuerza. Lo que se pretende decir en esas frases es que la fuerza, que es esencial antes de los cuarenta, re-

sulta igualmente imprescindible más allá de esa edad. Es decir, la imagen del ser humano ideal que tiene Yamamoto en la cabeza descansa en la noción de «fuerza».

¿Qué es, por lo tanto, eso de «fuerza»? Significa, simplemente no ser arrastrado por la inteligencia, no abandonarse a la sensatez. Seguro que el autor tenía bastante experiencia de haber comprobado una y otra vez cómo la acción era aplastada y destrozada por la inteligencia y la sensatez. Tuvo que haber visto numerosos ejemplos de individuos que, plenamente sensatos y juiciosos a sus cuarenta años, perdían la fuerza de repente, personas que no mostraban los verdaderos efectos de la inteligencia y buen juicio conseguidos por la edad a causa de no tener fuerza. Aquí hay una paradoja sutil. Si a los cuarenta años se dispone de inteligencia y sensatez, debe quedar un buen depósito de fuerza para poder aprovechar esas dos cualidades. La mayor parte de la gente, sin embargo, pierde la fuerza cuando adquiere buen juicio. Creo que hay que entender las recomendaciones de Yamamoto bajo esta luz.

31. LA ADVERSIDAD

La advertencia ahora es muy sencilla:

[...] Una persona que se cansa o se desanima cuando las cosas le van mal no sirve para nada (capítulo 2).

No hay que dejarse abatir en tiempos de adversidad.

32. EL AMOR SECRETO

[...] La forma suprema de amar es en secreto. Una vez que se revela, pierde la fragancia y se hace pequeño. Suspirar por el ser amado, morir sin ni siquiera pronunciar el nombre del amado, he ahí la esencia del amor (capítulo 2).

Es una metáfora extraña esa de la «estatura» del amor. Donald Keene, una eminencia estadounidense en literatura japonesa, en un comentario sobre el doble suicidio por amor de los personajes de Chikamatsu Monzaemon, afirma que cuando la pareja de enamorados emprende el *michiyuki* —el camino hacia la muerte—, el lenguaje empleado se vuelve radiante y la estatura de los protagonistas parece crecer¹⁷. La pareja de amantes se componía de dos personas comunes y corrientes: un hombre y una mujer generalmente acosados por deudas y problemas familiares que, en un momento dado, cuando se embarcan en ese camino fatal, se transforman y sus estaturas aumentan hasta erigirse en verdaderos gigantes y, respectivamente, en héroe y heroína de una tragedia.

Hoy el amor se ha convertido en un asunto de pigmeos. La estatura del amor ha menguado y cuanto más se divulga más empequeñece. El amor ha perdido sus dimensiones y los amantes ya no tienen ese valor capaz de vencer cualquier obstáculo, ni la pasión revolucionaria con la que se podía cambiar la moral

¹⁷ Así se observa en el *michiyuki* de la obra *Los amantes de Sonezaki* (Gijón, Satori, 2011), escrita por este dramaturgo japonés (1653-1725) ya mencionado.

de la sociedad, ni ese significado simbólico que abarcaba el placer de la posesión y al mismo tiempo la tristeza de la no posesión. Los enamorados han perdido de vista el horizonte ilimitado de los sentimientos del ser humano, la capacidad mágica de idolatrar a la persona amada. El resultado ha sido el empequeñecimiento del objeto amoroso porque, cuando disminuye la talla de la pareja enamorada, también decrece la estatura del amor. Es así como una ciudad tal que Tokio está desbordada de amor de pigmeos.

33. EPICUREÍSMO

Cuando apareció en Japón la versión de la novela *Mario el epicúreo* del inglés Walter Pater, una novela filosófica bastante difícil, se convirtió en un inesperado éxito de ventas. Ya sólo por el título los lectores se vieron atrapados. El autor realizaba un análisis bello y poético de la filosofía de Epicuro a través del camino espiritual de un joven patricio de Roma que, durante los tiempos del desarrollo del cristianismo en el Imperio romano, lo lleva a convertirse a la religión cristiana. La filosofía de Epicuro es a menudo referida bajo la denominación vulgar de hedonismo. Con más rigor, habría que llamarla epicureísmo. Pero, en realidad, el epicureísmo y el estoicismo apenas se distinguen. Supongamos que, después de haber pasado la noche en un hotel con una mujer, nos encontramos una mañana temprano en el cine viendo una película aburrida y que en mitad de la película ahogamos un bostezo. Lo que sentimos en el momento de querer bostezar no es epicureísmo.

* Esta filosofía no consiste más que en prestar atención a las leyes estrictas del placer y en no rebasar sus límites. La filosofía de Epicuro rechaza el hedonismo carnal en el cual el placer lleva a la desilusión y la satisfacción de los deseos degenera en un vacío espiritual. Epicuro, al igual que los filósofos de la escuela cirenaica, aunque reconocía que el gozo era el principio ideal para llevar una vida feliz y virtuosa, cifraba en la ataraxia o imperturbabilidad la meta de tal gozo. Además, eliminaba el miedo a la muerte que podría amenazar el disfrute del placer con esta idea: «Mientras vivimos, la muerte no llega; y cuando haya llegado, habremos dejado de existir. Por lo tanto, no hay razón para temerla». Esta filosofía de Epicuro tiene puntos de contacto con la ideología del placer de Yamamoto. Efectivamente, en su filosofía sobre la muerte se esconden algunas nociones epicúreas. Como botón de muestra, el siguiente fragmento:

Lo único importante, en definitiva, es la resolución del momento presente, un solo deseo en cada instante. La cadena de resoluciones forma toda una vida. Una vez que el samurái toma conciencia de esta realidad, no necesitará preocuparse de ninguna otra cosa, ni estar impaciente; tan solo tendrá que vivir la vida concentrándose en la resolución de cada instante.

Sin embargo, el ser humano suele olvidarse de tal hecho y cree que hay otras cosas que tienen importancia. Casi nadie se da cuenta de esto.

Deben pasar muchos años antes de que uno aprenda a concentrarse en la resolución de cada instante sin jamás ser asaltado por la duda. Pero, cuando se consigue, la resolución será inalte-

rable aun sin pensar conscientemente en ello. La confusión mental se disipará si perfeccionamos una simple resolución. Eso significa ser fiel a sí mismo (capítulo 2).

34. ESTOS TIEMPOS Y LOS OTROS

Aquí también se hace evidente una nueva contradicción. Yamamoto deplora la decadencia de su tiempo y la corrupción de los samuráis jóvenes de su época. Pero, al mismo tiempo, observa con realismo el paso del tiempo y afirma que de nada sirve ir contracorriente.

No se puede modificar la corriente ni las modas de los tiempos. El mundo empeora lentamente. ¿Hemos entrado en una decadencia del Último Día de la Ley budista?¹⁸.

El hecho, sin embargo, es que no siempre puede ser primavera o verano, ni la noche puede ser día. Por lo tanto, es imposible pretender que los tiempos de hoy sean como los buenos tiempos de hace cien años. Lo importante es esforzarse por que cada época sea la mejor posible de acuerdo con su naturaleza y circunstancias.

Los que sienten nostalgia del pasado yerran por no entender esto.

Por otro lado, quienes valoran solamente la modernidad y aborrecen los tiempos de antes son personas superficiales y vacías (capítulo 2).

¹⁸ En el original, *mappō* o «Ley del Último Día», una noción budista para explicar la degeneración y los cambios sociales y políticos de los últimos tiempos.

35. EL VALOR DEL SAMURÁI (I)

Los jóvenes deben ser entrenados para que sus corazones rebosen de valor, de manera que sientan el orgullo de ser los mejores guerreros de Japón.

Y, a la inversa, un samurái joven tiene que reflexionar a diario sobre su conducta y desechar inmediatamente cualquier defecto que encuentre. Si no adquiere este hábito y capacidad de discernimiento, no llegará a ningún sitio (capítulo 2).

36. EL VALOR DEL SAMURÁI (II)

El samurái, si lo es, debe sentirse muy orgulloso de su valentía y estar dispuesto a embarcarse en el camino de la locura que lo lleve a la muerte (capítulo 2).

37. MÁS SOBRE NIHILISMO

El nihilismo de Yamamoto crea un mundo de extremos. Si bien el autor ensalza la energía y la acción pura del ser humano, por otro lado es consciente de la vacuidad de los resultados.

Mientras caminaba, pensaba que los seres humanos no somos más que marionetas bien hechas. Aunque nuestros cuerpos no cuelguen de hilos, podemos andar y saltar como muñecos; incluso hablamos. ¡Con qué precisión estamos fabricados! Así y

todo, resulta que antes de la próxima festividad de Bon¹⁹ podemos estar muertos y nuestras casas recibirán las visitas de nuestros espíritus. ¡Qué vida tan vana la nuestra! ¡Y con qué facilidad la gente se olvida de este hecho! (capítulo 2).

38. MAQUILLAJE

Ya no recuerdo cuántas veces he citado este pasaje. En él se recomienda que los samuráis, cuando se levantan después de una borrachera y tienen mala cara, se apliquen algún colorete en las mejillas. Son unas frases que sorprenden bastante a los lectores con un concepto estereotipado del samurái. También hacen pensar en los jóvenes afeminados siempre preocupados por qué ponerse. Incluso en la era Taisho [1912-1926] se puso de moda un producto llamado «Crema pompeyana» usada por los jóvenes para maquillarse el rostro.

Pero el colorete al que se refiere Yamamoto dista bastante de ser un producto como ése. Los hombres, incluso cuando mueren, deben tener en su rostro el color sonrosado de la flor del cerezo. Por eso, antes de hacerse el haraquiri, eran fieles a la costumbre de ponerse colorete en la cara y pintarse los labios para contrarrestar la palidez cadavérica. En efecto, la ética del guerrero exigía no mostrar vergüenza ante el enemigo ni siquiera después de la muerte. Esto requería embellecerse el rostro. Se comprende así, en el contexto de esta filosofía de la

¹⁹ Se celebra en Japón hacia el 15 de agosto y se cree que ese día vuelven de visita a su hogar los espíritus de los fallecidos.

apariencia que hemos comentado varias veces, la necesidad de ocultar unas facciones pálidas por la resaca o un rostro cansado aplicándose un poco de colorete. Cabe destacar aquí un punto clave, y es la relación existente entre la moral de la apariencia de Yamamoto orientada al exterior y el culto de la belleza. Igual que en la antigua Grecia ética y belleza estaban asociadas, en *Hagakure* la moralidad está determinada básicamente por la estética. La persona bella tiene que ser fuerte, vital; debe rebosar energía. Esto no quiere decir afe-minamiento ni andar preocupado por qué ponerse, sino trazar una línea firme y tensa entre belleza y ética. El colorete con el cual ocultar la resaca está directamente relacionado con el maquillaje que se aplica el samurái antes de cometer el suicidio ritual.

Hay que llevar siempre encima un poco de colorete cosmético. Ocurre a veces que uno puede palidecer debido a una resaca o cuando se despierta. En ocasiones así es recomendable aplicarse algo de colorete en el rostro (capítulo 2).

39. SOBRE REUNIONES

He oído decir que antiguamente en China había la costumbre de reunirse con la gente sólo después de haber convenido una por una a las personas que iban a asistir y de haber llegado a un consenso sobre los temas que tratar. Esta táctica política es la misma que recomienda *Hagakure* a los japoneses, entre quienes no existía tal costumbre.

Cuando va a haber una consulta con varias personas, lo primero, hay que hablar separadamente con cada individuo implicado. Después, se puede celebrar la reunión con la confianza de que podrá alcanzarse un acuerdo y tomar una decisión. Si no se hace así, siempre habrá quien salga resentido de la consulta.

De forma semejante, cuando vaya a celebrarse una reunión importante, lo mejor es pedir en secreto la opinión de personas que no están implicadas directamente. Como no tienen intereses personales en el asunto, podrán ofrecer una solución imparcial y justa. Si, por el contrario, consultas con algún pariente, suelen darte opiniones favorables para ti. No es útil (capítulo 2).

40. EL SINTOÍSMO

Al parecer, las ideas sobre contaminación y pureza del sintoísmo antiguo chocaban con el Camino del Samurái. Según cierta teoría, sin embargo, el agua como elemento purificador en las ceremonias sintoístas era sustituida en el código del samurái por la idea de la muerte. En otras palabras, como en la religión sintoísta había que evitar a toda costa la contaminación de la muerte y el derramamiento de sangre, el samurái que entraba en el campo de batalla estaba contaminado por llevar encima la impureza de la muerte y de la sangre. En la obra *Tamadasuki* («La cuerda enjoyada») de Hirata Atsutane, un letrado confuciano del siglo XVIII, se mencionan detalladas reglas encaminadas a evitar

la impureza de la muerte, por ejemplo, el modo de sentarse fuera del umbral de la estancia donde yacía un cadáver. Se escribe en ese libro: «El pus y la sangre son elementos contaminantes. En el caso de una herida que sangra, de una simple hemorragia nasal o casos así, hay que purificarse antes de entrar en un santuario sintoísta realizando las abluciones correspondientes». Sin embargo, el samurái no podía ser siempre fiel a esas antiguas doctrinas. Resulta bastante razonable la idea de suplantar con la muerte el agua usada para realizar todas aquellas purificaciones.

Yamamoto, sin embargo, no entra en discusiones sobre cómo llegar a un compromiso con las doctrinas del sintoísmo. «Si los dioses sintoístas ignoran mis oraciones simplemente porque estoy mancillado de sangre, no me queda más remedio que seguir adelante con mis rezos sin preocuparme de si estoy contaminado o no.» Yamamoto trató de ser fiel al Camino del Samurái rechazando con vehemencia los tabúes del sintoísmo. Es decir, en este aspecto, el valor tradicional japonés de la impureza es hollado por la voluntad de una acción violenta.

Aunque digan que a los dioses les desagrada la impureza, yo no dejo de cumplir con mis obligaciones religiosas y hacer mis oraciones a diario.

A pesar de bañarme con sangre enemiga y de pisar cadáveres, creo en la ayuda divina cuando salgo al campo de batalla y cuando rezo por una vida larga. Si los dioses sintoístas ignoran mis oraciones, simplemente porque estoy mancillado de sangre, no me queda más remedio que seguir adelante

con mis rezos sin preocuparme de si estoy contaminado o no (capítulo 2).

41. OTRA VEZ SOBRE EPICUREÍSMO

Comentaba antes que en la filosofía de *Hagakure* hay un secreto que constituye justo la otra cara de la famosa frase «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte».

La vida humana sólo dura un instante. Hay que pasarla haciendo lo que a uno le gusta. En este mundo flotante es estúpido dedicarse a algo que uno aborrece y sufrir por ello.

Naturalmente, esta verdad es un secreto que no he podido revelar a los jóvenes porque si la interpretan mal, se verían perjudicados. Me gusta dormir. Como respuesta a las circunstancias que ahora dominan en el mundo, tengo el plan de quedarme encerrado en casa y vivir durmiendo (capítulo 2).

42. LA TENSIÓN

Lo que sigue guarda cierta relación con el artículo anterior. Si con una finalidad moral tratamos de vivir bellamente y nos fijamos en la muerte como criterio de esa belleza, entonces, cada día tiene que ofrecer una continuidad de tensión. En *Hagakure*, donde la pereza es el vicio supremo, se pone de manifiesto la razón de llevar una vida diaria de tensión cien por cien vigilante. Es la lucha en medio de la rutina cotidiana, es el oficio de un guerrero.

Las dimensiones de la dignidad de la persona se pueden medir por el aspecto externo. Hay dignidad en la diligencia, en la constancia, en la serenidad, en guardar silencio, en la observancia de la etiqueta y los buenos modos. Hay también dignidad en apretar los dientes y en tener una mirada penetrante. Todo esto se ve: es exterior. Lo esencial es concentrarse en ello y ser absolutamente sincero (capítulo 2).

43. LA DIGNIDAD

La siguiente pregunta, en relación con el apartado anterior, sería ésta: ¿Qué entendemos por dignidad humana? Dignidad es la manifestación externa de un orgullo inviolable, es lo que hace que un hombre sea un hombre. Dignidad es la seguridad que tiene uno de que es preferible la muerte al desprecio de los demás. La aparición de una actitud tal en la conducta humana hace que la gente mantenga la distancia. *Hagakure* nos enseña cómo pertenecer a esa clase de personas de las que todo el mundo se mantiene alejado.

No podrás cumplir tu trabajo si no te mantienes a una distancia discreta de tus superiores: el señor, los altos cargos del señorío o los senescales. La razón es que no podrás trabajar bien si ellos se sienten cómodos a tu lado y te tratan como a una faltriquera, una de esas bolsas monedero, los *koshiginchaku*, que se llevan ceñidas a la cintura. No lo olvides (capítulo 2).

44. EL EGOÍSMO

Egotismo es diferente de egoísmo²⁰. Si un hombre siente en su corazón verdadero amor propio y se respeta a sí mismo, no le importará lo que los demás hagan o digan de él. Se abstendrá de hablar mal o bien de los demás. Un hombre así, con este temple orgullosamente independiente, es el ideal de *Hagakure*.

Está mal andar hablando de los demás. Tampoco queda bien hacer elogios. Un samurái debe conocerse bien a sí mismo, entregarse a su propio entrenamiento y mantener la boca cerrada (capítulo 2).

45. AFEMINAMIENTO

Como le decía a mi hijo adoptivo Gonnojo, los jóvenes de hoy se han vuelto afeminados. Vivimos en una época en que se cree que son buenas personas las que muestran buen carácter, las simpáticas y amables, las pacíficas y de trato agradable, individuos, en suma, pasivos y a los que les cuesta actuar con audacia (capítulo 2).

Estamos en unos tiempos en los cuales «los hombres tienen encanto y las mujeres agallas». ¿No debería ser al revés? Hoy, en cualquier lugar que se mire, no se ve más que hombres

²⁰ Ambos términos en inglés en el original, *egotism* y *egoism*.

encantadores. Esta época nuestra produce estereotipos de hombres amables y simpáticos, personas que caen bien a todo el mundo, de mente acomodaticia y conciliadora, pero con un corazón lleno de frío egoísmo. En *Hagakure* a hombres así se los llama afeminados. La belleza que predica este libro no es una belleza para atraer el cariño de todo el mundo. Es la belleza de la fortaleza, de la forma externa, del orgullo indómito. Cuando se pretende cultivar una belleza para ser amada por los demás, se incurre en el afeminamiento. Eso es cosmética del alma. Las páginas de *Hagakure* están llenas de un odio visceral a esta cosmética espiritual. En nuestra época tenemos la costumbre de envolver una medicina amarga en sabores dulces para hacerla así agradable al paladar y fácil de masticar o tragar. En este asunto, la necesidad de ir a contracorriente es tan evidente ahora como en los tiempos de Yamamoto.

46. CORRECCIÓN EN EL TRATO CON LOS DEMÁS

El autor de *Hagakure*, que en otras partes del libro propone la sinceridad como norma en las relaciones humanas, hace hincapié en la necesidad de mantener el orgullo en el trato con los demás. Los dos puntos se desprenden del realismo despiadado que hay en los siguientes comentarios de Yamamoto sobre las relaciones sociales.

Por regla general, no hay que ir adonde a uno no lo inviten. Amigos de verdad hay muy pocos. Hasta cuando a uno lo invitan, la visita suele causar frustración (capítulo 2).

47. EL ORGULLO

Sobre el orgullo es divertido leer directamente estas líneas:

Una vez dijo alguien: «Hay dos formas de orgullo: el interno y el externo. Quien no tiene los dos no vale para nada. Se puede comparar el orgullo con la hoja de un sable. Hay que afilarla muy bien y luego envainarla. De vez en cuando, se desenvaina, se la sube hasta la altura de las cejas, se limpia y se vuelve a enfundar.

Por otro lado, si el samurái saca el sable y lo blande muchas veces, nadie se le acerca y no tendrá amigos. Y, a la inversa, si lo tiene siempre envainado, la hoja se oxidará, el filo acabará embotándose y la gente se reirá de él» (capítulo 2).

48. EL BENEFICIO DEL PASO DEL TIEMPO

Yamamoto contempla la vida con la mirada fría de una persona nihilista y a la vez realista. Aunque sabe que la vida no es menos vana que un sueño, comprende que el ser humano tiene que vivirla y madurar en ella aunque no quiera. De forma natural, el paso del tiempo se asienta en el corazón humano y ahí va incubando algo. Si un samurái no se enfrenta hoy con la hora suprema, si no puede cosechar hoy la muerte, debe seguir viviendo implacablemente y esperar a mañana.

Es evidente que Yamamoto tenía que sentir la crueldad del paso del tiempo cuando sobrevivió hasta los sesenta y un años. En realidad, morir en este mundo efímero a los veinte o a los

sesenta da lo mismo. Sin embargo, a la persona mayor el tiempo le concede el beneficio de la sabiduría serena y perspicaz de la experiencia de la vida que no da a quien muere a los veinte años. Es lo que el autor de *Hagakure* denomina «servicio». ¿De qué servicio se trata? Tal como he explicado antes, Yamamoto, cuya única preocupación era servir a su señor, predicó hasta el final de sus días una filosofía pragmática sin abandonar un planteamiento profundamente nihilista de esta vida efímera. Aquí encaja una frase suya bastante atípica: «Si cuidas bien de tu salud, al final cumplirás el deseo que siempre has tenido y servirás bien a tu señor». Para él, cuidar la salud significaba dos cosas: mantener en secreto el deseo de morir en cualquier momento, y gozar de un estado físico idóneo para luchar en la mejor condición posible con un cuerpo pleotórico de vitalidad y una energía al cien por cien.

Su filosofía de la muerte se convierte en una de vida, pero al mismo tiempo se revela en ella un nihilismo más y más profundo.

Cualquiera puede cometer un error importante por perder la paciencia un instante. Si crees que todavía dispones de mucho tiempo, podrás cumplir tus deseos antes, es decir, se te presentará una ocasión favorable. Imaginemos lo que va a ocurrir dentro de quince años. Es probable que las cosas hayan cambiado bastante. Hay escritores que han imaginado historias futuristas en las cuales, sin embargo, no parece haber nada demasiado diferente de lo que hay ahora. Las personas que en este momento son útiles tal vez ya no existan pasados quince años. En cuanto a los jóvenes de hoy, es probable que sólo quede la mitad. El mun-

do va de mal en peor. Si se acaba el oro, la plata será el metal máspreciado. Y si nos quedamos sin plata, pues el cobre se convertirá en un tesoro. Como el talento de los individuos disminuye con el paso del tiempo, es seguro que, sobre todo si realizas un gran esfuerzo, serás sólo medianamente útil al cabo de quince años. Además, quince años se pasan volando. Si te cuidas, acabarás realizando tu deseo y prestando buenos servicios a tu señor. En una época en que hay grandes hombres es muy difícil sobresalir. En cambio, es fácil en los tiempos en que hay tanta gente inútil (capítulo 2).

Cómo leer Hagakure

Fue en una época de muertes, durante la guerra, cuando se leía *Hagakure*. Pero, además, por entonces todo el mundo leía *El sentido de la muerte* de Paul Bourget, recomendándose la lectura de *Hagakure* como una obra que ayudaría a mentalizarse a los jóvenes para salir al campo de batalla.

Sin embargo, no sé muy bien por qué la gente emprende la lectura de *Hagakure*. Si hay motivos para leerlo, debe de ser porque ahora, en una situación tan contraria a la guerra, se ha generalizado entre nosotros una enorme frustración de no poder morir. Una vez que el ser humano satisface todas sus exigencias, resta sólo la muerte como el único deseo insatisfecho. Muramos o no con belleza, no cabe duda de que la muerte existe y el anhelo por ella nos va oprimiendo paulatinamente.

Sí, la juventud siente un ansia ideal por la muerte. Por su parte, a las personas que han llegado a una edad mediana las invade, cuanto más edad tienen, el miedo a contraer un cáncer. Y este cáncer es un asesino cuya crueldad resulta superior a la de cualquier autoridad política.

El pueblo japonés siempre ha tenido la conciencia de que la muerte lo acecha detrás de los actos de la vida cotidiana. Pero su idea de la muerte es risueña y recta. Una idea distinta de la noción de muerte abominable y horrorosa que poseen los extranjeros. En Japón no existía el concepto de una muerte personificada en forma de esqueleto y portando una guadaña, como la los europeos durante la Edad Media. También es diferente de la idea de una muerte como dueña y señora que prevalece en países en los cuales todavía, al lado de ciudades modernas, se yerguen bajo el sol vetustas ruinas cubiertas de una vegetación lujurante. Me refiero a la de los pueblos aztecas y toltecas de México. No, no es la nuestra esa muerte agresiva, sino una especie de fuente de agua pura de la cual manan arroyos que no dejan de correr por el mundo, y que durante mucho tiempo han nutrido y enriquecido el arte de los japoneses.

Hemos aprendido de Occidente todas sus filosofías de la vida. Pero no hemos podido quedarnos satisfechos sólo con eso. Tampoco hemos podido asimilar la filosofía budista contaminada de pecados insoportables y que predica una vida eternamente sometida a sucesivas reencarnaciones.

Para el autor de *Hagakure*, la muerte posee una faceta risueña, pura y misteriosa, como el cielo azul que se ve entre las nubes. La cara moderna de la muerte asumió extrañamente las facciones de aquellos pilotos kamikazes partidarios de la forma de ataque más cruel que había en la Segunda Guerra Mundial. Se dijo que la manera de perecer de estos escuadrones suicidas fue la más inhumana de todas y que, por eso, acabada la guerra, su memoria fue infamada como absurda e inútil. Pero el espíritu de aquellos jóvenes que se lanzaban a una muerte segura por

su patria estaba más cerca, en la larga historia de Japón, de ese ideal limpio de muerte y acción tratado en *Hagakure*. Y seguro también que, si penetráramos en los pensamientos de aquellos jóvenes, hallaríamos inquietudes y dificultades. Supongo que la gente se atreverá a comentar que a pesar de la belleza de su muerte, los pilotos kamikaze eran obligados a suicidarse. Sí, es cierto que el Gobierno los forzaba a abandonar sus estudios y a arrojarlos a los brazos de la muerte. A pesar de ser voluntarios, eran empujados a un ataque que sabían que los llevaba a un fin cierto. Sí, eso lo sabemos todos.

Pero la muerte que sugiere *Hagakure*, ¿es totalmente distinta de ésta?, ¿es una muerte libre? Creo que no. En sus páginas se nos apremia a que tomemos la decisión de morir como si se tratara de una conducta libremente elegida. Pero por debajo corre la profunda corriente de nihilismo de un hombre que sobrevivió a la prohibición de acompañar en la muerte a su señor. 'El ser humano no puede elegir morir cien por cien libremente, ni tampoco ser obligado cien por cien a quitarse la vida. Hasta en el caso de una ejecución, el caso extremo de muerte forzada, si el condenado se resiste mentalmente a morir, ya no será una simple muerte. Hasta en el exterminio causado por una bomba atómica, es decir, en un caso de muerte devastadora e igualmente forzada, cada víctima encara una muerte por la acción del destino. A menos que nos hallemos acorralados entre el destino y la elección, no podemos afrontar la muerte. Incluso en la forma final de la muerte se adhiere en secreto el conflicto eterno entre nuestra elección humana y el destino del superhombre. En ocasiones puede parecer que el individuo elige su propia muerte: es el caso perfecto del suicidio. Otras ve-

ces, la muerte se muestra como una imposición absoluta: es el caso de muerte por bombardeo.

No obstante, hasta en el suicidio, que parece ser un ejercicio supremo de libre voluntad, interviene el destino en el proceso que lleva fatalmente a la muerte, un destino que no se puede elegir por mucha libertad que se ejerza. Incluso en la situación de una muerte por enfermedad con todos los visos de ser natural, no es nada extraordinario que en el proceso que conduce a tal enfermedad haya algo semejante a una muerte elegida o a un suicidio. Las circunstancias de la decisión de morir que *Hagakure* sugiere no siempre presentan unos contornos nítidos ni definidos. Ni siquiera en los tiempos en que no existían armas más terribles que las espadas japonesas, no resultaba fácil que se dieran condiciones para morir. Estas condiciones eran que apareciera un enemigo, que se luchara contra él, que se tomara la decisión de morir o vivir y, finalmente, que uno muriera. La prueba es que el mismo Yamamoto, el autor de nuestra obra, no murió hasta la madura edad de sesenta y un años.

En otras palabras, ya se trate de *Hagakure* o de los pilotos suicidas, nadie tiene derecho a afirmar que en un caso la muerte es libre y en el otro obligada. Tal distinción sólo puede ser producto de la realidad fría y descarnada que rodea al individuo enfrentado a la muerte. Es una cuestión, además, determinada por la naturaleza espiritual que uno posea en ese estado de suprema tensión que precede a la muerte.

Y ahora llega el momento de enfrentarse al asunto más espinoso en torno a la muerte. ¿Existe en realidad una muerte justa, una muerte elegida por nosotros mismos a causa de un objetivo

igualmente justo? En la actualidad, si se les preguntara a los jóvenes, serían muchos los que responderían que no desean morir en una guerra de fines injustos, como la guerra de Vietnam; pero que no les importaría abrazar libremente la muerte si se tratara de morir por una causa nacional justa o por el ideal de la salvación de la humanidad. Esta actitud es el resultado de la educación de la posguerra, final de la década de los cuarenta y toda la década de los cincuenta del siglo xx, según la cual, la gente había muerto en la guerra por una causa nacional percibida después como injusta, y no hay que repetir el mismo error. Es decir, a partir de ahora sólo es aceptable la muerte si se realiza por causas que el individuo considera justas.

Sin embargo, surge esta pregunta: mientras el ser humano viva en el seno de una nación, ¿podemos limitar la justicia de una causa a nuestras propias opiniones? Incluso en el caso de que no exista una nación o de que el individuo viva por encima de la realidad de una nación, ¿tendremos la oportunidad de elegir libremente la muerte por una causa justa para la humanidad? Aquí siempre surgiría una discrepancia entre el concepto absoluto de muerte, por un lado, y la noción relativa y humana que llamamos «justicia», por otro. Quién sabe si en una o dos décadas, o en cien o doscientos años, el concepto de una causa justa por la que morir cambie y la historia sea reescrita al revés.

En *Hagakure* se sitúan en planos diferentes la muerte libre y los juicios complejos y astutos con los que el hombre determina qué es justo. Y es que, en definitiva, no podemos elegir la muerte. Por eso, en sus páginas se recomienda morir en situaciones críticas de vida o muerte. Esto no quiere decir que

elijamos la muerte, sino que, simplemente carecemos de criterios para elegirla. El hecho de que estemos vivos puede significar que hemos sido escogidos por alguien para algún fin. Es decir, si la vida es algo a lo que no hemos optado libremente, tal vez nunca podamos elegir la muerte por nosotros mismos.

¿Qué significa para un ser vivo estar frente a la muerte? *Hagakure* simplemente pondera la pureza de la conducta, subraya la intensidad y el poder de la pasión, y legitima toda muerte que se produce así. Tal actitud la ilumina la frase: «La muerte de los que dicen que es absurdo morir antes de cumplir la misión que uno tiene en la vida es vana. Es propio de esas personas presumidas y mercachifles, como un vulgar comerciante de Kamigata. Es el camino de los samuráis calculadores e interesados». La declaración más importante de Yamamoto, «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte», corta de un sablazo el nudo de las contradicciones que separan la vida de la muerte, del enfrentamiento hostil y misterioso entre vida y muerte.

Afirmar que es absurdo morir antes de cumplir la misión que uno tiene en la vida es propio de esas personas presumidas y mercachifles, como vulgares comerciantes de Kamigata. Es el camino de los samuráis calculadores e interesados.

Sí, es muy difícil decidirse cuando uno se encuentra en una situación de vida o muerte (Capítulo 1).

A la luz del lenguaje moderno, la frase de Yamamoto de «cumplir la misión que uno tiene en la vida», hay que interpretarla como morir con justicia por una causa justa. Lo que

Hagakure afirma, por otro lado, es que, en el momento de la muerte, nadie es capaz de evaluar si la causa es justa o no.

«Es natural que el ser humano prefiera vivir, siendo, por tanto, evidente que en una situación de vida o muerte el individuo busque algún pretexto para seguir viviendo.» Sí, es cierto que el ser humano siempre encuentra alguna excusa para vivir. El simple hecho de que esté vivo lo lleva a buscarse alguna teoría. *Hagakure* simplemente expresa la idea relativa de que es mejor morir sin haber cumplido una misión que vivir como un cobarde sin haberla realizado tampoco. En sus páginas no se afirma que la misión siempre se cumple por el hecho de morir. Aquí está el nihilismo de Yamamoto y, a la vez, el supremo idealismo que de él se deriva.

Solemos estar bajo la ilusión de que podemos morir por una idea o teoría. Pero *Hagakure* insiste en que hasta en una muerte superflua e implacable hay dignidad como muerte que es de un ser humano. Si tanto valoramos la dignidad de la vida humana, ¿por qué no valorar igualmente la dignidad de la muerte? Ninguna muerte se puede calificar de superflua.

APÉNDICE

Extractos de frases inmortales de Hagakure

Introducción

CONVERSACIÓN A ALTAS HORAS DE LA NOCHE

El vasallo de un daimio o señor debe aplicarse al estudio de la historia y de las tradiciones de su señorío. Hoy día no se da mucha importancia a esto. La sustancia de tales estudios está en conocer bien los orígenes de la familia del señor o daimio, en grabar en la memoria las circunstancias bajo las cuales dicha familia conoció la prosperidad gracias al esfuerzo y la benevolencia de los antepasados...

.....

Katsushige, el primer daimio del señorío de Nabeshima, dijo una vez: «... Como estamos en tiempos de paz, la sociedad se está volviendo cada vez más ostentosa. De seguir esta tendencia, el camino de las artes marciales se debilitará. Entonces cun-

dirá la arrogancia, se sucederán los fracasos, los de las clases altas se confundirán con los de las clases bajas, se propagará la deshonra dentro y fuera del señorío, y sobrevendrán la decadencia y la ruina de nuestra casa. Cuando me paro a mirar alrededor, veo que los mayores se van muriendo y que los jóvenes sólo son sensibles a las modas. Pero si ahora dejo algún escrito a modo de manual y reglamento para la posteridad, es posible que los jóvenes de las generaciones futuras lo lean y comprendan la esencia de la historia y de las tradiciones del señorío». Katsushige puso manos a la obra y, después de pasar toda la vida rodeado de montones de papeles, legó varios escritos. Naturalmente, la información secreta no estaba en ellos porque, al decir de los samuráis más viejos, el arte militar del *kachikuchi* o «forma de alcanzar la victoria» había sido transmitido de boca en boca por cada una de las generaciones precedentes y lo sería por las siguientes. Además, en sus estanterías, Katsushige guardó varios volúmenes con información privilegiada que pasaron de mano en mano, como *Shichokakuchisho* y *Sanikoki*. Asimismo, puso por escrito en la lustrosa y elegante superficie de papel *torinokogami* las costumbres, usos y reglas de la familia, los detalles de la rutina diaria, los pormenores sobre la administración, los oficios y cargos del señorío. Un esfuerzo inmenso y un fruto de incalculable valor gracias al cual la familia ha disfrutado de la prosperidad largo tiempo. Fue asombroso.

Así pues, con todo respeto, me gustaría que se apreciaran los trabajos y tribulaciones por que pasaron tanto el fundador del daimiato de Nabeshima, Naoshige, como su primer señor, Katsushige; y que se leyeran con atención aquellos escritos transmitidos cuidadosamente y se aplicaran

sus enseñanzas. Desde su nacimiento, nuestro señor Yoshisige, el cuarto del clan, se ha visto rodeado de personas que lo llaman «amo» y lo complacen. Ha crecido sin esforzarse nunca, ignorante por completo de nuestras tradiciones y sin ocuparse jamás de los asuntos del señorío. Tan sólo le interesan las novedades. El resultado es la decadencia del clan.

En tiempos así hay algunos que se las dan de listos, los cuales, desde el fondo de su ignorancia, se enorgullecen de su saber, inventan cosas raras, adulan al señor, se entrometen en los asuntos del clan y actúan a su capricho. ¡Qué egoísmo el suyo!

.....

Como estoy al corriente de todo esto, he decidido ser de alguna utilidad al clan Nabeshima. Dejaré a un lado cualquier consideración egoísta y, aunque me ordenen convertirme en *rōnin*, guerrero sin amo, o hacerme el *seppuku*, suicidio ritual, serviré al clan con todas las fuerzas de mi ser y me haré merecedor de la buena voluntad de mi señor. Por muy apartado que viva en el fondo de las montañas o aunque, una vez muerto, yazga debajo de la tierra, siempre y siempre, por muchas veces que viva en sucesivas reencarnaciones, dedicaré todos mis esfuerzos al clan. Tal es la obligación y la razón de vivir de un samurái Nabeshima. Jamás he deseado alcanzar la budeidad. Aunque muera y renazca siete veces, ni espero ni deseo ser otra cosa que un samurái. un samurái del señorío Nabeshima. Un samurái de Nabeshima no necesita ni energía ni inteligencia. Tan sólo la voluntad inquebrantable de querer sostener él

solo sobre sus hombros a todo el clan. Todos somos seres humanos y nadie es, por lo tanto, inferior a otro.

En principio, entrenarse no sirve de nada si uno no tiene una gran confianza en sí mismo. Y si ésta no la usa en bien de la paz y la prosperidad del señorío, no le valdrá para nada. Pero, ¡ojo!, que esta determinación se enfría tan rápidamente como el agua hirviendo después de apagar la tetera. Existen, sin embargo, algunos métodos para evitar su enfriamiento. Son éstos:

1. Nunca desfallecer en el Camino del Samurái.
2. Prestar siempre servicio al señor de cada uno.
3. Cuidar y honrar a los propios padres.
4. Ser benevolente y compasivo con todos los seres humanos.

Si todas las mañanas rezas a los dioses y a los budas para que te den fuerzas a fin de cumplir los Cuatro Preceptos, tu vigor se duplicará y jamás irás para atrás. Como un gusano, no dejarás de ir hacia delante y avanzando siempre. Hasta los dioses y los budas solían cumplir esos mandamientos.

Capítulo Uno

DESCUBRÍ QUE EL CAMINO DEL SAMURÁI ES LA MUERTE

Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte. En una situación de vida o muerte elige, simplemente, una muerte rápida. No hay que sentir pereza. Una vez tomada la decisión,

deja de pensar y lánzate. Afirmar que es absurdo morir antes de cumplir la misión que uno tiene en la vida es propio de esas personas presumidas y mercachifles, como vulgares comerciantes de Kamigata. Es el camino de los samuráis calculadores e interesados.

Sí, resulta muy difícil decidirse cuando uno se encuentra en una situación de vida o muerte y es natural que el instinto nos lleve a preferir la vida. Pero aquel que elija seguir viviendo y que, además, siga vivo tras un fracaso o deshonor, será despreciado por cobarde. Ésta es la parte adversa.

Si, por el contrario, se elige la muerte, nunca se sentirá vergüenza, aunque digan que la muerte ha sido inútil o que uno es un fanático. Tal muerte es propia del Camino del Samurái. Para ser un verdadero samurái es necesario tomar la decisión de morir por la mañana y por la tarde, un día tras otro. El hombre decidido a morir ha entrado en el Camino del Samurái y puede dedicar su vida al servicio de su señor sin miedo a cometer errores.

INSPIRACIÓN Y DECISIÓN

Hay personas que tienen el don de la resolución y se deciden de inmediato. Otras, por el contrario, necesitan dar a las cosas vueltas y más vueltas, reflexionar largamente antes de llegar a una decisión. De todos modos, por muy diferente que sea la naturaleza de unas personas y otras, el hecho de actuar cumpliendo los Cuatro Preceptos indicados en la página anterior desarrolla en la conciencia del individuo un desapego del yo, una especie de sabiduría que actúa a la hora de tomar decisiones imprevistas.

Es probable que el individuo crea que reflexionando largamente se puede alcanzar la decisión correcta. Sin embargo, mientras el razonamiento esté basado o coloreado por el ego, cualquier resolución será inútil por ingeniosa e inteligente que parezca.

Es muy difícil que los seres humanos, que somos tan necios, nos desapeguemos del ego. Aun así, cada vez que te encuentres ante una situación complicada, primero pon a un lado el problema concreto, luego concéntrate en los Cuatro Preceptos, después desapégate de tu yo y, finalmente, busca la solución. Así no te desviarás mucho del Camino.

CONOCE LOS LÍMITES DE TU CAPACIDAD

Por pocos conocimientos que tengamos, tratamos de razonar y de servirnos de ellos para hallar soluciones. La consecuencia es que nos llenamos de preocupaciones, damos la espalda a la providencia divina y nuestras acciones se pervierten. Vistos desde fuera, nuestros conocimientos son miserables, endebles, estrechos y, por si fuera poco, de una eficacia absolutamente lenta.

Cuando veas que tus conocimientos no dan para más, es mejor consultar a alguien con sabiduría. Él, con la imparcialidad de alguien ajeno a sus intereses, podrá juzgar la situación y aconsejarte de buena fe. Una persona así suele razonar sabiamente. Esto es muy importante. Sus juicios te permitirán deducir que se trata de un hombre seguro y paciente. Su sabiduría se asemeja a un gran árbol de gruesas y numerosas raíces.

Todo individuo tiene límites en cuanto a los conocimientos se refiere. Es como un árbol solitario.

LA MANERA DE CRITICAR

Es muy importante amonestar a los demás para corregir sus defectos. Podemos afirmar que esto es amor compasivo. Es el primer requisito del servicio de un samurái.

Pero hay que esforzarse por hacerlo bien. Es sencillo ver los puntos buenos y malos de la conducta de los demás; y criticar es muy fácil. La mayor parte de la gente cree que es un acto de amabilidad decir a alguien las cosas que cuesta decir y que nadie desea escuchar. Después, si estas palabras caen en saco roto, parece que uno no se ha esforzado lo suficiente en expresar bien su crítica. Esta forma de actuar es totalmente inútil. Con ella tan sólo se consigue crear una situación violenta y hostigar a la otra persona. Es como si hablaras mal de ella. No vale más que para desahogarse.

Lo primero que hay que saber es si la persona a quien vas a corregir va a aceptar tu opinión o no. Después, hay que crear un clima de confianza en ella y estar seguro de que te va a escuchar con buena fe. En tercer lugar, hay que obrar con mucho tacto. Es necesario buscar las palabras justas y el tono y el momento adecuados: tal vez por escrito o en el camino de regreso a casa. Se puede empezar por hablar de las faltas o fracasos que uno mismo ha cometido. De este modo le haces suponer algo, pero sin necesidad de hablar de más. Después, puedes referirte a sus cualidades haciéndole sentir bien y ani-

mado; en fin, debes poner a la persona que vas a corregir en la situación del sediento ansioso de beber tus palabras. Finalmente, le corriges sus defectos. Sí, criticar es un asunto sumamente difícil. Reconozco que no es nada fácil corregir hábitos y defectos enraizados a lo largo de los años. Creo que la benevolencia consiste en llevarse bien con los otros samuráis del señorío, corregirse los defectos unos a otros y actuar como un verdadero equipo. Si avergüenzas a alguien, no conseguirás nada. ¿Cómo vas a poder corregir así a alguien?

CÓMO AHOGAR UN BOSTEZO

Bostezar en público es una falta de respeto. Cuando te asalten las ganas de dar un bostezo, pásate la mano por la frente hacia arriba y las ganas desaparecerán. Si eso no funciona, cierra bien la boca y pasa la lengua por el interior de los labios. Si tampoco eso sirviera de nada, cúbrete la boca con la mano o con la manga y bosteza discretamente. Lo mismo se puede aplicar al estornudo. Si no tienes cuidado con estas cosas, darás la impresión de ser un tonto. Hay más cosas que debes cuidar y gracias a las cuales ser siempre discreto.

HAY QUE PLANEAR LAS COSAS LA NOCHE ANTERIOR

En cuanto a tus planes para el día siguiente, lo mejor es que reflexiones sobre los mismos la noche anterior y los anotes. Es una forma de ir siempre un paso por delante de los demás.

Cuando al día siguiente tenía que ir de visita, la noche anterior el señor solía informarse a fondo sobre la persona a la que iba a visitar. Planeaba hasta la forma en que iba a saludar y el contenido de la conversación que iba a mantener. Tienes que tomarlo como ejemplo. Siempre que te manden como compañía o de visita, primero debes hacerte una idea de qué persona es con la que vas a estar. Tal proceder, en efecto, es parte del camino de la armonía y también del de la cortesía.

Cuando recibas la invitación de una persona importante, no vayas de mala gana, pues entonces no podrás estar relajado ni disfrutar la reunión. Es preferible que vayas con el corazón agradecido y con la intención de pasar un rato agradable.

De todos modos, es mejor que nunca acudas a lugares a los que no estás invitado, a no ser que sea por razones de trabajo o fuerza mayor. Cuando vas como invitado, si no te comportas como un huésped se debe conducir, no se puede decir que vas invitado. De cualquier forma, es fundamental informarse con antelación de la reunión que te espera. Lo más importante de todo son los modales con la bebida. Hay que escoger con mucho cuidado igualmente el momento de despedirse y levantarse. Ni debes irte demasiado pronto ni hacer que el ambiente decaiga. Si te ofrecen algo de comer, no está bien que por educación lo rechaces una y otra vez. Bastará con que rehúses una o dos veces; luego, acéptalo. Asimismo, cuando vayas a algún sitio y te piden que te quedes, puedes utilizar la misma táctica.

LA IMPORTANCIA DE ESTUDIAR EL TERRENO CON ANTELACIÓN

En la ciencia militar hay samuráis que saben y otros que no saben. Los primeros no solamente son personas que han aprendido por propia experiencia al verse enfrentados a situaciones graves, sino que, además, tienen la capacidad de estudiar anticipadamente todas las situaciones y soluciones posibles. De esa forma pudieron actuar adecuadamente cuando se les presentó la ocasión. Es decir, el samurái que sabe es aquel que anticipa con tiempo todos los detalles.

Por el contrario, el que no sabe es aquel que parece capear el temporal, pero en realidad esto se debe a la suerte. No estudiar cuidadosamente el terreno con antelación es la marca distintiva de un samurái ignorante.

EN AGUAS CLARAS NO VIVEN LOS PECES

Cierta persona está aconsejando continuamente la austeridad y el ahorro en todo, pero yo estoy en desacuerdo. Hay un proverbio que reza: «En aguas claras no viven los peces». Es decir, a estos animales les gusta que haya algas u otras plantas acuáticas bajo las cuales poder esconderse. De forma parecida, cerrar los ojos de vez en cuando y pasar por alto ciertas menudencias permite que las personas de clases bajas vivan tranquilamente y en paz. Hay que tener esta dosis de comprensión cuando se juzga el comportamiento de los demás.

LO PRIMERO DE TODO, LA ENERGÍA

Cuando a Yasaburo le pidieron una muestra de caligrafía, dijo: «Hay que escribir pensando en que con una sola letra vas a llenar toda la hoja, es decir, poniendo el mismo vigor que necesitarías para rasgar el papel. La destreza caligráfica depende enteramente de la energía espiritual con que ejecutes los trazos. Esta energía es, por lo general, de extrema importancia para un samurái. Sin ella no realizará nada y será una presa fácil de la fatiga».

Tras decir esto, escribió la muestra.

LA ESCASA AMBICIÓN DEL EMPLEADO MODERNO

Con respecto a los samuráis empleados de hoy en día, parecen todos desnudos de ambiciones. Tienen la mirada furtiva de los ladronzuelos. La mayor parte son así porque no buscan nada más que aprovecharse en beneficio propio u ostentar su astucia. Hay otros de aspecto más tranquilo, pero, en realidad, sólo cuidan las apariencias. Ninguna de esas actitudes es válida. No se puede ser un samurái de verdad sin estar dispuesto a estos sacrificios: ofrecer la vida al señor, morir prestamente convirtiéndose en espíritu, preocuparse a todas horas por el señor, estar disponible siempre que surja un problema y dar la opinión teniendo en mente nada más que el bienestar del daimio, trabajar activamente por engrandecer el señorío. Desde este punto de vista, el señor y el vasallo deben poseer la misma determinación. Es, por tanto, absolu-

tamente necesario mantener el espíritu de resolución tan recto y firme que ni la misma voz de los dioses o de los budas sea capaz de moverlo.

YA NO HAY HOMBRES DE VERDAD

La siguiente anécdota se la oí contar a alguien. Una vez, el doctor Kyoan hizo la siguiente afirmación: «En el mundo de la medicina empleamos los términos de *yin* y *yang* para referirnos a la constitución física de mujeres y hombres. En consecuencia, el tratamiento para unas y otros es diferente. También el pulso es distinto. Sin embargo, he observado que, en estos últimos cincuenta años, el pulso de los hombres está cambiando y asemejándose cada vez más al pulso femenino. Cuando me di cuenta, empecé a tratar las enfermedades oculares de los hombres con el mismo tratamiento de las mujeres. De hecho, puedo afirmar que cuando aplico a los varones el tratamiento tradicionalmente masculino, no aprecio ninguna mejoría. El mundo, evidentemente, ha entrado en una fase de declive: los hombres están perdiendo su virilidad y adoptando cualidades propias de la feminidad. Es una verdad que he comprobado y guardo como un secreto».

Pensando en estas palabras, si uno mira a los hombres de hoy, no puede evitar este pensamiento: «Mira, por ahí va uno con el pulso femenino». Casi nunca veo a alguien que se parezca a un hombre de verdad. Por esta misma razón, en estos tiempos que corren es posible ver a hombres que as-

cienden fácilmente a un puesto de importancia con poco esfuerzo.

Hay una prueba de que ha decaído el valor de los hombres de hoy: son pocos los que han ajusticiado a criminales. Incluso, cuando a uno le piden que actúe como asistente en el suicidio ritual, se considera inteligente inventarse una excusa ingeniosa para rehusar el encargo. ¡Vaya tiempos los nuestros! Hasta hace cuarenta o cincuenta años un hombre consideraba una honra tener en el muslo una marca de *matanuki*¹. Un muslo sin cicatrices era una vergüenza y su dueño era tomado por cobarde. Era, simplemente, una señal de hombría y cualquiera estaba dispuesto a herirse a sí mismo para tenerla. Ahora, en cambio, se considera una tontería y los hombres usan la lengua para escapar ingeniosamente de cualquier obligación o trabajo que les suponga demasiado esfuerzo. Me gustaría que los jóvenes reflexionaran sobre todo esto.

NIHILISMO

El sinograma 幻, que en chino se lee *gen*, en japonés se lee también como *maboroshi*. Quiere decir «ilusión». Los magos de la India son llamados en japonés *genshutsushi* (幻出師) o ilusionistas, es decir, personas capaces de crear o de «sacar» una ilusión. Y es que los seres humanos en este mundo somos

¹ Un juego de hombres que consistía en hacerse una incisión o corte en el propio muslo para demostrar valentía.

como ilusiones, títeres. Por eso se usa el sinograma de 幻 para evocar la ilusión.

LA VENTAJA DEL OBSERVADOR

Aborrecer el mal y vivir perseverando en la justicia es una empresa hartamente difícil. Es curioso, sin embargo, que surgen más problemas cuando uno piensa que lo más importante es atenerse a una lógica estricta y valorar la justicia por encima de todo.

Y es que hay algo más elevado que la justicia, pero descubrirlo requiere un grado de sabiduría accesible a pocos. Se puede decir que la persona que lo ha logrado es el mejor dueño de sabiduría.

En este sentido, se puede decir que la lógica es bastante insignificante. Quien no lo ha experimentado por sí mismo no lo puede saber.

Pero incluso para aquel que no haya podido descubrirlo solo, hay una manera de llegar a este Camino. Consiste en hablar con la gente. Aunque la persona todavía no haya alcanzado el Camino, puede comprender bien a los demás. Es una situación parecida a la que en el juego del *go* se denomina *okame hachimoku*, es decir, «tener la ventaja del espectador». Hay también un dicho: «Aprender de los propios errores discurrendo». Para situaciones así no hay nada como hablar con los demás. Quien aprende escuchando a la gente y leyendo libros acaba sacando conclusiones que trascienden las limitaciones del propio raciocinio y sigue las enseñanzas de los antiguos.

Un samurái decía en su vejez: «El samurái se entrena durante toda su vida y sigue cierto orden. Cuando está en el nivel más bajo le cuesta progresar a pesar de entrenarse arduamente, está convencido de que lo hace mal, ve fácilmente los errores de los demás. Es evidente que en esta fase no puede prestar ningún servicio digno a su señor. En el nivel siguiente, el intermedio, tampoco puede, pero ya sabe qué le falta y también qué necesitan los demás. Después viene el nivel alto. En esta fase ya ha asimilado todas las técnicas, siente orgullo de sí mismo y se alegra cuando los demás lo felicitan; también lamenta las deficiencias que ve en los otros. Se puede decir que ahora ya es útil para prestar cualquier servicio a su señor. Pero por encima de este nivel hay algunos cuyos rostros y gestos nunca revelan todo lo que saben. Fingen no saber nada y respetan el progreso de los demás. En circunstancias normales, la mayoría de los samuráis alcanza este nivel.

»Sin embargo, existe todavía otro nivel. Está por encima de todos los mencionados. Quienes llegan a él comprenden que han entrado en un camino largo y sin fin, que jamás estarán satisfechos ni con el nivel de su entrenamiento ni consigo mismos.

»Por lo tanto, un samurái ha de ser consciente en todo momento de sus deficiencias y de lo mucho que le falta. Debe entrenarse con la convicción de que nunca será suficiente. Y, aunque tenga confianza en sí mismo, nunca será

engreído. Ni tampoco se mostrará inferior a nadie. Es un entrenamiento de toda la vida.

»A Yagyū, el maestro de kendo de los sogunes Tokugawa, se le atribuyen estas dos frases: “No sé cómo vencer a los demás. Sólo sé vencerme a mí mismo”. Un samurái tiene conciencia de que hoy es mejor que ayer y de que mañana será mejor que hoy. Así, con la firme determinación de vivir esforzándose día a día para mejorar, pasa su vida el samurái. Sometido a un entrenamiento que no tiene fin».

LIGEREZA Y GRAVEDAD

Una de las últimas sentencias que pronunció el señor Nao-shige fue ésta: «Adopta un talante ligero en los asuntos graves». El maestro Ishida Ittei añadió: «Adopta un talante grave en los asuntos ligeros». Los asuntos verdaderamente graves no son muchos: tal vez dos o tres como máximo en toda la vida. Si reflexionas habitualmente, sabrás cuáles son. En consecuencia, es necesario planear con tiempo qué hacer en caso de que se presenten y así contar con las soluciones más adecuadas. Sin una preparación diaria te resultará muy difícil tomar una decisión rápida y las consecuencias pueden ser muy adversas.

Por lo tanto, la toma de decisiones diarias puede ser la razón principal de la sentencia antes mencionada, «Adopta un talante ligero en los asuntos graves».

.....

Kichinosuke Shida, un famoso vasallo del clan Ryuzoji, decía: «Si para la sociedad no significa nada el que sigas vivo o que te mueras, es mejor que sigas vivo». Shida era un zorro viejo y hablaba en broma. Pero los jóvenes se lo tomaron al pie de la letra y creyeron que era una afirmación deshonrosa. Sin embargo, a modo de apostilla, Shida agregó: «Ante la duda de comer o no comer algo, es mejor abstenerse. Ante la duda de seguir viviendo o morir, es mejor morir».

NO HAY QUE CONFIAR EN QUIEN NUNCA SE EQUIVOCA

En una ocasión en que se deliberaba sobre la promoción de un candidato a cierto puesto importante, se descubrió que, en su pasado, esta persona se había dado a la bebida. La opinión general, entonces, fue que había que rechazarlo. Pero en ese momento habló alguien y dijo:

—Si abandonamos a su suerte a un hombre por un solo error cometido en el pasado, nunca lograremos hacer de él un hombre superior. La persona que ha errado una vez y se arrepiente profundamente, suele convertirse en alguien de gran discreción y puede ser excepcionalmente útil para cualquier cargo. Demos el puesto a este hombre.

—¿Te harás tú responsable de él? —le preguntó otra persona.

—Naturalmente que sí —respondió quien había hablado primero. Cuando los asistentes le preguntaron por la razón, respondió—: Me hago totalmente responsable de ese hombre porque ha cometido una equivocación una vez. En cambio, el hombre que nunca se ha equivocado no me merece ninguna confianza.

Aquel candidato obtuvo el puesto.

ATAACA HASTA MORIR SIN PENSAR EN GANAR O PERDER

Un hombre que había recibido una afrenta quedó deshonrado porque no buscó la venganza. La forma de vengarse es entrar con arrojo y fuerza en el campo enemigo y atacar hasta perder la vida. Eso lo dice todo. Si actúas así, recuperas la honra y salvas tu honor. El problema es que, al reflexionar en la victoria, no llegas a tiempo de evitar la deshonra. También ocurre que uno se pone a pensar que los enemigos serán muchos y que va a ser muy difícil vencerlos. Entonces, pasa el tiempo y se acaba olvidando de todo. Por numerosos que sean tus enemigos, siempre podrás mantener tu posición y enfrentarte uno a uno. Es la forma de que todo salga bien. En el caso de la venganza de los Cuarenta y Siete Rōnin del clan Asano², todos estos hombres tuvieron que haberse hecho el haraquiri en el templo de Sengakuji inmedia-

² También conocido como el incidente Akō. En la historia japonesa es, junto con la venganza de los hermanos Soga del siglo XII, el ejemplo más famoso de lealtad y de cumplimiento de la ética del samurái. Tuvo lugar el 31 de enero de 1703. Un grupo de samuráis al servicio del daimio de Akō atacaron la residencia fuertemente protegida del poderoso Kira Yoshinaka, asesinandolo y vengando así el agravio cometido contra su señor dos años antes.

tamente después. Ahí fallaron. Aunque es cierto que acabaron con la vida de su enemigo, dejaron pasar mucho tiempo. Si Kira Yoshinaka hubiera fallecido por enfermedad antes de que lo mataran, no se habrían podido vengar de él y, entonces, habrían quedado cubiertos de deshonra.

.....

Por regla general no se critica su conducta. He hecho este comentario porque ahora estamos comentando el Camino del Samurái. Si te resulta difícil reflexionar en momentos de emergencia y dejas pasar el tiempo sin estudiar bien el terreno, tú también te cubrirás de oprobio.

Parte de los preparativos para llegar a una decisión antes de que ocurra cualquier emergencia consiste en escuchar a los demás, en recordar sus palabras y en discernir dónde está la verdad. El Camino del Samurái especialmente exige que la persona estudie y organice sus pensamientos día y noche, y que tenga preparada una línea de acción con la mente siempre alerta ante cualquier situación que pueda ocurrir en un momento imprevisto.

Dependiendo de las circunstancias, ganarás o perderás. Pero evitar la deshonra es algo muy distinto a la victoria o a la derrota. Se evita con la muerte. Si tu primera actuación no sale bien, inténtalo de nuevo. No se precisa para ello ni conocimientos ni técnicas especiales. El samurái inteligente nunca piensa en la victoria ni en la derrota, sino en lanzarse como un loco hacia la muerte. Sólo así despertarás del sueño, es decir, de las dudas y preocupaciones.

NO TENGAS OPINIONES FIJAS

No es bueno tener opiniones fijas. A través de la diligencia y de grandes esfuerzos, el samurái puede desarrollar la costumbre de sostener opiniones fijas. Entonces, tenderá a llegar a conclusiones apresuradas. Y eso está mal. El samurái debe vivir acumulando un esfuerzo tras otro, entrenándose intensamente desde lo más básico y no cejar nunca en la práctica. Así irá madurando poco a poco. A lo largo de la vida nunca debe dejar de entrenarse. Sería estúpido que pensara con orgullo que ha llegado a un nivel más allá del cual ya no necesita más entrenamiento. Hay que entrenarse desde el corazón, con el convencimiento de que nunca es suficiente y buscar asiduamente cómo se puede descubrir la verdad. Sólo en el proceso de esta búsqueda continua uno encontrará el verdadero camino.

RUTINAS COTIDIANAS

Hasta hace cincuenta o sesenta años, todas las mañanas los samuráis hacían sus abluciones, se rasuraban el cráneo, se perfumaban la coleta, se cortaban las uñas de manos y pies, se las raspaban con piedra pómez y las coloreaban con *koganegusa*. Eran diligentes en el aseo personal sin por ello faltar a su compromiso como hombres del Camino del Samurái. Después, se quedaban mirando la espada y la daga que llevaban, y ponían cuidado en que no se oxidaran, les quitaban el polvo y las bruñían. Aunque estas rutinas diarias puedan parecer frívolas, no venían dictadas

por la moda. En un combate o batalla de vida o muerte, el samurái puede perecer en cualquier momento. Si entonces, una vez que ha caído muerto, se observa que su aspecto físico no es aseado, la gente pensará que era una persona desaliñada. Será entonces objeto de la burla y del menosprecio de todos. Por eso todos los miembros de la casta guerrera, ya fueran samuráis jóvenes o viejos, se arreglaban tanto. El cuidado personal puede llevar tiempo y causar pereza, pero el Camino del Samurái es así. No hace falta darse prisa ni poner demasiado trabajo en ello. El samurái nunca sentirá vergüenza si está siempre preparado para morir. Tampoco la sentirá cuando se lance a un ataque suicida en un combate, ni cuando se dedique a servir a su señor y al cultivo de las artes marciales. Por el contrario, si pasa el tiempo haciendo lo que le plazca y ocupado en sus intereses egoístas, hará que en cualquier situación límite caigan sobre él la deshonra y la vergüenza. Seguramente ni siquiera se habrá dado cuenta de la afrenta y explicará todo diciendo que, mientras él lo pase bien, no le preocupa nada lo que pase. El fin será desastroso. ¡Qué situación tan lamentable!

Es indudable que el samurái que no está preparado para morir en cualquier momento tendrá una muerte indigna. Por el contrario, si vive preparándose a todas horas y en todo momento para la muerte, ¿cómo va a comportarse de manera ruin? Hay que reflexionar sobre este punto y conducirse adecuadamente en toda circunstancia.

En los últimos treinta años las cosas han cambiado. Ahora, los temas que comentan los jóvenes son el dinero, lo que uno gana o deja de ganar, el presupuesto familiar, las prendas de vestir, el sexo. Si no se trata uno de esos temas, parece que se

echa un jarro de agua fría en cualquier conversación. Da pena. Hasta cumplir los veinte o treinta años, un joven no decía ni una palabra de esos temas, entre otras razones, porque no se le ocurrían pensamientos tan ruines. Si por accidente a alguna persona mayor se le escapaba alguna palabra sobre tales asuntos en su presencia, el joven sentía como si lo hubieran herido físicamente. Estos nuevos valores ¿no serán debidos a que la sociedad moderna se ha vuelto amante de la ostentación y aprecia el dinero sobre todas las cosas?

Si los jóvenes no llevaran una vida con caprichos y modas que no corresponden a sus ingresos, esas ideas desaparecerían.

Por otro lado, es deplorable elogiar a los jóvenes frugales y ahorrativos. La frugalidad degenera inevitablemente en falta de *giri* o sentimiento de gratitud. El samurái que descuida este sentimiento y olvida sus obligaciones sociales es vil e inferior.

DE TODO EL MUNDO SE PUEDE APRENDER

Según el erudito confuciano Ishida Ittei, cualquier principiante de caligrafía puede escribir mejor si practica siguiendo escrupulosamente el ejemplo de buenas muestras caligráficas.

Lo mismo se puede aplicar al samurái. Si tomas como modelo a un buen samurái, alcanzarás un nivel aceptable. Por desgracia, en estos tiempos que corren no abundan los buenos ejemplos, por lo cual más te valdrá inventarte un modelo y practicar por tu cuenta. A la hora de creártelo es aconsejable que de

entre muchas personas elijas una sola cualidad de cada una de ellas, por ejemplo, la etiqueta, la valentía, la elocuencia, la moral, la honradez, la rapidez resolutiva, etc. El resultado, tomando de aquí y de allá, podrá ser un modelo excelente que seguir.

Se puede aplicar a todas las artes el hecho de que es difícil aprender los puntos fuertes de un maestro y es fácil adquirir sus puntos flacos. Modelos así, evidentemente, no valen. Uno se puede encontrar un hombre que es un dechado del protocolo y de la etiqueta, pero a quien le falta algún punto de honradez. Si tomaras a tal persona como modelo, te olvidarías del protocolo e imitarías su falta de honradez. Una vez que llegues a darte cuenta de la virtud de alguien, quienquiera que sea, olvídate de lo demás y tómalo de modelo en esa virtud solamente. Serás tú mismo un buen modelo y un buen maestro para los demás.

CÓMO COMPORTARSE CON LA BEBIDA

Da mucha pena que haya tanta gente fracasada en la vida por culpa de la bebida. Es necesario saber qué cantidad de alcohol aguanta el cuerpo de cada uno y no excederse jamás. Aun así, a veces ocurre que uno calcula mal. El samurái no debe bajar la guardia siempre que haya bebidas alcohólicas alrededor, de modo que si surge cualquier imprevisto, pueda estar despejado para actuar correctamente. Las fiestas y banquetes con bebidas alcohólicas de por medio son ocasiones en las que hay muchos ojos que observan. La alerta, por lo tanto, debe ser máxima.

NO HAY QUE DESANIMARSE NUNCA

Cuando se visita a alguien que ha sufrido un contratiempo, es sumamente importante cualquier palabra de aliento que se le diga, pues tal expresión traducirá los sentimientos del corazón. Un samurái jamás debe mostrarse abatido. Por el contrario, ha de aparecer siempre animado, como si estuviera a punto de lanzarse valientemente al campo de batalla para vencer a cualquier enemigo. Si no puede mostrarse así, no vale para nada. Con tal actitud y semblante hay que animar a cualquier amigo que se encuentre en horas bajas.

LA LECCIÓN DEL AGUACERO

Se llama «la lección del aguacero». Suele ocurrir que cuando una persona se ve sorprendida por un chaparrón inesperado, echa a correr en busca de cobijo para no mojarse; el alero de alguna casa próxima, por ejemplo. Aun así, siempre acaba mojándose, por lo cual es inútil salir corriendo. En cambio, si uno sabe desde el principio que va a mojarse, no le importará mucho la lluvia cuando vea que se le viene encima. Esta actitud es útil en todas las situaciones.

LA CONFIANZA EN LA VICTORIA

El justo medio es un valor ampliamente reconocido por todo el mundo, pero cuando se trata de las artes marciales y

si queremos salir vencedores, no hay que quedarse en la línea de la moderación. El samurái que no pasa de esa raya no vale para nada.

Por ejemplo, en el tiro al arco japonés, el *kyudo*, cuando se apunta mirando el centro de la diana, la flecha suele errar y se queda arriba y a la derecha del blanco. La manera de hacer diana consiste entonces en apuntar mirando abajo y a la izquierda.

En el campo de batalla, el samurái cuyo propósito es aventajar a otros samuráis, y que se ha preparado pensando día y noche en cómo vencer a un gran rival, es la personificación del arrojo indómito e infatigable de la casta guerrera. Así es descrito en las viejas crónicas de hechos marciales. También en la vida cotidiana hay que comportarse con ese mismo espíritu.

LA VICTORIA INICIAL ES VICTORIA FINAL

Tenía una edad avanzada Tetsuzan cuando dijo: «Antes creía que el combate cuerpo a cuerpo se diferenciaba de la lucha tradicional de sumo en que no importa mucho ser derribado al principio, ya que lo importante es quién gana al final. Pero últimamente he cambiado de opinión. Ahora creo que cuando estás en el suelo debajo de tu rival y viene el árbitro a separaros para continuar luchando, el combate ya está perdido. Y es que la victoria inicial es la victoria final».

Hay un método determinado para educar al hijo de un samurái. El primer paso es nunca amenazarlo ni engañarlo por pequeño que sea. Al contrario, siempre hay que alentarle y estimular su valor. Si el niño, aunque sea de tierna edad, experimenta el miedo y se muestra retraído, la cobardía y el temor lo acompañarán toda la vida. Está mal que por un descuido de los padres los niños se asusten por los truenos, que se les prohíba caminar en la oscuridad y también que se les cuenten historias de miedo para que se callen cuando lloran. Por otro lado, si se los reprende fuertemente a una tierna edad, serán para siempre tímidos e introvertidos. Lo más importante es que no adquieran malos hábitos. Una vez adquiridos, es imposible quitárselos por más que se les llame la atención. Hay que hacerles tomar conciencia poco a poco de la cortesía y de la corrección en el habla, y procurar que aborrezcan la vulgaridad. Las demás cualidades las irán adquiriendo a medida que vayan siendo educados si son niños normales.

Se dice, y es cierto, que los hijos de matrimonios infelices son ingratos. Hasta los animales se acostumbran a lo que ven y oyen desde su nacimiento. Por esto hay que tener mucho cuidado con el entorno que rodea al niño.

Asimismo, una madre tonta contribuye muchas veces al deterioro de la relación entre un padre y un hijo. Si la madre le consiente casi todo al niño y se pone de parte de éste cada vez que el padre reprende al hijo, no hace más que empeorar la relación entre padre e hijo. La actitud materna de ponerse de parte del hijo es fruto de la mente superficial de las mujeres

que creen que, ganándose el favor del niño ya a esa edad, van a asegurarse su futuro cuando sean viejas.

EL ARTE LLEVA AL FRACASO

Eso de que el artista se puede ganar la vida en todas partes puede ser verdad en el caso de samuráis de otros señoríos. En el nuestro, el arte es la base del fracaso. Una persona que sobresalga en un arte no es un samurái, sino un artista. Para poder ser llamado «samurái» hay que hacer esfuerzos muy arduos, entre los cuales cualquiera que lleve a un logro artístico va en detrimento de la categoría de un samurái. Solamente cuando se dé cuenta de este hecho, cualquier arte o técnica que domine podrá empezar a resultarle útil. Es preciso entender bien este punto.

ES MÁS DIFÍCIL PENSARLO QUE HACERLO

Una vez dijo alguien: «Generalmente, todo el mundo piensa que no hay nada peor en la vida de un samurái que ser un *rōnin*³ y que los *rōnin* son hombres frustrados y deprimidos. Pero lo cierto es que, después de haber sido uno de ellos, puedo decir que no es verdad. Ser *rōnin* es totalmente distinto

³ *Ronin* o *rōnin*, literalmente «hombre flotante», designaba en la época Edo (1600-1868) a los samuráis sin señor al que servir. La imagen popular del *rōnin*, transmitida por el cine pero no del todo exacta, es la de un hombre desarraigado, frecuentemente dado a la bebida y al juego, dispuesto a poner su espada al servicio del mejor postor.

de lo que pensaba. Tanto es así que me gustaría volver a serlo». Estoy de acuerdo. Algo parecido se puede decir de la muerte. Día tras día, el samurái debe ensayar la muerte en su mente, de modo que cuando le llegue la hora suprema pueda morir serenamente. Ningún contratiempo es tan duro como parece cuando se prevé; por lo tanto, sufrir anticipadamente es una estupidez. El destino de un samurái al servicio de un señor es ser algún día *rōnin* y hacerse el haraquiri. Desde el principio hay que estar preparado para ambas cosas.

EN LA ENFERMEDAD SE CONOCE AL AMIGO

Hay un refrán que dice «En la enfermedad se conoce al amigo». Quien se declara tu amigo en los buenos tiempos, pero te da la espalda cuando caes enfermo o sufres un contratiempo, es un cobarde. Es precisamente en las ocasiones en que alguien pasa por un mal momento cuando su amigo debe presentarse, mostrarse solícito y atento, o enviar algo. Nunca te distancies en la vida de quien te ha hecho un favor. Así demostrarás que eres una persona sincera. La mayor parte de las veces, sin embargo, la gente acude a determinada persona cuando necesita ayuda; una vez pasado el momento de apuro, ya no se acuerda de esa persona.

EL ÉXITO DEPENDE DE LA SUERTE

No se puede decir que una persona sea buena o mala por el éxito o el fracaso que haya tenido en la vida. Al fin y al cabo,

la prosperidad y la adversidad forman parte del curso natural de las cosas, mientras que hacer el bien o el mal depende de la elección del hombre. Pero así y todo, suele decirse por razones didácticas que el éxito y el fracaso del hombre son resultado del bien y el mal.

CUÁNDO DESPEDIR A ALGUIEN

Mi propio padre, el samurái Zenjinemon, tenía la costumbre de que, si uno de sus empleados cometía una mala acción, no lo expulsaba de la casa, sino que lo mantenía en el puesto el resto del año como si no hubiera pasado nada. Solamente lo despedía con toda naturalidad al final del año.

LOS QUE PARECEN INTELIGENTES NO TRIUNFAN

No hay mejor herramienta para corregir el arreglo y el aspecto personal que un espejo. Cuando cumplí los trece años, me afeité el flequillo y me hice la coleta. Después me pasé encerrado en casa más o menos un año. ¿Por qué? Bueno, desde hacía tiempo oía que mis familiares decían de mí: «Este niño tiene cara de listo. Seguro que eso le va a traer desgracias... Lo que peor lleva nuestro daimio es tener cerca a alguien que parezca inteligente». Decidí entonces corregir el gesto de mi cara y me pasaba los días mirándome al espejo. Cuando por fin salí de casa al cabo de un año, me dijeron que tenía mala cara. Pensé entonces que de eso precisa-

mente se trataba, de tener mala cara: en eso estaba la base del servicio de un samurái.

La persona que parece inteligente no suele inspirar confianza. No se puede llamar agradable a la vista el rostro de un hombre cuyas facciones no posean un aire sosegado y una serena dignidad. Lo mejor es cultivar un gesto respetuoso, firme y tranquilo.

LA SEVERIDAD DE LOS INSPECTORES

A menos que un *metsuke* o inspector oficial pueda investigar todos los aspectos de un caso, su función será perniciosa más que benéfica. La razón de ser de los inspectores es velar por el cumplimiento de la ley en el país. Como el *shōgun* es incapaz él solo de vigilar en todos los sitios, hay inspectores cuya misión es indagar la conducta del propio daimio, supervisar los vicios y virtudes de los senescales, estar al tanto de la política, conocer la opinión pública, las alegrías y penas de las clases bajas. Tales son sus cometidos principales. Entre ellos estaba, por lo tanto, el de vigilar severamente a sus mismos superiores. De hecho, el término para designarlos, *metsuke* o «poner los ojos o la vista», señalaba precisamente su competencia de controlar las altas esferas de la sociedad.

Hoy, sin embargo, los inspectores se dedican a investigar y a denunciar los delitos de las clases bajas. El resultado es que la delincuencia no desaparece y aumentan los crímenes. Es cierto que entre la plebe hay pocas personas honradas, pero los delitos cometidos en las clases bajas no son tan graves como para representar una amenaza contra el Estado.

Hay que añadir también que los jueces deberían indagar a fondo las causas de los delitos y permitir que los acusados ofrezcan su versión de los hechos, y así, si resultaran inocentes, librarlos de un castigo injusto. Todas estas prácticas, en definitiva, redundarían en beneficio del señorío.

CONTRA LOS CALCULADORES

La persona calculadora es miserable. Calcular significa tener siempre a la vista las ganancias y las pérdidas. El calculador está preocupado continuamente por esas dos cosas. Morir es perder y vivir es ganar; por eso, tales personas eligen no morir. Son cobardes.

Lo mismo ocurre con las personas con estudios: esconden su cobardía y su codicia bajo la capa del intelecto y la elocuencia. Así consiguen engañar a la gente.

ACTUAR CON DESESPERACIÓN

El señor Naoshige dijo una vez: «El Camino del Samurái es una locura por la muerte. A una persona con tal convicción no la vencerá ni una decena de hombres». Ninguna tarea importante se puede llevar a término con sentido común. Hay que renunciar a él y precipitarse en la locura por la muerte.

Cuando el samurái se pone a reflexionar, ya se ha quedado rezagado. Como la fidelidad y el amor filial se ponen a un lado, solamente queda la locura por la muerte. Es en este esta-

do de locura cuando la fidelidad y la piedad filial reaparecen y se integran en el corazón del samurái.

ALEGRARSE EN LA ADVERSIDAD

Mantenerse en calma ante cualquier contratiempo que surja es todavía propio de un samurái inexperto. Eso no basta: hay que ir más allá de la resignación. Cuando te halles en la adversidad o te sobrevenga una desgracia, alégrate y salta de gozo. Tal actitud sí que es propia de un samurái del nivel superior. Serías entonces fiel al refrán que dice: «Cuando sube el agua, el barco está más alto».

SI EL MAESTRO ES HUMANO, YO TAMBIÉN LO SOY

Indica debilidad de carácter pensar, después de haber oído hablar de la destreza de un maestro, que uno no va a alcanzar el mismo nivel. Si tal maestro es un hombre, ¿es que yo no lo soy?, ¿voy a ser yo inferior a él? Debes animarte así e incluso pensar en enfrentarte algún día a ese maestro. Con actitud tal, ya te encuentras en el buen camino. «Hay hombres a los que llaman santos porque de muy jóvenes, tal vez desde los quince años, emprendieron la búsqueda de la sabiduría. No se hicieron santos de la noche a la mañana cuando eran mayores», dijo una vez Ishida Ittei. En otras palabras, en el momento en que uno se propone seriamente algo por primera vez, en ese preciso instante puede haber adquirido la iluminación del verdadero conocimiento.

NUNCA HAY QUE BAJAR LA GUARDIA

Un samurái debe ser cuidadoso en todo y evitar cualquier fallo o defecto por pequeño que sea. A veces se le podrá escapar algún desliz y de sus labios pueden salir expresiones como: «¡Qué cobarde soy!», «Lo mejor será escapar con vida», «¡Qué miedo!», «Fue terrible», o frases por el estilo. Expresiones tales jamás se le deben oír a un samurái, ni siquiera en broma, ni dormido, ni exagerando, ni bajo ninguna circunstancia. Si las escucha una persona sagaz, enseguida sabrá cómo es el corazón de ese samurái. Hay que estar siempre vigilante.

RESPIRA SIETE VECES ANTES DE DECIDIRTE

Hay un proverbio antiguo: «Respira siete veces antes de tomar una decisión». El señor Ryuzoji Takanobu dijo en una ocasión: «Quien vacila en la decisión, pierde la fuerza». Por su parte, el señor Naoshige afirmó: «Cuando uno tarda en tomar una decisión, siete de diez veces el asunto sale mal. El samurái debe ser rápido en tomar decisiones». La verdad es que resulta sumamente difícil llegar a una decisión cuando el ánimo está alterado. Por el contrario, cuando el samurái aborda un asunto con actitud gallarda, y la mente fresca y libre, la decisión siempre llegará antes de la séptima respiración. Así pues, piensa con el ánimo sereno y la mente fresca.

QUIEN ES AGRADABLE PARA UNOS, ES DESAGRADABLE PARA OTROS

La persona en posesión de algún conocimiento no tarda en volverse orgullosa y se alegra de que digan de ella que es todo un personaje. El individuo así, que a menudo llega a jactarse de que la época en que vive no se lo merece, inevitablemente será castigado por el Cielo.

Por mucho talento que posea, la persona a la que todo el mundo le cae mal no vale para nada. Por el contrario, resulta agradable a todo el mundo quien trabaja con gusto, es humilde y se muestra alegre, sin poner nunca mala cara, por estar en posición de dependencia con respecto a sus iguales.

DE JOVEN NO HAY QUE ASCENDER MUCHO

Si uno progresa en la vida siendo todavía joven, apenas le será útil a su señor. No importa la inteligencia innata que posea, por el hecho de ser joven no habrá desarrollado al máximo su capacidad y no será aceptado por los demás. Es mejor que vaya madurando poco a poco, de modo que a los cincuenta años podrá alcanzar la plenitud necesaria. En realidad, el ascender en la vida más lentamente de lo que la gente piensa es la mejor manera de alcanzar esa plenitud óptima.

Además, aunque pierda su fortuna, el hombre ambicioso se recuperará pronto por el hecho de no haberse arruinado a causa de intereses personales e injustos.

CAER SIETE VECES Y LEVANTARSE OCHO

Es absolutamente ridículo que un samurái pierda la calma por quedarse sin señor y pasar a ser un *rōnin*, o ante cualquier otra adversidad. Los vasallos del señor Katsushige repetían a menudo: «El que no ha sido *rōnin* siete veces, no es un verdadero samurái. Tropezas y caes al suelo siete veces pero levántate ocho». Dicen que Hyogo Naritomi ha sido un *rōnin* siete veces. Todo samurái al servicio de un daimio debe tomar conciencia de que es una especie de muñeco tentetieso que, tan pronto es derribado, se pone de pie. De hecho, no es una mala idea que el daimio libere del servicio a sus vasallos para probar su fuerza espiritual.

ELOGIAR AL SUBORDINADO

En una poesía sobre Minamoto no Yoshitsune hay un verso con esta idea: «Un buen general debe dirigirse con frecuencia a los soldados rasos». Igualmente, los empleados en una casa se motivarán mucho cuando el jefe se dirige a ellos, no solamente en ocasiones extraordinarias, sino también en situaciones ordinarias. Palabras como «¡Buen trabajo!», «Lo has hecho muy bien» o «Aprecio mucho tu dedicación y constancia» causan que el empleado se entregue al máximo incluso sin escatimar su vida. Son palabras muy importantes.

SI QUIERES SOBRESALIR, DEJA QUE TE CRITIQUEN

Si lo que quieres es destacar, la mejor manera es que aceptes de buen grado las críticas de los demás y las tengas muy en cuenta. La mayor parte de la gente se conduce en la vida de acuerdo con su propia opinión y criterio. Por eso, pocas veces realiza progresos importantes en la vida. Consultar a otros es la base para dar grandes saltos.

En una ocasión, un hombre que estaba preparando ciertos documentos oficiales preguntó a otro. Éste, que estaba más versado en la redacción de textos, pudo ofrecerle sugerencias muy valiosas. En fin, la persona que pide una opinión ajena, por el simple hecho de pedirla, ya es superior a los demás.

GALGO QUE MUCHAS LIEBRES LEVANTA, NINGUNA CAZA

Está mal mirar en dos direcciones. Hay que dedicarse exclusivamente al Camino del Samurái. Nada más. Tal es la idea que subyace al sinograma de camino que es 道.

Sin embargo, quien estudie el confucianismo o el budismo puede creer en lo absurdo que resultaría la práctica del Camino del Samurái.

Pero si te aplicas al estudio de varios caminos, acabarás entendiendo lo que es y no es absurdo.

HAY QUE SER CUIDADOSO CON LAS PALABRAS

Para un samurái lo primero que diga tiene una importancia excepcional. En esa primera palabra debe asomar su valentía. En una era de paz es en el lenguaje en donde se manifiesta el valor de la persona. Incluso en tiempos de guerra se ve la valentía por una simple palabra. Podría decirse que la primera palabra es la flor del corazón.

NI UNA PALABRA DE QUEJA

Un samurái jamás debe quejarse. Ha de permanecer vigilante para que nunca salga de su boca una palabra de debilidad. En la palabra más insignificante pronunciada sin querer se puede revelar su verdadera intención.

UN TONTO

La persona con fama por dominar una determinada técnica o arte es un tonto. Ha demostrado ser idiota por concentrar toda su energía en una sola cosa descuidando pensar en otras. Alguien así no vale para nada.

LA HUMILDAD DESPUÉS DE LOS TREINTA

Hay, por lo general, mucha gente que da lecciones a los demás. Por el contrario, son pocos los dispuestos a recibir-

las con agrado. Más raras son todavía las personas que les hacen caso y las aplican. Cuando alguien pasa de los treinta, ya no tiene quien lo aleccione. Al no recibir consejo ni lección de nadie, se vuelve egoísta y pasa el resto de su vida acumulando un disparate tras otro hasta acabar siendo un inútil sin remedio. Es, por lo tanto, absolutamente necesario encontrar personas sensatas de las cuales uno pueda recibir lecciones.

SOBRE LA AMBICIÓN

El samurái sin interés en la riqueza ni en los honores será aburrido, orgulloso, inútil y pasará el tiempo hablando mal de los demás. Un hombre así no vale para nada y demostrará ser inferior al samurái ambicioso de riqueza y honores.

TRATA A LA GENTE CON LA MISMA RESERVA QUE EN EL PRIMER ENCUENTRO

Si seguimos los dictados naturales del Cielo y la Tierra, viviremos en armonía y concordia con nuestros semejantes. La persona sin interés en buscar la armonía con los demás ni en ser amistosa no será fiel por muy elocuente que sea. A veces ocurre que uno se lleva mal con un compañero y pone mala cara cada vez que lo ve o habla mal de él a sus espaldas. Éstas son actitudes propias de una mente estrecha y estúpida. A pesar de no estar muy convencido interiormente y de tener mala

impresión de tal compañero, tienes que saludarlo amistosamente siempre, por muchas veces que te encuentres con él, y hacer esfuerzos por tratarlo con consideración y respeto.

Debido a los tiempos en que estamos, de mutabilidad y cambios, puede ocurrir, sin embargo, que tales esfuerzos sean baldíos y no halles agrado a ojos de esa persona. En ese caso, no debes tratarla con frivolidad ni malevolencia. Un comportamiento así sería vergonzoso por egoísta e interesado.

Por otro lado, si respetas a los demás, te abstienes de enfrentamientos, te comportas educada y modestamente, y eres considerado en los pequeños detalles con las personas que te rodean, aunque te cueste sacrificios, cada encuentro con los demás será como el primero y nunca te llevarás mal con nadie. Lo mismo suele ocurrir en ceremonias como las bodas. Sin querer, y a medida en que uno se habitúa al trato de ciertas personas, se pierde concentración y la relaciones al final se deterioran.

Si perseveras en mantener con los demás la misma modestia y cortesía del primer encuentro, con toda seguridad nunca surgirán desavenencias.

UNA PAREJA PARA TODA LA VIDA

Un hombre llamado Shikibu hizo esta afirmación: «Con frecuencia, el samurái ha tenido en su juventud alguna relación homosexual de la que se avergüenza toda la vida». El tema reviste cierto peligro cuando no se entiende bien. Como tampoco hay mucha gente que te instruya al respecto, voy a ofrecerte algunos comentarios.

También a las relaciones homosexuales se puede aplicar aquello de «Una esposa fiel nunca se vuelve a casar». Es decir, la pareja debe durar toda la vida. De lo contrario no eres mejor que un vulgar chaperero o una prostituta. Sería, además, una vergüenza para cualquier samurái. Ihara Saikaku⁴ acertó cuando dijo: «Un joven sin un novio es como una joven sin un prometido». La gente no resiste acercarse a tales personas ni siquiera en broma.

Cuando tu pareja masculina es mayor que tú, conviene que paséis unos cinco años conociéndoos y asegurándoos de vuestros mutuos sentimientos. Sólo después podrás pedirle que realice el juramento de fidelidad para toda la vida. Tienes que estar muy seguro de la firmeza de los sentimientos de tu pareja. Recuerda que las personas de corazón infiel siempre acaban rompiendo. En una relación en la que se ha entregado el corazón hay que estar dispuesto a sacrificar la vida por la pareja. Si te encuentras con otra persona que te pide amores insistentemente, debes rechazarla enérgicamente diciéndole: «Es imposible». Si insiste y te pregunta el porqué, le puedes responder: «No te lo puedo decir mientras viva». Si continuara insistiendo, te enojas y le das muerte en el acto. Si tu pareja es joven, debes igualmente asegurarte de la firmeza de sus sentimientos. Después de dedicar cinco o seis años a tal persona es imposible que cumplas tus deseos.

⁴ (1642-1692) Autor de historias cuyos temas suelen girar en torno a los amores de la gente de su tiempo. La obra suya más relacionada con el tema de este artículo es *El gran espejo del amor homosexual* (Gijón, Satori, 2012).

Evidentemente, no debes jugar con dos barajas: el amor por los hombres y el amor por las mujeres. Tienes que elegir. Aunque te decidas por el primero y ames a un hombre, no olvides que tus energías deben estar concentradas en el Camino del Samurái. Aun así, la homosexualidad encaja bien con tal camino.

ABANDONA TODA SENSATEZ

Hasta no cumplir los cuarenta años tienes que esforzarte al máximo en no dejarte confundir por la inteligencia o la sensatez, debiendo depender de la fuerza y la habilidad. Una vez cumplidos los cuarenta, y en función de tu naturaleza y posición social, no podrás lograr nada en la vida sin carácter ni fuerza interior.

Capítulo Dos

LOS BENEFICIOS DE LA ADVERSIDAD EN LA JUVENTUD

Una vez que pregunté qué no debería hacer un samurái, me dieron la siguiente respuesta: un samurái nunca debe beber en exceso, ser orgulloso y vivir con lujo. En tiempos de adversidad, estas tres debilidades no tienen mucha importancia, pero cuando las circunstancias son favorables, las tres suelen ser mortales.

Considera la situación de la gente que te rodea. Cuando las cosas empiezan a irles bien, se dejan llevar por la euforia, se vuelven arrogantes y viven con lujos. Su conducta es impre-

sentable. Por lo tanto, la persona que no ha pasado por dificultades en la vida no tendrá formado su carácter. Es preferible que sea en la juventud cuando se conoce la adversidad. Una persona que se cansa o se desanima cuando las cosas le van mal no sirve para nada.

EL AMOR SUPREMO ES EL AMOR OCULTO

El otro día estaba hablando con un grupo de personas y les dije que la forma suprema de amar es en secreto. Una vez que el amor se revela, pierde la fragancia y se hace pequeño. Suspirar por el ser amado, morir sin ni siquiera pronunciar el nombre del amado, he ahí la esencia del amor.

Hay un poema que dice:

De amor me muero.
Y por mi humo sabréis
que era secreto⁵.

El sentimiento descrito en esos tres versos presenta el amor más elegante que puede existir. En cierta ocasión en que los recité, cuatro o cinco personas que estaban presentes se quedaron impresionadas y decidieron basarse en el segundo verso, «Y por mi humo sabréis», como pretexto para inventarse la expresión «amadores de humo».

⁵ Entre las clases altas, entre las cuales estaba el samurái Yamamoto, era habitual la cremación de los cadáveres. De ahí la referencia al humo.

CUANDO HABLES CON ALGUIEN, INTUYE SU CARÁCTER

Cuando estés conversando, trata de interpretar enseguida el carácter de tu interlocutor y, en consecuencia, acomoda tu actitud hacia él. Por ejemplo, si hablas con un hombre a quien le gusta competir y argumentar, habla con humildad y cede todo lo que puedas para no molestarlo; así estará tranquilo. Pero, a continuación, aprovecha sus mismos argumentos usando la lógica empleada por él. Entonces tu interlocutor se quedará sin palabras al comprobar que tus argumentos son más razonables que los suyos. De esa manera no te guardará resentimiento. Con este ejemplo se demuestra la importancia de la intuición y de las palabras.

LAS PERSONAS DEMASIADO BUENAS SIEMPRE PIERDEN

Los que son demasiado buenos llegan siempre tarde. El ser humano debe rebosar de vitalidad.

CÓMO ENTRENAR A LOS SUPERIORES

Si alguien por encima de ti, sea tu señor u otro superior, tiene un carácter alegre y tranquilo, es conveniente elogiarlo como puedas a fin de que no cometa errores en su trabajo. El objetivo es desarrollar en él una voluntad fuerte. Si, por el contrario, tu señor es impulsivo y osado, hazle pensar que tú sabes más que él de modo que tenga siempre presente esta pregunta: «Si se entera de esto, ¿qué va a pensar?». Si te comportas de esa manera

con él, demuestras una gran fidelidad. Cuando el señor no tiene a su alrededor a personas que lo traten así, pensará que todo el mundo está adulándolo y será presa de la soberbia. Por muy buenos que sean sus propósitos de administrar el señorío, su arrogancia echará todo a perder. ¡Qué pocas personas se darán cuenta!

Samuráis como Kyuma Sagara, que sirvió a Mitsushige, y Kichiemon Harada, que estuvo al servicio sucesivamente de Katsushige, Mitsushige y Yoshisige, adoptaban este comportamiento y sus daimios se lo valoraron debidamente. Se dice que Yoshisige acudía en busca de consejo a Kichiemon Harada incluso cuando estaba enfermo y vivía ya jubilado. ¡Qué proceder tan sensato! Sin embargo, como la gente piensa que actuar así es muy difícil, a todos les parece imposible. Sé por experiencia propia que al cabo de diez años de servicio esforzado y constante, uno acaba siendo un buen vasallo. Puesto que estamos hablando de hombres que pueden ser valores insustituibles en un señorío, el samurái que no lo intenta demuestra tener el corazón débil y no será de ninguna utilidad para su señor.

Dos modelos excelentes fueron Nobutaka Itagaki, vasallo de Shingen Takeda⁶, y Takatomo Akimoto, un estadista veterano del gobierno militar o *bakufu*. Por supuesto que, si el samurái cae en desgracia ante su señor, pierde la ocasión de demostrar plenamente su fidelidad. Este problema es importante y son pocas las personas que lo tienen en cuenta. Aun así, el samurái tiene que entrenar a su señor poco a poco a fin de hacerle cada día más sabio.

⁶ Uno de los más destacados señores de la guerra que en el siglo XVI luchaban por la unificación de Japón.

Lo único importante, en definitiva, es la resolución del momento presente, un solo deseo en cada instante. La cadena de resoluciones forma toda una vida. Una vez que el samurái toma conciencia de esta realidad, no necesitará preocuparse de ninguna otra cosa, ni estar impaciente; tan sólo tendrá que vivir la vida concentrándose en la resolución de cada instante.

Sin embargo, el ser humano suele olvidarse de tal hecho y cree que hay otras cosas que tienen importancia. Casi nadie se da cuenta de esto.

Deben pasar muchos años antes de que uno aprenda a concentrarse en la resolución de cada instante sin jamás ser asaltado por la duda. Pero, cuando se consigue, la resolución será inalterable aun sin pensar conscientemente en ello. La confusión mental se disipará si perfeccionamos una simple resolución. Eso significa ser fiel a sí mismo.

EL PELIGRO DEL EXCESO DE NOSTALGIA

No se puede modificar la corriente ni las modas de los tiempos. El mundo empeora lentamente. ¿Hemos entrado en la decadencia del Último Día de la Ley budista?⁷

El hecho, sin embargo, es que no siempre puede ser primavera o verano, ni la noche puede ser día. Por lo tanto, es im-

⁷ Véase nota 18, pág. 93, sobre este concepto del budismo.

posible pretender que los tiempos de hoy sean como los buenos tiempos de hace cien años. Lo importante es esforzarse por que cada época sea lo mejor posible de acuerdo con su naturaleza y circunstancias.

Los que sienten nostalgia del pasado yerran por no entender esto.

Por otro lado, quienes valoran solamente la modernidad y aborrecen los tiempos de antes son personas superficiales y vacías.

TODO ENTRENAMIENTO EXIGE ORGULLO Y REFLEXIÓN

Los jóvenes deben ser entrenados de tal modo que en sus corazones se inspire el orgullo de ser los mejores guerreros de Japón.

Y, a la inversa, un samurái tiene que reflexionar a diario sobre su conducta y desechar inmediatamente cualquier defecto que encuentre. Si no adquiere este hábito y capacidad de discernimiento, no llegará a ningún sitio.

NO DEJES ESCAPAR LA OCASIÓN

Kenshin Uesugi decía: «No hay ningún truco para ganar, excepto la habilidad de saber atrapar la ocasión cuando se presenta y no dejarla escapar». Es un comentario interesante.

No es sensato empezar a cuidar la salud sólo después de ponerse uno enfermo. Curar un mal una vez que se ha presentado es sumamente difícil. A la luz de la doctrina budista de causa y efecto, es absolutamente natural que quien no se cuida acabe cayendo enfermo. Sin embargo, parece que ni los médicos saben cómo atajar una enfermedad antes de que se presenten los síntomas.

Lo sé por propia experiencia. La mejor manera de prevenir la enfermedad consiste en controlar el apetito por la comida, la bebida y el sexo, y en aplicarse moxa todo el tiempo. Como nací cuando mis padres ya eran mayores, en mi cuerpo había falta de agua. De muy niño, los médicos solían decir al verme: «No llegarás a cumplir los veinte años». Por eso yo me ponía triste cuando pensaba en lo poco que iba a disfrutar la vida y en que no cumpliría mucho tiempo con mis deberes como samurái. Bien, pues entonces me propuse sobrevivir a esa edad y sorprender a todo el mundo. Al cabo de abstenerme de toda relación sexual durante siete años no he caído nunca enfermo ni jamás he tomado una medicina. Y cuando sentía alguna indisposición, me curaba simplemente con la fuerza de mi voluntad.

La gente de hoy se pone enferma fácilmente y acaba muriendo relativamente joven por abandonarse a los placeres del sexo. ¡Qué tontería!

Me gustaría insistir ante los médicos en el hecho de que si sus pacientes simplemente se abstuvieran medio año o uno o dos de toda relación sexual, se curarían de forma natural.

Las generaciones modernas son demasiado débiles. El hecho de que sean incapaces de renunciar a sus apetitos es una prueba de falta de fuerza de voluntad. No tienen remedio.

LA RESOLUCIÓN SUPREMA ES MORIR A LA DESESPERADA

El samurái, si lo es, debe sentirse muy orgulloso de su valentía y estar dispuesto a embarcarse en el camino de la locura que lo lleve a la muerte. Es necesario refinar y purificar al máximo su trabajo, su pensamiento, su lenguaje, su vestido y su conducta diaria.

En cuanto a la mejor manera de servir al daimio, hay que consultar los asuntos importantes con alguien fiable que no esté directamente implicado. A lo largo de su carrera, el samurái no debe tener más pensamiento que no sea cómo servir a los demás. Se recomienda no saber asuntos innecesarios.

CUANDO EL AGUA SUBE, EL BARCO ESTÁ MÁS ALTO

Dice el refrán: «Cuando el agua sube, el barco está más alto». Es decir, en medio de la adversidad siempre destaca la persona que tiene talento. Es un hecho que el samurái con buen juicio y virtudes, cuando encuentra circunstancias más difíciles y adversas, tanto más se anima y crece. Dejarse abatir por los contratiempos es una grave equivocación.

Mientras caminaba pensaba que los seres humanos no somos más que marionetas bien hechas. Aunque nuestros cuerpos no cuelguen de hilos, podemos andar y saltar como muñecos; incluso hablamos. ¡Con qué precisión estamos fabricados! Así y todo, resulta que antes de la próxima festividad de Bon podemos estar muertos y nuestras casas recibirán las visitas de nuestros espíritus. ¡Qué vida tan vana la nuestra! ¡Y con qué facilidad la gente se olvida de este hecho!

CADA INSTANTE, UN COMBATE A MUERTE

Solía decirle a mi hijo adoptivo Gonnojo esta frase: «Ahora es este instante y este instante es ahora». Tenemos la tendencia a pensar que la vida cotidiana es diferente del instante en que ocurre una emergencia, con el resultado de que cuando ésta se presenta, no estamos preparados. Si nos convocan a presencia del señor o nos envían a alguna misión para que transmitamos algún mensaje importante, entonces las palabras nos faltan. Ésta es la prueba de que distinguimos entre el ahora y este instante. Comprender lo que significa «Ahora es este instante» significa que debes practicar en un rincón de tu habitación las líneas que tienes que pronunciar cuando se presente la ocasión. Aunque no seas más que un samurái empleado de nivel bajo, tienes que estar preparado para expresarte apropiadamente, ya estés en presencia del daimio, de sus senescales, o del sogún en persona o de la corte imperial.

Así, mediante esfuerzos como éste se consigue todo. También es válido para la adquisición de la destreza en las artes marciales o en el desempeño de cargos públicos. Si piensas de este modo, los descuidos de cada día y la falta de resolución quedarán todos muy claros.

NO ALIENTES EL DESÁNIMO

Si dices a la ligera a alguien que acaba de sufrir un accidente: «Lo siento», esa persona se inquietará todavía más y aumentará su confusión. La manera de comportarse en momentos así es actuar como si nada hubiera ocurrido, distraer la atención de la persona y hacerla ver que tal vez lo que parece accidente puede producir resultados favorables. Poco tiempo después, esa persona irá viendo las cosas claras y lo entenderá. En este mundo inestable en que vivimos no hay necesidad de tomarse muy a pecho ni los lances tristes ni los alegres que nos trae la vida.

EL DECORO EN LOS CABALLEROS

Hay que llevar siempre encima un poco de colorete cosmético. Ocurre a veces que uno puede palidecer debido a una resaca o cuando se despierta. En ocasiones así es recomendable aplicarse algo de colorete en el rostro.

CÓMO ORGANIZAR LAS COSAS

Cuando va a haber una consulta con varias personas, lo primero hay que hablar separadamente con cada individuo implicado. Después se puede celebrar la reunión con la confianza de que podrá alcanzarse un acuerdo y tomar una decisión. Si no se hace así, siempre habrá quien salga resentido de la consulta.

De forma semejante, cuando vaya a celebrarse una reunión importante, lo mejor es pedir en secreto la opinión de personas que no están implicadas directamente. Como no tienen intereses personales en el asunto, podrán ofrecer una solución imparcial y justa. Si, por el contrario, consultas con algún pariente, suele darte opiniones favorables para ti. No es útil.

RENIEGA HASTA DE LOS DIOSES SI SE INTERPONEN EN TU CAMINO

Aunque digan que a los dioses les desagrada la impureza⁸, yo no dejo de cumplir con mis obligaciones religiosas y hacer mis oraciones a diario.

A pesar de bañarme con sangre enemiga y de pisar cadáveres, creo en la ayuda divina cuando salgo al campo de batalla y cuando rezo por una vida larga. Si los dioses sin-

⁸ En el sintoísmo, la contaminación o impureza, una noción fundamental, se adquiría, entre otras causas, por el derramamiento de sangre y la muerte violenta.

toístas ignoran mis oraciones, simplemente porque estoy mancillado de sangre, no me queda más remedio que seguir adelante con mis rezos sin preocuparme de si estoy contaminado o no.

LA BREVEDAD DE LA VIDA HUMANA

La vida humana sólo dura un instante. Hay que pasarla haciendo lo que a uno le gusta. En este mundo flotante es estúpido dedicarse a algo que uno aborrece y sufrir por ello.

Naturalmente, esta verdad es un secreto que no he podido revelar a los jóvenes porque, si la interpretan mal, se verían perjudicados. Me gusta dormir. Como respuesta a las circunstancias que ahora dominan en el mundo, tengo el plan de quedarme encerrado en casa y vivir durmiendo.

CONÓCETE A TI MISMO

Ocurre con frecuencia que el ser humano cree conocerse bien a sí mismo y piensa que está al corriente de sus defectos o de sus cualidades. En consecuencia, se vuelve arrogante. Sin embargo, conocerse a sí mismo y tener conciencia de los puntos fuertes y flacos de cada uno es una empresa sumamente difícil. Así lo reconoce el monje Kaion.

DIGNIDAD

Las dimensiones de la dignidad de la persona se pueden medir por el aspecto externo. Hay dignidad en la diligencia, en la constancia, en la serenidad, en guardar silencio, en la observancia de la etiqueta y los buenos modos. Hay también dignidad en apretar los dientes y en tener una mirada penetrante. Todo esto se ve: es exterior. Lo esencial es concentrarse en ello y ser absolutamente sincero.

NO HAY QUE MENOSPRECIAR AL ADVENEDIZO

La siguiente afirmación es de Kazuma Nakano: «Hay quienes sostienen que es una falta de aseo utilizar utensilios viejos en la ceremonia del té. Es mejor que sean nuevos porque producen impresión de limpieza». En cambio, hay quienes opinan lo contrario, alegando que son mejores los utensilios viejos porque están más cerca de los originales. Ambos puntos de vista son incorrectos.

Aunque en un comienzo los utensilios viejos eran usados por la gente humilde, hoy en día son empleados por las personas de clase alta que reconocen en ellos el valor de la antigüedad y la pátina del tiempo. Lo mismo ocurre con los samuráis empleados de una casa. Un hombre de baja cuna que, mediante su esfuerzo, se ha labrado una posición, es porque se la ha ganado con sus virtudes. Sin embargo, hay personas a las que las incomoda profundamente trabajar al lado de un hombre así. Esta actitud es muy equivocada.

Básicamente, la persona que ha llegado alto partiendo de una posición baja posee más mérito que quien estaba en una posición encumbrada desde el principio. En otras palabras, el primero merece aún más respeto que el segundo.

MANTENERSE A DISTANCIA DE LOS SUPERIORES

No podrás cumplir tu trabajo si no te mantienes a una distancia discreta de tus superiores: el señor, los altos cargos del señorío o los senescales. La razón es que no podrás trabajar bien si ellos se sienten cómodos a tu lado y te tratan como a una faltriquera, una de esas bolsas monedero, los *koshigin-chaku*, que se llevan ceñidas a la cintura. No lo olvides.

EL SILENCIO ES ORO

Está mal andar hablando de los demás. Tampoco queda bien hacer elogios. Un samurái debe conocerse bien a sí mismo, entregarse a su propio entrenamiento y mantener la boca cerrada.

LAS PRISAS SON MALAS CONSEJERAS

El hombre virtuoso siempre está tranquilo y muestra un aire tan sosegado que da la impresión de no estar nunca ocupado. Por el contrario, el hombre mediocre se pone fácilmente

nervioso, es aficionado a argumentar y a andar siempre discutiendo.

LA DERROTA DIGNA

En las discusiones o debates, el que al principio lleva las de perder con frecuencia es derrotado de forma admirable. Pasa como en la lucha libre del sumo. Pero si uno, decidido a toda costa a no perder, recurre al engaño, la victoria entonces será sucia y peor que una derrota. En tal caso, uno será perdedor y habrá quedado manchado.

ATACAR SIN MIEDO A QUE TE CORTEN LA CABEZA

Como le decía a mi hijo adoptivo Gonnojo, los jóvenes de hoy se han vuelto afeminados. Vivimos en una época en que se cree que son buenas personas las que muestran buen carácter, las simpáticas y amables, las pacíficas y de trato agradable, individuos, en suma, pasivos y a los que les cuesta actuar con audacia.

Si al samurái sólo le interesa proteger su puesto o seguridad, se volverá cobarde en su corazón. Piensa en ti, por ejemplo. Probablemente te parecerá imperdonable ser adoptado por nosotros imponiendo en ti los méritos adquiridos por tus padres biológicos que no son los tuyos propios y estropearlo después de que te hayan adoptado. Pero tal idea es superficial.

Cuando yo era un samurái, nunca me preocupaba de mi puesto o del estipendio que me daban. Teniendo en cuenta que el sueldo de un samurái no le pertenece a él sino a su señor, no hay motivo ni para apreciarlo en exceso ni para desprenderse de él de mala gana. A veces incluso deseaba ser un *rōnin* y aceptar la muerte por *seppuku*. Al fin y al cabo, los dos son el destino del servicio de un samurái.

Sin embargo, es una pena destruir la familia por una tontería. Así, por ejemplo, no hay que descuidarse en el trabajo, mostrarse negligente en el servicio, ser arrastrado por intereses egoístas e incomodar a los demás. Siempre será preferible fallar por cualquier otra razón. Cuando comprendas bien esto, te sentirás siempre animado y podrás realizar tu trabajo con gran energía.

NO VISITES SIN AVISAR ANTES

Cuando vayas de visita, es aconsejable avisar con antelación. Nunca se sabe si la persona a quien vas a visitar podrá estar atareada por algún imprevisto. Si te presentas en el momento en que está ocupada con sus propios asuntos, la visita será una incomodidad. Por regla general, no hay que ir adonde a uno no lo inviten. Amigos de verdad hay muy pocos. Hasta cuando a uno lo invitan, la visita suele causar frustración.

Es difícil llegar a intimar con alguien a quien se visita pocas veces. Además, no es infrecuente cometer errores en las reuniones en que varias personas se juntan simplemente para divertirse.

Por otro lado, si alguien se presenta de visita cuando estás ocupado, nunca debes rechazar a tu visitante.

LA ESPADA SIEMPRE EN LA VAINA PRONTO SE OXIDA

Una vez dijo alguien: «Hay dos formas de orgullo: el interno y el externo. Quien no tiene los dos, no vale para nada. Se puede comparar el orgullo con la hoja de un sable. Hay que afilarla muy bien y luego envainarla. De vez en cuando se desenvaina, se la sube hasta la altura de las cejas, se limpia y se vuelve a enfundar.

»Por otro lado, si el samurái saca el sable y lo blande muchas veces, nadie se le acerca y no tendrá amigos. Y, a la inversa, si lo tiene siempre envainado, la hoja se oxidará, el filo acabará embotándose y la gente se reirá de él».

NO HAY QUE PERDER NUNCA LA SERENIDAD

Cualquiera puede cometer un error importante por perder la paciencia un instante. Si crees que todavía dispones de mucho tiempo, podrás cumplir tus deseos antes, es decir, se te presentará una ocasión favorable. Imaginemos lo que va a ocurrir dentro de quince años. Es probable que las cosas hayan cambiado bastante. Hay escritores que han imaginado historias futuristas en las cuales, sin embargo, no parece haber nada demasiado diferente de lo que hay ahora. Las personas que en este momento son útiles tal vez ya no existan pasados quince años. En cuanto a los jóvenes de hoy, es probable que sólo quede la mitad. El mundo va de mal en peor. Si se acaba el oro, la plata será el metal máspreciado. Y si nos quedamos sin plata, el cobre se convertirá en un tesoro. Como el talento de los individuos disminuye con el paso del tiempo, es seguro

que, sobre todo si realizas un gran esfuerzo, serás sólo medianamente útil al cabo de quince años. Además, quince años se pasan volando. Si te cuidas, acabarás realizando tu deseo y prestando buenos servicios a tu señor. En una época en que hay grandes hombres es muy difícil sobresalir. En cambio, es fácil en los tiempos en que hay tanta gente inútil.

NUNCA MENOSPRECIES EL CONSEJO DE UN ANCIANO

Cuando una persona mayor y con experiencia en la vida hable contigo, aunque sea de asuntos ya conocidos por ti, escúchala con agradecimiento y respeto. A veces ocurre que algo que has escuchado diez o hasta veinte veces te proporciona una comprensión súbita. Una revelación así siempre tendrá un significado muy especial para ti.

Aunque se dice que los viejos hablan y hablan sin parar con tendencia a lamentarse, respétalos como personas que han acumulado experiencia en su vida y que siempre podrán enseñarte algo.

FRACASAR A MEDIAS

El fracaso no es útil si no es completo. Sólo sirve cuando es total, y permite experimentar adversidades y la amargura de la vida.

Hay personas que son fiables y que cumplen cualquier encargo que se les haga sin equivocarse nunca, pero al mis-

mo tiempo son inflexibles. Tales personas no sirven para nada.

LOS MONJES SAIGYO Y KENKO ERAN COBARDAS

Como afirmé en mi obra *Gukenshu*, una colección de reflexiones y sentencias destinadas a mi hijo adoptivo Gonnojo, la función suprema del samurái empleado en un señorío es servir como senescal y asesorar a su daimio. Si se comprende esta realidad, los otros asuntos o cuestiones no importan; la verdad, sin embargo, es que nadie llega a comprender este hecho. Antes bien, a los samuráis les interesa más ascender sólo en beneficio propio. Están dominados por ambiciones ruines y no desean en absoluto ser senescales. Hay algunos, tal vez más astutos, que insisten en que no actúan en interés propio.

Se limitan a pasar el tiempo leyendo la obra *Ocurrencias de un ocioso* de Yoshida Kenko o las poesías de Saigyo⁹. Estos dos autores fueron unos perfectos cobardes. El segundo era un samurái, pero, dominado por los sentimientos de la caducidad de la existencia, abrazó la vida religiosa. Incapaces de cumplir con sus deberes como samuráis, decidieron retirarse del mundo y darse aires de eruditos y religiosos. Me parece bien que las personas mayores y los monjes lean sus libros. Pero un samurái

⁹ También llamado Yoshida Kaneyoshi (hacia 1283-1352), considerado uno de los padres de la estética japonesa. La obra mencionada está publicada por la editorial Hiperión. Sobre Saigyo, véase nota 1, pág. 39.

de pies a cabeza lo que tiene que hacer es relegar sus intereses personales y competir por servir a su señor a toda costa, aunque ello le exija ir hasta el mismo infierno.

Del Capítulo Tres al Once

CONTRA LA EUFORIA

El señor Naoshige decía: «La alegría y la diversión de un momento son la antesala del pesar y del sufrimiento en el otro».

HAZ LA VISTA GORDA DE VEZ EN CUANDO

Un día, en un paraje llamado Shiraishi, el señor Katsushige disparó a un jabalí enorme.

Todo el mundo rodeó entonces al animal malherido y se puso a exclamar con alborozo: «¡Vaya presa tan grande y extraña que ha conseguido nuestro señor!». Pero, de repente, el jabalí se puso en pie y se escapó. Todos los que habían estado mirando se atemorizaron y salieron huyendo precipitadamente. Entonces Nabeshima Matabei salió como un rayo y disparó de nuevo al animal logrando abatirlo. El señor Katsushige dijo: «Se ha levantado mucho polvo» y se cubrió el rostro con las mangas de su quimono de caza. Este gesto lo hizo para no ver cómo sus samuráis habían salido corriendo despavoridos.

LAS CUATRO CLASES DE SAMURÁIS

El señor Katsushige repetía con frecuencia: «Hay cuatro clases de samuráis empleados: los rápido-lentos, los lento-rápidos, los rápido-rápidos y los lento-lentos. El tercer grupo, los rápido-rápidos, son los mejores: les puedes encargar cualquier tarea y la ejecutan con toda presteza. Pero, por desgracia, no abundan. Kichizaemon Fukuchi pertenece a este grupo. En cuanto a los lento-rápidos, son los que, aunque al principio no entienden bien lo que se les pide, después cumplen el encargo debidamente y con rapidez. Kazuma Nakano está entre ellos. Los rápido-lentos responden muy bien, pero cuando se ponen a trabajar, les cuesta bastante terminar. Entre estos hay muchos samuráis. En cuanto a los lento-lentos, son los que sobran.

VENCER SIGNIFICA VENCERSE A UNO MISMO

Hyogo Naritomi hizo esta observación: «La verdadera victoria equivale a vencer a tus propios aliados. Vencer a tus aliados es vencerte a ti mismo. Finalmente, vencerte a ti mismo significa que con tu energía solucionarás todo.

«El samurái verdadero es aquel que, gracias a un riguroso entrenamiento físico y mental, consigue que nadie entre diez mil aliados lo pueda igualar. De lo contrario, nunca podrá derrotar a su enemigo».

ES EN LOS TRABAJOS ABURRIDOS CUANDO MÁS HAY QUE ESFORZARSE

Oribe Ikuno, un senescal al servicio del daimio Mitsushige, me decía a mí, Yamamoto, cuando yo era joven y nos reuníamos para beber en la mansión del señor: «Tu pariente Shogen me ha pedido que te enseñe en qué consiste el servicio del samurái. Como tengo mucha confianza con él, voy a enseñártelo a pesar de mis escasos conocimientos. Cuando al samurái le encargan un trabajo importante e interesante, lo suele realizar con gusto. Pero si se le pide una tarea aburrida y rutinaria, enseguida pierde interés y se desanima. Este proceder no es bueno y da verdadera pena.

»El sentido del deber del buen samurái se demuestra, antes que nada, en la realización de tareas humildes, como sacar agua del pozo y cocinar arroz. Por muy alta que sea la posición del samurái, estos trabajos hay que hacerlos con gusto e interés. Como veo que tienes buen carácter y eres todavía joven, espero que sigas estos consejos».

LA PERSONA CON MUCHOS CONOCIMIENTOS TIENDE AL ORGULLO

El siguiente episodio está relacionado con la promoción de Ichiemon Kuno.

Como este samurái había demostrado una conducta sobresaliente durante largo tiempo, su señor, el daimio Katsushige, estaba pensando en ascenderlo. El problema era que el cuñado

del daimio, el señor Mondo, no se llevaba bien con Ichiemon. A causa de eso, Katsushige, por discreción, no se decidía a dar la orden del ascenso. Pero un día en que Mondo se enteró de que Katsushige iba a visitar a Ichiemon le dijo:

—Ichiemon es un vasallo leal y muy competente. ¿Por qué no aprovechas la visita y lo asciendes?

El señor Katsushige se alegró de estas palabras, mandó llamar a su vasallo Ichiemon y lo promocionó oficialmente. Luego le dijo:

—Siento alivio al saber que mi cuñado, el señor Mondo, ha cambiado de parecer y ahora te aprecia mucho. Creo que deberías ir a darle las gracias por este ascenso.

Ichiemon se puso muy contento y de inmediato fue a la mansión del señor Mondo para agradecerle muy sinceramente tanto su recomendación como trescientas esteras que había regalado a Katsushige cuando éste estaba a punto de ir a visitarlo antes de su promoción. Cuando el sirviente que actuaba de mensajero transmitió estas palabras de agradecimiento a Mondo, éste salió y plantándose ante Ichiemon le dijo:

—Aconsejé al señor Katsushige que te ascendiera porque creo que eres un hombre diligente y eficaz. En cuanto a las esteras, se las regalé a mi cuñado porque iba a salir de viaje. A pesar de todo eso, no tengo intención de reconciliarme contigo. Sal de esta casa ahora mismo y no vuelvas más aquí. ¡Y que las esteras me sean devueltas!

Con estas palabras el señor Mondo envió a unos criados para que le trajeran las esteras.

Pasó el tiempo y cuando el señor Mondo estaba en el lecho de muerte, mandó llamar a Ichiemon y le confesó:

—Reconozco que eres un buen samurái, pero siempre he pensado que eras orgulloso. Por eso he intentado llevarme mal contigo toda la vida para, así, controlarte un poco. Ahora que voy a faltar, depón ese orgullo tuyo y sé más humilde.

Dicen que Ichiemon se echó a llorar de la emoción.

CÓMO NO PONERSE NERVIOSO

Cuando vayas a una reunión importante, ponte un poco de saliva en los lóbulos de las orejas antes de salir de tu casa. Después respira profundamente y, al salir de tu casa, derriba algo que tengas a mano. Es un secreto. Y aquí va otro: si te sonrojas, ponte también un poco de saliva en los lóbulos y enseguida desaparecerá tu turbación.

CÓMO HABLAR EN UN JUICIO

Si te toca hablar en un juicio o ante un tribunal, es mejor que digas: «Daré mi respuesta después de pensar un rato». Una vez que has dado una respuesta general, es aconsejable ganar tiempo y añadir algo así como «Quiero pensarlo más».

Ese tiempo que has ganado podrás aprovecharlo entonces para consultar con alguien. El sabio te proporcionará su saber de forma inesperada, mientras que el ignorante contribuirá a que tu asunto se divulgue, lo cual, a la larga, podrá beneficiarte.

Incluso si se lo cuentas a tus sirvientes y les dices, por ejemplo: «Los argumentos de mis rivales son éstos, pero yo voy a responderles esto otro», y ensayas tus razonamientos con ellos en voz alta, a la hora de la verdad, cuando estés en el juicio, podrás hablar con más soltura y naturalidad. Por el contrario, si practicas tú solo basándote en tus propias opiniones, es fácil que fracasases a la hora de estar ante el tribunal. Mi consejo, por lo tanto, es que consultes con alguien y practiques todo lo que puedas con otras personas. Si, por casualidad, no tuvieras a mano a nadie inteligente, entonces habla con tu esposa o con tus hijos. También ellos tienen, a su manera, sus ideas y algún comentario se les ocurrirá. Josui Mura decía que en ocasiones tales se precisa la sabiduría que da la experiencia.

Es aconsejable que, una vez en el juicio o tribunal, digas en primer lugar lo que tienes que decir. Decirlo después podrá interpretarse como una excusa o justificación.

También es buena idea clavar un clavo¹⁰ en cada intervalo del debate, como hacen las gallinas cuando escarban en el suelo con las patas.

Una vez que hayas convencido a los rivales con tus razones, debes enseñarles varias cosas que les serán de utilidad. De esa manera, el triunfo será absoluto. Éste es el mejor método de encarar un debate.

¹⁰ Se usa en la conversación el dicho de «clavar un clavo» para asegurarse de que el interlocutor no se arrepienta de algo o falte a su palabra.

EL QUE PARECE MÁS INTELIGENTE PARTE EN DESVENTAJA

Del samurái que a primera vista parece inteligente se dirá siempre que es perfectamente natural que realice cualquier acción difícil por extraordinaria que pueda ser. Sin embargo, si su actuación es corriente, como la de la mayor parte de los samuráis de su entorno, la gente se sentirá decepcionada con él. Por el contrario, el hombre con aspecto normal y apacible que hace algo fuera de lo ordinario recibirá una lluvia de elogios.

EL SILENCIO ES ORO

Con respecto al lenguaje y las palabras, el mejor proceder es estar callado. A menos que consideres que la solución esté en las palabras, permanece en silencio. Y si no queda más remedio que hablar, usa el mínimo de palabras y el máximo de lógica. ¡Ha habido tantas personas que acaban haciendo el ridículo y ganándose el menosprecio de todos por hablar más de la cuenta!

MUERE TODAS LAS MAÑANAS

Es necesario esforzarse para, cada día, renovar nuestra lealtad a la muerte. Todas las mañanas medita reposadamente y piensa en la muerte o, exactamente, en varias clases de muerte: muerte de un flechazo, de un disparo, de una lanzada, de una estocada o tajo con la espada; también, en el fallecimiento por

un rayo, por un terremoto, en morir despeñado por un precipicio, por enfermedad, en una muerte súbita. Hay que empezar el día muriendo. Sin falta. Y, como reza la sentencia antigua: «Cuando te alejes del alero de tu casa, no olvides que entras en el reino de los muertos; cuando franquees el umbral de tu puerta y salgas fuera, tienes enfrente a tu enemigo».

Estas palabras no tienen por objeto protegerte, sino prepararte a morir.

EL REQUISITO DEL ÉXITO

Cuando uno triunfa rápidamente, casi toda la gente que lo rodea se convertirá en su enemigo. Es, por lo tanto, absurdo buscar un éxito rápido. Por el contrario, cuando la persona se va labrando un nombre lentamente, la gente se pondrá de su lado y la fortuna seguro que le sonreirá en el futuro.

A fin de cuentas, no importa mucho que el éxito se presente pronto o tarde, sino que la forma en que se produce sea aceptable. La auténtica buena fortuna es aquella que se consigue con el aliento y el beneplácito de los demás.

EN TAREAS IMPORTANTES, NO TE AHOGUES EN MENUDENCIAS

Hay un dicho: «Cuando realices una gran empresa, no te preocupes por fallos pequeños». Si te entregas fielmente al servicio de tu señor, no importa tanto que a veces parezcas egoís-

ta y hagas alguna travesura. La perfección tiene también su lado feo y causa que no se aprecie la parte más importante. El hombre que realiza grandes empresas no puede permanecer sin defectos. Si te mantienes fiel a tus principios, ¿qué importan los pequeños errores?

EL GOBIERNO DEL MUNDO ENTERO NO ES TAN DIFÍCIL

Se suele considerar inimaginablemente difícil gobernar un país o el mundo entero. Sin embargo, el desempeño de los diferentes cargos, desde el de senescal y el de consejero hasta el de alcalde¹¹, no exige una habilidad o conocimientos especiales ni distintos de los que yo he comentado en esta cabaña. De hecho, todos esos cargos se pueden cumplir muy bien siguiendo los principios aquí expuestos.

Al fin y al cabo, hay algo que me causa cierta inquietud. Es que los hombres que ocupan esos cargos trabajan solamente dependiendo del talento con el que nacieron, ignorando las tradiciones de nuestro señorío y sin distinguir el bien del mal. Además, se han vuelto orgullosos y egoístas debido a que la gente teme su poder, y los adula agachando la cabeza y postrándose a sus pies.

¹¹ Senescal, consejero y alcalde son las traducciones dadas a *rōyū* (alto cargo del gobierno central de Edo), *karō* (alto cargo de un señorío) y *toshiyori* (responsable de la administración de una ciudad).

“El arte, como la literatura, para vivir necesita sacar alimento y material de cosas llenas de vida. Porque la vida es la madre de la literatura y, al mismo tiempo, su gran enemiga; sí, una vida que se esconde en el corazón del artista y que, simultáneamente, es la perpetua antítesis del arte. Yo, desde hacía muchos años, había descubierto una filosofía de la vida en las páginas de *Hagakure* y, por eso, creía que este mundo claro y refrescante era un elemento que amenazaba y enturbiaba el mundo de la literatura. Para mí el significado de esta obra descansa en la visión que me ha dado del mundo. Aunque por un lado me ha dificultado enormemente mi forma de vivir como artista, *Hagakure* se ha constituido en la matriz de mi literatura y en el manantial eterno de mi energía. Y eso gracias a su azote implacable, a su voz imperiosa, a su crítica acerba, a su belleza, la belleza del hielo.”

La *ética del samurái en el Japón moderno*, inédito hasta ahora, es el ensayo que escribió Yukio Mishima en torno a *Hagakure*, el clásico de la literatura samurái escrito en el siglo XVIII por Yamamoto Tsunetomo, tras dejar las armas y convertirse en el monje budista Jōchō. *Hagakure*, traducido como *Oculto por las hojas*, es un conjunto de dictados sobre el samurái ideal, muy popular en Japón hasta la Segunda Guerra Mundial. Fue una de las obras que acompañaron a Mishima desde niño y que dio sentido a su vida.



Mishima vio en *Hagakure* una vía de protesta contra la sociedad japonesa que olvidaba sus valores tradicionales. En *La ética del samurái en el Japón moderno* escuchamos dos voces separadas por dos siglos, la de Yamamoto y la de Mishima, exaltando con el mismo ardor desesperado la “utopía” de la ética del samurái. La crítica que hace Yamamoto del Japón de la era Tokugawa la traslada Mishima en un juego de espejos a la sociedad nipona moderna.

La ética del samurái en el Japón moderno es un libro fundamental para comprender la obra literaria y la manera de pensar y actuar de Mishima. Hizo suya una de las máximas de Yamamoto: “Descubri que el Camino del Samurái es la muerte”, como “abandono de uno mismo como medio de conseguir la virtud”. Mishima murió el 25 de noviembre de 1970 practicándose el *seppuku*, el rito tradicional del suicidio japonés.